

PRÓLOGO

Conocí un hombre, una vez, que era consagrado como loco y que me parecía inteligente. Conocí otro hombre, otra vez, que estaba de acuerdo en que el loco consagrado fuera loco, pero no en que me pareciera inteligente. Yo tenía mucho interés en convencerle, y del laberinto que el consagrado tenía en su mesa de trabajo, saqué unas cuartillas —esto no le importaba a "él"— y traté de reunir las que pudieran tener alguna, aunque vaga hilación —esto de la hilación tampoco le importaba a "él"— y así convencería al otro de la inteligencia de éste. Pero me ocurrió algo inesperado: leyendo repetidas veces lo que escribió el consagrado me convencí de que, en este caso, como en muchos, no tenía importancia convencer a un hombre. Sin embargo, publiqué esto como testimonio de amistad con estas ideas del consagrado.

...Y me quedé loco de no importárseme el por qué de nada y de no poderme entretener; todos los demás se pueden entretener y no están locos. Los genios crean, se entretienen y desempeñan un gran papel estético. Los papeles estéticos son muy variados y están naturalmente combinados con las leyes biológicas de cada uno. La combinación primordial en las leyes biológicas no la entien-

den los cuerdos: el placer y el dolor, con gran predominio de dolor —acaso dolor solamente—. Y esta combinación es la gran base del entretenimiento humano. Los que están por volverse locos y buscan el porqué del cosmos, están a punto de no entretenerse. Hay horas en que no sé por qué —ni se me importa saberlo, como ahora por ejemplo— imito a los que se entretienen y escribo. Pero, tanto da; al rato me encuentro con que no tengo ni había tenido en qué entretenerme.

Lo que me parece que tiene más presión de entretenimiento es contar hasta mil: esto no tiene pretensión de trampa de entretenimiento. En cambio, las artes y las ciencias, sí. Las trampas del entretenimiento de las artes, consisten en hacer variaciones sobre un tema determinado, y las de las ciencias en plantear casos especiales de todo: y habiendo genio, estos entretenimientos no escasearán nunca, y habrá siempre tanta originalidad en ellos, como si las impresiones digitales de cada uno fueran creación propia.

Tanto en las trampas del arte como en las de la ciencia, hay grandísimas emociones, y la emoción es, precisamente, el queso de las trampas de entretenerse. Pero yo ya pobré el queso de todas las trampas y me da en cara: he aquí mi tragedia de la locura de no entretenerme.

Los hombres se consideran entre sí con grados de superioridad por la manera de entretenerse; y hay casos más curiosos aún; los hombres que se entretienen en considerar grados en la comprensión del entretenimiento de otros, es decir, no el caso de los productivos, sino el de los receptivos. ¡Y eso que casi siempre los productivos de los cuales se entretienen en clasificarles el entretenimiento, están muertos!

Pensaba que los casos más generales de amistad se producen por identidad de entretenimientos; sin embargo hoy conocí un hombre del que no pude ser amigo, a pesar de haberme dicho que había sufrido mucho tiempo la falta de entretenimiento, pero estaba cuerdo y la falta de entretenimiento era por haber estado mucho tiempo preso. Me había ocurrido algo parecido otra vez que conocí un hombre de cabellos blancos que estaba epilgando: decía que estaba a punto de no entretenerse, pero era de los cuerdos, y de los que a pesar de tener inteligencia o no, predicán a los que están en el prólogo haciendo hincapié en que se han entretenido más tiempo que ellos —y a esto le llaman "experiencia"—. Además, el estar a punto de no entretenerse era porque estaba por morirse.

Casi todos los niños se entretienen espontáneamente en trampas simples, y a medida que van siendo hombrecitos aumentan la complejidad. Una excepción son los precoces, que cuando niños los vemos entretenerse en trampas complejas —y todas las mamás se entretienen en admirar lo desproporcionado del entretenimiento con la edad—, y cuando hombres los vemos en trampas simples.

Los hombres que de más lejos hacen sospechar su entretenimiento son los gordos, y la superioridad entre ellos está en según sea el cerebro por el cual les pase el estómago. Los hombres que tenemos que tener más cerca para sospecharles el entretenimiento, son los absoluto-perfectos cuerdos.

Me he entregado a una trampa de entretenimiento a pesar de saber que era trampa; me alivia en casi todas las horas del día de mi tragedia y me hace conciliar con las demás trampas. Esta maravillosa trampa, en vez de queso

tiene un pedazo de jugosa carne chorreando sangre: me casé y tengo hijos.

COSAS PARA LEER EN EL TRANVÍA

Juegos de inteligentes:

Los despejados juegan a las esquinitas y aprovechan la confusión general para quedarse con una esquinita.

Los teósofos juegan al gallo ciego y si abrazan el tronco de un árbol, dicen que es el talle de una joven, y si les sacan el pañuelo de los ojos, dicen que la joven se convirtió en árbol y si les muestran la joven, dicen que es la reencarnación, y si la joven dice que no, dicen que es la falta de fe.

Los eruditos juegan a quien se acuerde mejor de estos juegos.

Domicilios espirituales:

El Dios de los católicos es un Dios que está en el aire.

El diablo está especialísimamente en los buenos.

Los santos están en sus tareas.

Los ángeles han volado demasiado alto.

Los escritores están casi siempre en sus escritorios.

Los cultos están en todas partes.

Los bohemios están en el mundo.

Los héroes están embalsamados.

Teoría simplista de las almas gordas.

Pienso en una nueva teoría teosófica de la reencarnación. Es necesario explicar la desproporción de los habitantes que nacen en relación con los que se mueren. Pienso que los delgados tengan alma delgada y los gordos alma gorda. Si al morir un delgado, el alma le vuelve

a nacer en el almita de un niño, un gordo hace reencarnar cuatro, cinco o más almitas a la vez.

De sable en mano.

De repente dos hombres tienen públicamente una lucha intelectual. Después que sus cerebros les dan la medida, se consideran ofendidos, se baten a sable y la acción se les despidе de la inteligencia con un fuerte apretón de manos. Triunfa la casualidad en forma de porcentaje de valor combinado con el mayor número de lecciones de sable. Entonces cambian de problema estético: el problema de la inteligencia se cambia por un problema coreográfico, aunque en los demás casos el problema coreográfico y el de la inteligencia sean complementarios.

DIARIO

2 de agosto.

...Me enviaron un libro: "Tragedias de intelectuales". Se trata de un intelectual casado, que la madre política lo domina. . .

7 de agosto.

...Además, me presentaron a X. Es idealista. Íbamos por un camino de árboles. Hacía viento. Al idealista se le voló su sombrero verde que se le confundía en el pasto. Corrió tras él, y al final lo pisó. . .

12 de agosto.

...Este celebrado pianista nos invitó a cenar. Nos habló de otros pianistas: a uno de ellos le llaman "El Mago de la Memoria". Toca toda la obra de un autor. Otro que

ahora está en Norteamérica, improvisa en los estilos Bach, Beethoven, etc., con sólo tres notas que le den.

Después de cenar ejecutó a Verdi transcrito y arreglado por Liszt.

Al despedirme consentí en acompañarles mañana al cine. . .

13 de agosto.

. . . Los programas tenían la foto de una actriz que un jurado yanqui había considerado la joven de facciones más perfectas y por lo tanto, la más bella del mundo. . .

4 de septiembre.

. . . En un gran salón habían hecho una pequeña repartición y allí se encerraba el que votaba. Era entre dos listas que había que elegir para poner en los sobres. A pesar de eso, algunos tardaban un ratito en salir. Eran los que tenían cara de más inteligentes. Después llegó un hombre muy extraño que me pareció el más inteligente de todos. Al rato de haber entrado y cuando todos pensábamos que saldría, se oyeron pasos reposados, acompañados de sus vueltitas de cuando en cuando. Pasó un rato más y los pasos no cesaban, pero de pronto cesaron y se sintió caer en el piso una moneda chica, de las que tienen sol y número.

7 de septiembre.

. . . Entre los que jugaban a las bochas había uno altísimo. Había quien proponía que, como tenía piernas tan largas, debía dar solamente dos pasos antes de bochar. Yo me opuse diciendo que el hombre es la suma de lo que es. Otro dijo que una condición natural como eran las piernas largas, podrá compensar la inteligencia que era otra condición natural. Otro dijo que a muchos hombres

altos, había que unirles los pies a la cabeza a manera de alas.

PRÓLOGO DE UN LIBRO QUE NUNCA PUDE EMPEZAR

Pienso decir algo de alguien. Sé desde ya que todo esto será como darme dos inyecciones de distinto dolor: el dolor de no haber podido decir cuanto me propuse y el dolor de haber podido decir algo de lo que me propuse. Pero el que se propone decir lo que sabe que no podrá decir, es noble, y el que se propone decir cómo es María Isabel hasta dar la medida de la inteligencia, sabe que no podrá decir no más que un poco de cómo es ella. Yo emprendí esta tarea sin esperanza, por ser María Isabel lo que desproporcionadamente admiro sobre todas las casualidades maravillosas de la naturaleza.

al doctor
Carlos Vaz Ferreira

Prólogo

A la última religión se le termina la temporada. A los hombres de ciencia se les aclara el epílogo que sospechaban. Los jóvenes, vigorosos y deseosos de emociones nuevas, tienen el espíritu maduro para recibir el tarascón de una nueva religión. Todo esto ha sido previsto como las demás veces. Se ha empezado a ensayar la parte más esencial, más atrayente, más fomentadora y más imponente de la nueva religión: el castigo. El castigo de acuerdo con las leyes de la religión última: con el caminito de la moral, que ha de ser el más derecho, el único, el más genial de cuantos han creado los estetas que han impuesto su sistema nervioso como modelo de los demás sistemas nerviosos.

Tenemos muchos datos. A los locos nos tienen mucha confianza en estas cosas. Escribiremos sólo algunos de los datos del primer ensayo y dejaremos muy especialmente a la orilla del plato los de la formación del jurado de los Dioses.

I

El jurado de los Dioses logró reunirse. En esto fueron inferiores a los católicos porque conviene que en religión mande "Un Solo Dios Verdadero".

El primer ejemplar estaba pronto a someterse. El po-

bre muerto había sido egoísta. Jamás se preocupó del dolor ajeno. Jamás dejó de pensar en sí mismo. Fue un hombre tranquilo. Todo esto pareció mal al jurado y decidieron por unanimidad castigar al muerto: lo colgaron de las manos al anillo de Saturno; le dieron un gran poder de visión y de inteligencia para que viera lo que ocurría en la Tierra; le dieron libertad para que se interesara cuanto quisiera por lo que pasaba en la Tierra, pero si pensaba en sí mismo, se le aflojarían las manos y se desprendería del anillo.

II

Los primeros tiempos fueron horribles. De repente se quedaba agarrado de una mano, de dos dedos, pero en seguida atinaba a prenderse con la otra mano. Hacía esfuerzos sobrehumanos para no pensar en sí mismo. De pronto se quedaba mirando fijo a la tierra y eso le distraía un poco. Lo primero lo distrajo absolutamente sin tener que preocuparse de las manos ni de sí mismo, fue muy curioso: estaba mirando fijo a la Tierra y se le ocurrió pensar por qué daría vueltas y más vueltas. Así pasó mientras la Tierra dio treinta vueltas.

III

Ya no podía más de aburrido, de pensar siempre lo mismo sin hallar solución. A veces le venía una esperancita de solución y aprovechaba a ponerse contento antes que se diera cuenta que no había encontrado solución. Entonces, durante la alegría de la esperancita movía alternativamente las piernas.

Al mucho tiempo de aburrirse de no encontrar solución se dio cuenta que la Tierra además de las vueltas sobre sí misma, daba otras vueltas alrededor del sol: vuelta a las esperancitas y vuelta a volver a aburrirse. Pero a medida que pasaba el tiempo y se preocupaba de los demás, se le aguzaba la visión y la inteligencia. Por eso descubrió nuevamente, que los animales y los hombres, al mismo tiempo que seguían a la Tierra en sus dos clases de vueltas, daban otras dos clases de vueltas más: una para conseguir qué comer y otra alrededor de las hembras.

V

La visión y la inteligencia seguían aguzándosele. Esto le libraba en muchos momentos del aburrimiento y de pensar en sí mismo. Cada vez se internaba más en los problemas de la Tierra. Se diría que progresaba: el progreso lo hacía distinto, lo hacía más visual y más inteligente, pero no se sabía si le suprimía dolor. La complejidad progresiva le quitaba dolor de aburrimiento y de esfuerzo de no pensar en sí mismo. Pero nacían nuevos dolores: los dolores de no hallar solución, ahora que le crecía el interés por la Tierra y que no tenía más remedio que dejárselo crecer, porque si dejaba de mirar fijo y de pensar en la Tierra, le amagaba el pensamiento de sí mismo y se descolgaría. ¡Y ni siquiera podía pensar qué sería de él si se descolgaba y si se le importaría o no descolgarse!

VI

Ya tenía una inmensa suma de "por qué", ¿por qué la

Tierra daba vueltas sobre sí misma? —¿por qué además daba grandes vueltas alrededor del sol?, ¿por qué los hombres tenían que dar vueltas alrededor de los alimentos y comer para no morirse?, ¿por qué daban vueltas alrededor de las hembras? Le cruzó la idea semisolución de que la Tierra y los hombres hacían todo eso para no aburrirse. ¡Qué bien le hubiera venido ahora un pequeño descansito! A pesar de la alegría y el placer último seguía colgado; además no tenía más remedio que darse cuenta que la solución era falsa, seguir mirando la Tierra y aumentar la complejidad.

VII

Los nuevos y últimos “por qué” eran: ¿por qué los hombres tienen que no aburrirse? ¿Por qué no se anulan y anulan la Tierra? ¿Por qué tienen ese fin optimista para cargar con la tarea del no aburrirse? Y siguió ahondando y ahondando y preocupándose más de la acción de los hombres y aumentando la complejidad trágica e imprescindible. Al seguir preocupándose más de la acción de los hombres descubrió el mismo problema de él y que él no sabía que lo tenía por no poder pensar en sí mismo: descubrió que los hombres progresaban, que eran distintos a los de las épocas anteriores.

VIII

Más adentro descubrió que el por qué provisorio del progreso era evitar dolor. Pero en seguida cayó en la duda más dudosa, más compleja y más emocionante. El condimento de complejidad que tenía esta duda, le había despertado la curiosidad y el interés más violento. Procura-

ba anesthesiarse y dejar pasar épocas para ver si en la última época el progreso les había quitado dolor, o si al tener menos dolor del anterior, les naciera otro dolor distinto que sumándolo alcanzara a la misma presión del dolor de las épocas anteriores. También podía ser que si el dolor fuera menos, también fuera menos el placer; que la reacción natural de cada organismo diera un porcentaje mayor o menor de sistema nervioso, pero que eso no tuviera nada que ver con la compensación: que no cambiara el promedio de placer y dolor, que fuera indiferente nacer en cualquier época.

IX

Cuando lograba detener los "por qué", la Tierra le parecía maravillosa; le parecía un juguete ingeniosísimo; la encontraba parecida a esos sonajeros de los niños que es necesario que los muevan para que suenen: la Tierra se movía y por eso los hombres tenían acción. Tal vez si la Tierra se detuviera ellos también. Pero no se podía asegurar nada, era un juguete muy complejo. Hubiera deseado, igual que los niños, romperlo, ver cómo era interiormente y romperle el por qué. Pero lo único que podía hacer era observarlo: observando le parecía que los hombres tenían cuerda individual, pero que se subordinaban a la Tierra por un imán; que al moverse la Tierra les excitaba la cuerda y que había hombres de más o menos cuerda.

X

La fórmula más general que hubiera podido deducir de los hombres de más o menos cuerda era: cuando más

vueltras da la rueda de la cabeza, menos cuerda. También le parecía que el gran predominio de una de las piezas del juguete-hombre, afectaba la cuerda: el juguete-hombre-atleta, al que le predominaban los músculos; el juguete-hombre-inteligente al que le predominaban los razonamientos, etc. Todos los predominios o anormalidades hacían que el hombre que los poseía fuera considerado célebre por los demás hombres. Todo esto le parecía raro, porque todos los hombres amaban el progreso, y tanto los juguetes-hombres-atletas como los juguetes-hombres-inteligentes eran inútiles al progreso.

XI

Se le ablandaba un poco la duda de por qué serían célebres los juguetes-hombres-atletas y los juguetes-hombres-inteligentes a pesar de ser inútiles al progreso: les parecía muy general en los juguetes hombres-vulgares, el mal de pocos músculos y poca inteligencia para el progreso. Estas dos clases de hombres servían de ejemplo a los demás. Les excitaban por medio de la exageración el desarrollo de los músculos y la inteligencia. Y todo esto a pesar de que ellos no servían al progreso: tenían más musculatura y más inteligencia de la necesaria para la acción. Pero eran célebres porque asombraban a los demás con la anormalidad tan notada y con la exageración que producía el buen ejemplo. Y en tanto a ellos, a los celebrados, el éxito les excitaba más la voluntad para desarrollar más la exageración, la anormalidad que cada vez se notaba más

XII

Es necesario aclarar que el juguete-hombre-inteligente que

imaginaba el pobre muerto no era el genio científico en favor del progreso, era el que había llegado a negar lo indispensable del progreso para evitar dolor. Además pensaba que a esta clase de hombres se les rompía la llavecita-esperanza con que se daban cuerda y entonces no habiendo acción eran inútiles al progreso. Otro de los ejemplos —pero más vulgares— de las anormalidades o predominios de piezas que afectaban la cuerda, era el predominio de la pieza coraje o el predominio de la pieza miedo: este equilibrio necesario e imprescindible de estas dos piecitas le parecían cosas maravillosas en el juguete-hombre-normal.

XIII

A condición de ablandársele la última duda, se le endurecía otra: ¿por qué a pesar del triunfo de la exageración, del predominio de piezas, era célebre el que le predominaba la pieza coraje y no el que le predominaba la pieza miedo?

XIV

Los Dioses estaban en La Luna. Allí habían instalado su cámara. Discutían el problema de la reencarnación. Había varias tendencias. Ya en La Tierra creían poco en la reencarnación. Sin embargo había que aprovechar la lección, el castigo. Además el control era más fácil cuando menos penados hubiera: el problema de los vivos les era más cómodo.

Se resolvió practicar la reencarnación.

Otra vez en la Tierra, el pobre muerto hizo cosas muy curiosas: Después de la tortura y de saber que el progreso era inútil, que no evitaba dolor, se enroló en la acción para el progreso.

Nunca supo que los hombres no se anulaban ni anulaban La Tierra porque ella les provocaba extraños e infinitos deseos. Esto, además de la piecita-miedo. Él realizó como hombre, un extraño y amplio deseo. Esta amplitud consistía en no querer ser amplio, en no salirse de la Tierra como otros hombres amplios, sino en volver al problema de los hombres. Escribía en los diarios en favor de algún partido político. Tenía una especie de sensualidad por escribir libretas en blanco y precisamente, mezclándose en el progreso, es que podía escribir mucho.

ACUNAMIENTO

a Luis Alberto Fayol

Prólogo

Todos los sabios estaban de acuerdo en que el fin del mundo se aproximaba. Hasta habían fijado fecha. Todos los países se llenaron de espanto. Todos los hombres con el espíritu impreciso, no podían pensar en otra cosa que en hacerse los gustos. Y se precipitaban. Y no se preocupaban de que los póstumos placeres fueran a expensas del dolor de los demás. Hubo un país que reaccionó rápidamente de la fantástica noticia. Nadie sabía si ese estado de coraje era por ignorancia, por sabiduría, por demasiado dolor o por demasiado cinismo. Pero ellos fueron los

únicos asombrosamente capaces de resolver el problema de precaverse: construyeron seis planetitas de cemento armado incluyendo las leyes físicas que los sostuvieran en el espacio.

I

Por más grande que fuera el esfuerzo humano, resultaba ridículo y pequeño al querer suplir a la Tierra. Se calculaba que ese país tenía diez veces más habitantes de los que cabían en los planetitas. Entonces decidieron algo atroz: debían salvarse los hombres perfectos. Vino el juicio final y unos cuantos hombres juzgaron a los demás hombres. En el primer momento todos se manifestaron capaces de esta tarea. Sin embargo, hubo un hombre extrañamente loco, que dijo lo contrario. Además propuso al pueblo que todos los hombres que se eligieran para juzgar a los demás, debían aceptar esta tarea a condición de ser fusilados.

II

El pueblo aceptó esta última proposición. Se disolvieron las aptitudes para la tarea de selección: Nadie amaba la justicia al extremo de dar la vida por ella. Hubo sin embargo un hombre de experiencia concreta que aceptó. Indignado porque un grupo de inteligentes se burló de su experiencia, prefirió juzgar al grupo de inteligentes, y morir fusilado con una sonrisa trágica de ironía y de veneno de rabia. Gracias a los sacrificados por la justicia a ellos mismos, se juzgaron a los hombres y los perfectos ocuparon sus respectivos puestos en los planetitas de cemento armado.

Los planetitas eran ventilados. No había espacio para bosques ni campiñas. Pero perfectos pintores recién llegados de las mejores academias de la Tierra pintaron en las paredes árboles y prados idénticos a los de la Tierra, ni hoja más ni hoja menos. Estaban tan bien pintados que tentaban a los hombres a introducirse en ellos. Pero internarse en esa belleza y darse contra la pared era la misma cosa. Otra medida horrible a que obligaba el poco espacio era en la reproducción: no podía reproducirse ni en los animales ni en los hombres más de un número determinado.

IV

La competencia entre todos los planetitas y el "que dirán" del planetita vecino, los llevó a un progreso monstruoso. La ciencia había llegado a prever antes de nacer un hombre, cómo sería, la utilidad que prestaría a su planetita y hasta el proceso de su vida. La información que recibían los niños de las cosas era sencillamente exacta. No tenían que divagar como en la tierra acerca del origen del planeta. Conocían concretamente el origen de su planetita y su misión de progreso. Los hombres que no cumplían en el fondo del alma esta misión eran descubiertos por otros hombres de ciencia que solamente con mirarlos la cara y analizar sus rasgos descubrían al traidor.

V

En los planetitas no creían en la casualidad. Habían descubierto el por qué metafísico y los vehículos cruzaban

las calles sin necesidad de corneta ni de otro instrumento de previsión. Uno de los grandes problemas resueltos era la longevidad y ésta era aplicada a los genios mayores. De esta manera se explica que después de dos siglos y medio, aún quedaran dos ancianos fundadores de los planetitas y únicos hijos de la Tierra.

Epílogo

El mundo no se acabó. Pero se acabaron los planetitas. Fueron a caer en un inmenso desierto. Todos los huéspedes se asombraban de que los dos ancianos besaran la Tierra con una alegría loca. Más se asombraron cuando emigraron de los planetitas y prefirieron las necesidades del desierto. Más se asombraron cuando los propios hijos de los huéspedes de reacción contraria a la perfección retornaron al problema biológico primitivo de la Tierra y emigraron lo mismo que los ancianos. Igual que los niños dormidos cuando los acunan, los peregrinos no se daban cuenta que la Tierra los acunaba. Pero la Tierra era maravillosa, los acunaba a todos igual, y les daba el día y la noche.

LA PIEDRA FILOSOFAL

a Vicente Basso Maglio

Se estaban haciendo los cimientos para la casa de un hombre bueno. Yo estaba sentado en un montón de pie-

dras. Un poco separado del montón había dos piedras: una más bien redonda y otra más bien cuadrada. La más bien cuadrada era La Piedra Filosofal. Ésta decía a la otra: "Yo soy el otro extremo de las cosas. En este planeta hay un extremo de cosas blandas, y es el espíritu del hombre. Yo soy el extremo contrario: el de las cosas duras. Pero uno de los grandes secretos es que no existen cosas duras y cosas blandas simplemente: existe entre ellas una progresión, existen grados. Suponed que las piedras fueran lo más duro; después están los árboles que son más blandos; después los animales, después los hombres. Pero ésa sería una progresión muy gruesa. Suponed otra menos gruesa, en el mismo hombre, por ejemplo: Primero los huesos, después los músculos, después los centros nerviosos, y lo más blando de todo después de una minuciosa progresión hacia lo blando: el espíritu. Los hombres en todas las cosas sorprenden caprichosamente la graduación en grados distantes. Se encuentran con lo que es diferencia de extremos para los sentidos. Entonces sin perder tiempo califican: esto es duro, aquello es blando, esto es negro, aquello es blanco, esto es frío, aquello es caliente. . . Como los hombres tienen varios sentidos, viven saltando en los grados de la naturaleza y se arman curiosísimas combinaciones. Lo más curioso de cuanto conozco son los hombres. Y ellos tienen a su vez la curiosidad como de lo más importante de su condición. Y la curiosidad en lo que se refiere a satisfacerla, es relativa a los sentidos. Además está torturadísima de combinaciones radísima de combinaciones.

II

Una de las condiciones curiosas de los hombres, es expresar lo que perciben los sentidos. A los sentidos les da

placer sorprender la graduación a distancias grandes. Este placer excita la curiosidad. El hombre que proporcione más placer satisfaciendo más curiosidad triunfa más. Pero cuando más curiosidad haya satisfecho un hombre para sí mismo, menos curiosidad satisface para los demás. Porque después de satisfacer mucha curiosidad viene la duda. Y entonces no les queda más remedio que buscarme a mí. Si los sentidos se dieran cuenta que todo es una graduación, no habría para éstos sorpresas ni sensaciones distintas. Entonces no habría ni el placer de los sentidos al expresar. Ya los sentidos están hechos para gozar de la diferencia de grados de la naturaleza. Por ejemplo: el oído percibe el sonido. El sonido siguiendo una graduación hacia una gran cantidad de vibraciones. Llegaría a lo que los hombres llamarían calor en vez de sonido. Entonces esto lo percibirían con otro sentido que sería el tacto en vez del oído. Ya la suma de estos dos sentidos estarían en favor de la graduación. Así como clasifican las distancias de la graduación con sus sentidos, igual clasifican todo lo que perciben con sus inteligencias. Los distintos sentidos les proporcionan placer a los hombres, pero les prohíben satisfacer la curiosidad de la realidad objetiva: la graduación. Ellos son otra realidad y las dos realidades son realidades graduadas. Como ellos no entienden la graduación, tienen una tendencia fisiológica a clasificar con la inteligencia distancias grandes, tan grandes como la distancia o diferencia de un sentido al otro. La clasificación con la inteligencia es correlativa a la de los sentidos. Entonces menos perciben la graduación de pequeñas distancias. Les sorprende que con un sentido —con el tacto por ejemplo— percibiendo grados distintos, les dé el resultado, de que una cosa sea dura o blanda. Muchos más se sorprenderían si supieran que todos los sentidos están en favor de la graduación. Pero si satisfacen esta curiosidad les sacan placer a los sentidos. Entonces les es necesaria la duda.

Una de las maneras interesantes de entretenerles la vida es: darles un poco de curiosidad satisfecha y otro poco de duda.

III

Yo como piedra soy muy degenerada. Los hombres llaman degeneración, el ir de una cosa dura a una cosa blanda, de una cosa sana a una cosa enfermiza. Las cosas enfermizas las clasifican en simpáticamente enfermizas o artes y antipáticamente enfermizas o vicios. Yo he tenido la virtud de poder ser dura y blanda al mismo tiempo. Me he metido en los problemas de las piedras y que son los problemas de no tenerlos, y me he metido en los problemas de los hombres y que son los problemas de tener problemas. Por esta virtud he descubierto la "Teoría de la graduación". Las leyes más comunes de la Teoría de la graduación son: cuanto más dureza más simplicidad y más salud, cuanto más blandura más complejidad y más enfermedad. Por eso a veces es tan complejo y enfermo el espíritu del hombre. Algunos tienen tanta abundancia o exuberancia de esto blando o enfermizo que lo derraman por encima de nosotras las piedras. Y zás, resulta de esa manera que nosotras tenemos sentimientos o intenciones. Otra de las leyes es: cuanto más blandura, interesa más el propósito del destino y el por qué metafísico. A nosotras las piedras no nos interesa el por qué metafísico: éste se ha hecho para los hombres.

IV

En un grado determinado de lo duro a lo blando los hombres curiosamente clasifican una cosa diciendo si tiene o no tiene vida. Y aquí empieza el gran tráfico

teórico y práctico de la vida y la muerte. Los hombres necesitan mucho de este condimento de duda y de misterio para la vida. Pero todo es graduación: cuanto más blando más vida, cuanto más duro menos vida. Ésta sería otra ley de la Teoría de la graduación. Los hombres sorprenden la graduación y clasifican: esto tiene vida. Esto no tiene vida. ¡Vida y muerte! Muy pocas veces entienden la graduación en lo de tener más o menos vida, de ir perdiendo la vida gradualmente o conquistando la vida gradualmente. Su condición "hombres", su sensibilidad en más o menos grado, les permite retroceder cuando están a punto de llegar a la verdad. Se agarran de la duda y el misterio, y continúan el tráfico entre los vivos y los muertos. Esta curiosidad les interesa demasiado y la tienen demasiado cerca para poder satisfacerla. Pero están lo mismo que frente al porqué metafísico. Así como a las piedras no les interesa ni tienen curiosidad por el porqué metafísico ni por las demás piedras, ni por los hombres, así a los muertos no les interesa cómo es la muerte ni cómo es la vida. Pero a los vivos les interesa los muertos y todo lo demás. Cuanto más blandura tienen más duda, entonces dudan de lo de ir perdiendo gradualmente la vida. Biológicamente, tienen el instinto de conservación y como todo lo miran con su condición les cuesta creer en la muerte absoluta. A veces están a punto de caer en la verdad pero tienen nervios, tienen vida, tienen instinto de conservación, tiene duda y misterio, y como todo lo miran con su condición, se salvan. Se ha hecho para los vivos y no para los muertos el por qué metafísico y las reflexiones sobre la vida y la muerte, pero no les hace falta aclarar todo el misterio, les hace falta distraerse y soñar en aclararlo.

Otra ley que se deduce de acá es: cuanto más dureza menos vida, menos instinto de conservación y menos re-

flexiones sobre la muerte, y viceversa cuando más blandura.

V

Como ya dije, los hombres miran todo con su condición. Les cuesta creer que si ellos no tienen hambre otros pueden tener, que si ellos tienen vida, otros no pueden tener. Lo mismo les ocurre con el cosmos. Como ellos tienen propósito creen que el cosmos también tiene, pero el cosmos no tiene propósito, tiene inercia. Entonces surge otra ley: cuanto más blandura más propósito, cuanto más dureza más inercia.

VI

La Piedra Filosofal iba a decir otra de las leyes de la Teoría de la graduación. Un albañil creyó muy oportuna su forma cuadrada, y sin darse cuenta la interrumpió. Pero ésta sirvió muy bien para los cimientos de la casa del hombre bueno.

EL VESTIDO BLANCO

a María Isabel G. de Hernández

I

Yo estaba del lado de afuera del balcón. Del lado de adentro, estaban abiertas las dos hojas de la ventana y coincidían muy enfrente una de la otra. Marisa estaba parada

con la espalda casi tocando una de las hojas. Pero quedó poco en esta posición porque la llamaron de adentro. Al Marisa salirse, no sentí el vacío de ella en la ventana. Al contrario. Sentí como que las hojas se habían estado mirando frente a frente y que ella había estado de más. Ella había interrumpido ese espacio simétrico llena de una cosa fija que resultaba de mirarse las dos hojas.

II

Al poco tiempo yo ya había descubierto lo más primordial y casi lo único en el sentido de las dos hojas: las posiciones, el placer de posiciones determinadas y el dolor de violarlas. Las posiciones de placer eran solamente dos: cuando las hojas estaban enfrentadas simétricamente y se miraban fijo, y cuando estaban totalmente cerradas y estaban juntas. Si algunas veces Marisa echaba las hojas para atrás y pasaban el límite de enfrentarse, yo no podía dejar de tener los músculos en tensión. En ese momento creía contribuir con mi fuerza a que se cerraran lo suficiente hasta quedar en una de las posiciones de placer: una frente a la otra. De lo contrario me parecía que con el tiempo se les sumaría un odio silencioso y fijo del cual nuestra conciencia no sospechaba el resultado.

III

Los momentos más terribles y violadores de una de las posiciones de placer, ocurrían algunas noches al despedirnos.

Ella amagaba a cerrar las ventanas y nunca terminaba de cerrarlas. Ignoraba esa violenta necesidad física que tenían las ventanas de estar juntas ya, pronto, cuanto antes.

En el espacio oscuro que aún quedaba entre las hojas, calzaba justo la cabeza de Marisa. En la cara había una cosa inconsciente e ingenua que sonreía en la demora de despedirse. Y eso no sabía nada de esa otra cosa dura y amenazantemente imprecisa que había en la demora de cerrarse.

IV

Una noche estaba contentísimo porque entré a visitar a Marisa. Ella me invitó a ir al balcón. Pero tuvimos que pasar por el espacio de esos lacayos de ventanas. Y no se sabía qué pensar de esa insistente etiqueta escuálida. Parecía que pensarían algo antes de nosotros pasar y algo después de pasar. Pasamos. Al rato de estar conversando y que se me había distraído el asunto de las ventanas, sentí que me tocaban en la espalda muy despacito y como si me quisieran hipnotizar. Y al darme vuelta me encontré con las ventanas en la cara. Sentí que nos habían sepultado entre el balcón y ellas. Pensé en saltar el balcón y sacar a Marisa de allí.

V

Una mañana estaba contentísimo porque nos habíamos casado. Pero cuando Marisa fue a abrir un roperito de dos hojas sentí el mismo problema de las ventanas, de la abertura que sobraba. Una noche Marisa estaba fuera de casa. Fui a sacar algo del roperito y en el momento de abrirlo me sentí horriblemente actor en el asunto de las hojas. Pero lo abrí. Sin querer me quedé quieto un rato. La cabeza también se me quedó quieta igual que las cosas que habían en el ropero, y que un vestido blanco de Marisa que parecía Marisa sin cabeza, ni brazos, ni piernas.

I

Hubo una vez en el espacio una línea horizontal infinita. Por ella se paseaba una circunferencia de derecha a izquierda. Parecía como que cada punto de la circunferencia fuera coincidiendo con cada punto de la línea horizontal. La circunferencia caminaba tranquila, lentamente e indiferentemente. Pero no siempre caminaba. De pronto se paraba: pasaban unos instantes. Después giraba lentamente sobre uno de sus puntos. Tan pronto la veía de frente como de perfil. Pero todo esto no era brusco, sus movimientos eran reposados. Cuando quedaba de perfil se detenía otros instantes y yo no veía más que una perpendicular. Después comenzaba a ver dos líneas curvas convexas juntas en los extremos y cada vez las líneas eran más curvas hasta que llegaban a ser la circunferencia de frente. Y así, en este ritmo, se pasaba la joven circunferencia.

II

Pero una vez la circunferencia violentó su ritmo. Se detuvo más tiempo que de costumbre: quedó parada con el perfil hacia mí y el frente hacia la línea infinita. Parecía observar en el sentido opuesto de su camino. Pasó mucho tiempo sin ver nada a lo largo de la línea infinita. Pero la intuición de la circunferencia no erró: de pronto, con otro ritmo violento, de andar brusco, de lados grandes, se acercaba un vigoroso triángulo. La circunferencia giró sobre uno de sus puntos y los demás volvieron a coincidir con los de la horizontal en el mismo sentido de antes.

III

Pero el ritmo de la circunferencia fue distinto al de antes: no era indiferente ni tan lento. Poco a poco iba tomando la forma de una elipse y su ritmo era de una gracia ondulada. Tan pronto era suavemente más alta o suavemente más baja. El vigoroso triángulo se precipitaba regularmente violento. Pero su velocidad no prometía alcanzar a la elipse. Sin embargo la elipse se detuvo un poco hasta que el precipitado triángulo estuvo cerca. Esa misma corta distancia los separó mucho tiempo y nada había cambiado hasta que el triángulo consideró muy bruscos sus pasos; prefirió la compensación de que fueran más numerosos y más cortos y se volvió un moderado pentágono.

IV

Ahora, hecho un pentágono era más refinado, menos brusco, pero no más veloz, ni menos torturado de problemas. Su marcha era regular a pesar de la contradicción de sus deseos: ser desigual, desproporcionados sus pasos, arrítmico. Y pensó y pensó durante mucho tiempo sin dejar de marchar tras la suave serenidad de la elipse. La elipse no se cambió más, además era sin problemas, espontáneamente regular y continuada. Y todo esto parecía excitar más al pentágono que de pronto resolvió el último problema volviéndose un alegre cuadrilátero.

V

Pero una vez, la elipse rompió la inercia de su ritmo. Hasta en este trance fue serena. A pesar de la velocidad y de la brusca detención hizo que sus curvas suavizaran esta

última determinación. El cuadrilátero no fue tan dueño de sí mismo. No pudo romper tan pronto su inercia. Al llegar junto a la elipse pareció como que se produjo un eclipse fugaz, y el cuadrilátero se adelantó. Recién después de haber dejado a la elipse muy atrás, pudo detenerse. Pero entonces la elipse reanudó su ritmo con la misma facilidad que lo dejó, se produjo un nuevo eclipse y el cuadrilátero quedó tras ella a la misma distancia de antes.

VI

La elipse volvió a detenerse. El cuadrilátero volvió a llegar hasta la elipse. El eclipse volvió a ocurrir. Pero fue el último: fue el eclipse eterno. La elipse quedó encerrada entre el cuadrilátero en un vértigo de velocidad. Fueron muy armoniosas las curvas de la elipse entre los ángulos del cuadrilátero y así pasaron todo el tiempo de sus vidas jóvenes. Cuando fueron viejos no se les importó más de la forma y la elipse se volvió una circunferencia encerrada en un triángulo. Marcharon cada vez más lentamente hasta que se detuvieron. Cuando murieron el triángulo desunió sus lados tendiendo a formar una línea horizontal. La circunferencia se abrió, quedó hecha una línea curva y después una recta. Los dos unidos fueron otra línea superpuesta a la que les sirvió de camino. Y así, lentamente, se llenó el espacio de muchas líneas horizontales infinitas.

HISTORIA DE UN CIGARRILLO

a Antonio Soto (Boy)

I

Una noche saqué una cajilla de cigarrillos del bolsillo.

Todo esto lo hacía casi sin querer. No me daba mucha cuenta que los cigarrillos eran los cigarrillos y que iba a fumar. Hacía mucho rato que pensaba en el espíritu en sí mismo; en el espíritu del hombre en relación a los demás hombres; en el espíritu del hombre en relación a las cosas, y no sabía si pensaría en el espíritu de las cosas en relación a los hombres. Pero sin querer estaba mirando fijo a una cosa: la cajilla de cigarrillos. Y ahora analizaba repasando la memoria. Recordaba que primero había amenazado sacar a uno pero apenas tocándolo con el dedo. Después fui a sacar otro y no saqué ese precisamente, saqué un tercero. Yo estaba distraído en el momento de sacarlos y no me había dado cuenta de mi imprecisión. Pero después pensaba que mientras yo estaba distraído, ellos podían haberme dominado un poquito, que de acuerdo con su poquita materia, tuvieran correlativamente un pequeño espíritu. Y ese espíritu de reserva, podía alcanzarles para escapar unos, y que yo tomara otros.

II

Otra noche estaba conversando con un amigo. Entonces me distraje y volví a sentir otra cosa de los cigarrillos. Cuando tenía ganas de fumar y tomaba uno de ellos, pensaba tomar uno de tantos. Sin querer evitaba tomar uno que estaba roto en la punta aunque eso no influiría para que no se pudiera fumar. Mi tendencia era a tomar uno normal. Al darme cuenta de esto, saqué el cigarrillo roto más afuera de la cajilla que los demás. Invité a mi compañero. Vi que a pesar de que ése fuera el más fácil de sacar, él tuvo el mismo sentimiento de unidad normal y prefirió sacar otro. Eso me preocupó, pero como seguimos conversando me olvidé. Al rato muy largo fui a fumar, y en el momento de sacar los cigarrillos me acordé.

Con mucha sorpresa vi que el roto no estaba y pensé: "me lo habré fumado distraído" y me alivié de la obsesión.

III

Esa misma noche en otra de las veces que saqué la cajilla me encontré con lo siguiente: el cigarrillo roto no me lo había fumado, se había caído y había quedado horizontal en el fondo de la cajilla. Entonces al escapárseme tantas veces, me volvió la obsesión. Tuve una fuerte curiosidad por ver qué ocurría si se fumara. Salí al patio, saqué todos los que quedaban en la cajilla sin ser el roto; entré a la pieza y se lo ofrecí a mi compañero, era el único y tendría que fumar "ése". Él hizo mención de tomarlo y no lo tomó. Me miró con una sonrisa. Yo le pregunté. "¿Usted se dio cuenta?". Él me respondió: "pero cómo no me voy a dar cuenta". Yo me quedé frío, pero él en seguida agregó: "¿le quedaba uno solo y me lo iba a fumar yo?". Entonces sacó de los de él y fumamos los dos del mismo paquete.

IV

Al día siguiente de mañana recordé que la noche anterior había puesto el cigarrillo roto en la mesa de luz. La mesa de luz me pareció distinta: tenía una alianza y una asociación extraña con el cigarrillo. Pero yo quise reaccionar contra mí. Me decidí a abrir el cajón de la mesa de luz y fumarlo como uno de tantos. Lo abrí. Quise sacar el cigarrillo con tanta naturalidad que se me cayó de las manos. Me volvió la obsesión. Volví a reaccionar. Pero al ir a tomarlo de nuevo me encontré con que había caído en una parte mojada del piso. Esta vez no pude

detener mi obsesión; cada vez se hacía más intensa al observar una cosa activa que ahora ocurría en el piso: el cigarrillo se iba ensombreciendo a medida que el tabaco absorbía el agua.

LA CASA DE IRENE

a Néstor Rosa Giffuni

I

Hoy fui a la casa de una joven que se llama Irene. Cuando la visita terminó me encontré con una nueva calidad de misterio. Siempre pensé que el misterio era negro. Hoy me encontré con un misterio blanco. Éste se diferenciaba del otro en que el otro tentaba a destruirlo y éste no tentaba a nada: uno se encontraba envuelto en él y no le importaba nada más.

En el primer momento Irene es la persona que con más gusto pondríamos de ejemplo como simpáticamente normal: es muy sana, franca y expresiva; sobre cualquier cosa dice lo que diría un ejemplar de ser humano, pero sin ninguna insensatez ni ningún interés más intenso del que requiere el asunto; dice palabras de más como cuando una persona se desborda, y de menos como cuando se retrae; cuando se ríe o llora parece muy saludable y así sucesivamente. Y sin embargo, en su misma espontaneidad está el misterio blanco. Cuando toma en sus manos un objeto, lo hace con una espontaneidad tal, que parece que los objetos se entendieran con ella, que ella se entendiera con nosotros, pero que nosotros no nos podríamos entender directamente con los objetos.

Hoy volví a la casa de la joven que se llama Irene. Estaba tocando el piano. Dejó de tocar y me empezó a hablar mucho de algunos autores. Entonces vi otra cosa del misterio blanco. Primero, mientras conversaba, no podía dejar de mirar las formas tan libres y caprichosas que iban tomando los labios al salir las palabras. Después se complicaba a esto el abre y cierre de la boca, y después los dientes muy blancos.

Cuando terminó de conversar, empezó a tocar el piano de nuevo, y las manos se movían tan libre y caprichosamente como los labios. Las manos eran también muy interesantes y llenas de movimientos graciosos y espontáneos. No tenían nada que ver con ninguna posición determinada y no se violentaban porque dejara de sonar una nota o sonara equivocada. Sin embargo, ella se entendía mejor que nadie con su piano, y parecía lo mismo del piano con ella. Los dos estaban unidos por continuidad, se les importaba muy relativamente de los autores y eran interesantísimos. Después me senté yo a tocar y me parecía que el piano tenía personalidad y se me prestaba muy amablemente. Todas las composiciones que yo tocaba me parecían nuevas: tenían un colorido, una emoción y hasta un ritmo distinto. En ese momento me daba cuenta que a todo eso contribuían, Irene, todas las cosas de su casa, y especialmente un filete de paño verde que asomaba en la madera del piano donde terminan las teclas.

III

Hoy he vuelto a la casa de Irene porque hace un día lindo.

Me parece que Irene me ama; que a ella también le parece que yo la amo y que sufre porque no se lo digo.

Yo también tengo angustia por no decírselo, pero no puedo romper la inercia de este estado de cosas. Además ella es muy interesante sufriendo, y es también interesante esperar a ver qué pasa, y cómo será.

Cuando llegué estaba sentada leyendo. Para esto había elegido un lugar muy sugestivo de su inmenso jardín. Yo la vi desde el camino de tierra que pasa frente a su casa, me introduje sin pedir permiso y la sorprendí. Ella tuvo mucha alegría al verme, pero en seguida me pidió permiso y salió corriendo.

Apenas se levantó de la silla apareció el misterio blanco. La silla era de la sala y tenía una fuerte personalidad. La curva del respaldo, las patas traseras y su forma general eran de mucho carácter. Tenía una posición seria, severa y concreta. Parecía que miraba para otro lado del que estaba yo y que no se le importaba de mí.

Irene me llamó de adentro porque decidió que tocáramos el piano. La silla que tomó para tocar era igual de forma a la que había visto antes pero parecía que de espíritu era distinta: ésta tenía que ver conmigo. Al mismo tiempo que sujetaba a Irene, aprovechaba el momento en que ella se inclinaba un poco sobre el piano y con el respaldo libre me miraba de reojo.

IV

Hoy encontré a Irene en el mismo lugar de su jardín. Pero esta vez me esperaba. Apenas se levantó de la silla casi suelto la risa. La silla en que estaba sentada la vi absolutamente distinta a la de ayer. Me pareció de lo más ridícula y servil. La pobre silla, a pesar del respeto y la seriedad que me había inspirado el día antes, ahora me resultaba de lo más idiota y servil. Me parecía que esperaba el momento en que una persona hiciera una pequeña

flexión y se sentara. Ella con su forma, se subordinaba a una de las maneras cómodas de descanso y nada más. Irene la tomó del respaldo para llevarla a la sala. En ese momento el misterio blanco de Irene parecía que decía: "Pero no le haga caso, es una pobre silla y nada más" y la silla en sus manos parecía avergonzada de verdad, pero ella sin embargo la perdonaba y la quería. Al rato de estar en la sala me quedé solo un momento y me pareció que a pesar de todo, las sillas entre ellas se entendían. Entonces por reaccionar contra ellas y contra mí, me empecé a reír. También me parecía entonces, que ellas se reían de mí, porque yo no me daba cuenta cuál era la que había visto primero, cuál era la que me miraba de reojo y cuál era la que yo me había reído de ella.

V

Hoy le he tomado las manos a Irene. No puedo pensar en otra cosa que en ese momento. Ocurrió así: cuando las manos estaban realizando su danza en el teclado, empecé a pensar qué pasaría si yo de pronto las detuviera; qué haría ella y qué haría yo; cómo serían los momentos que improvisaríamos. Yo no quise traicionarla al pensar primero lo que haría, porque ella no lo tendría pensado. Y entonces zás. Y apareció una violencia absurda, inesperada, increíble. Ante mi zarpazo ella se asustó y en seguida se paró. A una gran velocidad ella reaccionó en contra y después a favor. En ese instante, en que la reacción fue a favor, en el segundo que le pareció agradable y que parecía que en seguida reaccionaría otra vez en contra, yo aproveché y la besé en los labios. Ella salió corriendo. Yo tomé mi sombrero y ahora estoy aquí, en casa. No me explico cómo cambié tan pronto e inesperadamente yo mismo; cómo se me ocurrió la idea de las

manos y la realicé; cómo en vez de seguir recibiendo la impresión de todas las cosas, yo realicé una impresión como para que la recibieran los demás.

VI

Anoche no pude dormir: seguía pensando en lo ocurrido. Después que pasó muchísimo rato de haberme acostado y de pensar sobre el asunto, hacía un gran esfuerzo por acordarme de algunas cosas. Hubiera querido volver a ver cómo eran mis manos tomando las de ella. Al querer imaginarme las de ella, su blancura no era igual, era de un blanco exagerado e insulso como el del papel. Tampoco podían recordar la forma exacta: me aparecían formas de manos feas. Respecto a las mías tampoco podía precisarlas. Me acordaba de haberme detenido a mirarlas sobre un papel, una vez que estaba distraído. Las había encontrado nudosas y negras y ahora pensaba que tomando las de ella, tendrían un contraste de color y de salvajismo que me enorgullecía. Pero tampoco podía concretar la forma de las mías porque el cuarto estaba oscuro. Además, me hubiera dado rabia prender la luz y mirarme las manos. Después quería acordarme del color de los ojos de Irene, pero el verde que yo imaginaba no era justo, parecía como si le hubiera pintado los ojos por dentro.

Esta mañana me acordé que en un pasaje del sueño, ella no vivía sola, sino que tenía una inmensa cantidad de hermanos y parientes.

VII

Hace muchos días que no escribo. Con Irene me fue bien.

Pero entonces, poco a poco, fue desapareciendo el misterio blanco.

LA BARBA METAFÍSICA

a Venus González Olaza

I

Había una cosa que llamaba la atención de lejos: era una barba, un ojito, un sombrero aludo, un bastón y unos zapatos amarillos. Pero lo que llamaba más la atención era la barba. El portador de todo eso era un hombre jovial. Al principio daba la impresión que sacándole todo eso quedaba un hombre como todos los demás. Después se pensaba que todo eso no era tan despegable. El andar así era una idea de él y formaba parte de él porque las ideas de un hombre son la continuación del hombre. Todo eso era la continuación del espíritu de él. Él había creado esa figura y él andaba con su obra por la calle. Todo eso estaba juntito a él porque él lo había querido así. Todas esas cosas y él formaban una sola cosa.

II

Después se pensaba otra cosa: a pesar de que todo eso era de él; él lo había hecho con un fin determinado. Él sabía que esa idea de él influiría de una manera especial en el ánimo de los demás. No había violentado la normalidad porque sí. No era tampoco el que se atreve a afrontar lo ridículo exponiendo una nueva moda. Tenía otro carácter: el recordar de pronto una moda pasada. Además era

más comprensible una moda pasada que una moda nueva. Entonces nuestra imaginación volvía a despegarle la barba.

III

Después ocurría que él triunfaba sin saberlo. A pesar de nosotros saber que todo eso era de él y que él lo había hecho con un fin determinado, la barba tenía una fuerza subconsciente que él no había previsto y que no tenía nada que ver con él. Tenía más que ver con nosotros. Además de saber que la idea era de él y que él lo hacía con el fin determinado, surgían unas violentísimas ganas de saber cómo sería él sin barba, cómo serían las mandíbulas y la parte tapada de la cara. A cada momento lo comparábamos con los demás hombres y la imaginación no se satisfacía en su manera de suponerlo sin barba. El espíritu quedaba en una inquietud constante, pero la barba insistía. En la intimidad se esperaba el momento en que se lavara la barba para ver cómo era un hombre lavándose la barba. Esta curiosidad se satisfacía, pero después se la secaba, se la perfumaba y la barba insistía. Entonces seguía el misterio, y la constante inquietud del espíritu.

DRAMA O COMEDIA

EN UN ACTO Y VARIOS CUADROS

a los esposos Rojo Pintos

Personajes

JUAN (*el esposo*)

JUANA (*la esposa*)

MARÍA (*hermana de Juana*)

ESCENOGRAFÍA: *Las paredes totalmente blancas. En el centro dos sillones rojos. Se suceden los cuadros cambiando rápidamente los personajes sentados, de manera que el telón permanezca bajo, el menor tiempo posible.*

Cuadro I

JUAN Y JUANA

(*Aparecen sentados: Juan a la izquierda, Juana a la derecha. En el desarrollo de toda la obra, ningún personaje demuestra exuberancia en el gesto ni en el movimiento: éstos son sintéticos y sugestivos.*)

JUANA:

¿Qué estás pensando?

JUAN:

No te lo puedo decir.

JUANA:

Es la primera vez que me dices que no me lo puedes decir.

JUAN:

Tengo mis razones.

JUANA:

Un pretexto filosófico.

JUAN:

¿El no poder decírtelo ha de ser precisamente por mal?

JUANA:

El no decirme una cosa que has hecho mal por hacerme bien, es hacerme más mal.

JUAN:

El resultado de lo que tú piensas es hacerte mal, pero el resultado de lo que yo pienso es hacerte bien.

JUANA:

Bueno, si es así, como tú dices, explícaselo a María, y si ella está conforme con el bien que me haces, estaremos de acuerdo.

JUAN:

Bueno, se lo explicaré. Tú calcularás que ella te lo dirá después. Yo también calculo eso, pero será muy sencillo para mí descubrir si te lo dijo, y mucho más sencillo el castigo: no decirle nunca más lo que a ti no te puedo decir.

JUANA:

¿Cómo, entonces piensas volver a hacer este bien que yo no puedo saber?

JUAN:

Tal vez.

Cuadro II

JUAN Y MARÍA

MARÍA:

Juana me lo ha contado todo. Está muy disgustada por que usted nunca le ocultó lo que pensaba. (*Pausa*) Bueno, entonces dígame pronto ¿qué pensaba?

JUAN:

Mire María, yo no pensaba nada.

MARÍA:

¡Ah! no se lo creo.

JUAN:

Se lo contaré y me creerá. Lo que más nos encanta de las cosas, es lo que ignoramos de ellas conociendo algo. Igual que las personas: lo que más nos ilusiona de ellas es lo que nos hacen sugerir. El colorido espiritual que nos dejan, es a base de un poco que nos dicen y otro poco que no nos dicen. Ese misterio que creamos adentro de

ellas lo apreciamos mucho porque lo creamos nosotros. Hay personas que lo dicen todo y no nos dejan crear nuestro misterio. Una excepción son las personas muy simples; nos hacen pensar que eso tan simple no son ellas y pasamos toda la vida pensando qué habrá en su interior. Yo soy de las personas que lo dicen todo y no dejan crear el misterio. Yo quiero ilusionar a Juana y por eso quiero hacer surgir el misterio.

Cuadro III

JUANA Y MARÍA

JUANA:

Bueno, entonces dime pronto.

MARÍA:

Mira, Juan no pensaba nada.

JUANA:

¡Ah! eso sí que no te lo creo.

MARÍA:

Te lo contaré y me creerás. Lo que más nos encanta de las cosas. . . (*Le dice lo mismo que dijo Juan hasta donde se refiere a él*). Él es de las personas que lo dicen todo y no dejan crear el misterio. Él quiere ilusionarte y por eso quiere hacer surgir el misterio.

Cuadro IV

JUAN Y JUANA

JUANA:

Yo tuve la culpa, le exigí mucho y ella me lo dijo. Estaba muy atormentada y me hizo mucho bien que me lo dijera.

JUAN:

A mí me hizo mucho mal. (*Se queda pensativo nuevamente*). (*Pausa*).

JUANA:

¿Y ahora qué piensas?

JUAN:

(*Sonriendo*). Ahora sí que no te lo puedo decir.

JUANA:

Ahora quiero que me lo digas tú directamente.

JUAN:

Tranquilízate, que no te lo diré.

JUANA:

Se lo dices a ella una vez más. Te prometo que no le preguntaré nada. (*Pausa*).

JUAN:

Será la última vez que concedo. Pero conoceré igual, aplicaré el mismo castigo y lo aplicaré irremediablemente.

Cuadro V

JUAN Y MARÍA

MARÍA:

Ella me exigió muchísimo y tuve que decírselo. (*Pausa*). Y por último, ¿cómo hizo para volver a crear el misterio?

JUAN:

Dije sonriendo, que ahora sí que no se lo podía decir.

Cuadro VI

JUANA Y MARÍA

JUANA:

Bueno, entonces dime pronto.

MARÍA:

Me volvió a decir que no era nada.

JUANA:

Esta vez no te lo creo.

MARÍA:

Te lo contaré y me creerás. Me dijo que sonrió como un nuevo medio para volver a levantar el misterio que yo había hecho desaparecer contándote.

Cuadro VII

JUAN Y JUANA

(Juan aparece más pensativo que nunca.)

JUANA:

¿Qué estás pensando?

(Juan no contesta. Hace una seña con la mano como para que no lo molesten.)

JUANA:

Bueno dime, dime ya.

JUAN:

Mira, pensaba en negocios. *(Con una manera de hablar fingida como dejando de lado el problema de responder.)*

JUANA:

No, no pensabas en negocios.

JUAN:

(Fingiéndose estar muy pendiente de lo que pensaba.) Sí, tienes razón, pero después te cuento.

JUANA:

No, ya ya.

(Juan queda completamente pendiente de lo que pensaba. Esta vez no hace el menor caso.)

Cuadro VIII

JUAN SOLO:

Me di cuenta que María le había vuelto a decir. Me valí de este otro medio para crear nuevamente el misterio. (*Pausa*). Todo esto es muy interesante, me servirá para escribir una obra. (*Pausa*). No. (*Pausa*). No porque si la escribo ella la lee y vuelve a caer el misterio.

TELÓN.

LA CARA DE ANA

a Lucila Fogliano López

I

Además de sentir todas las cosas, y el destino, parecido a las demás personas, también lo sentí de una manera muy distinta. Cuando sentía parecido a los demás, las cosas, las personas, las ideas y los sentimientos se asociaban entre sí, tenían que ver unos con otros y sobre todo ellos había un destino impreciso, desconocido, cruel o benévolo y que tenía propósito. Este propósito era tan caprichoso que nadie acertaba a preverlo. Este destino tenía movimiento y sobre todo un extraordinario comentario. En el movimiento entraban y se asociaban también las cosas quietas y eran un poco más humanas que objetos. En el comentario había una emoción movida, y a medida que avanzaba el comentario aumentaba la emoción; cuando yo era niño y empezaba a llorar, me empezaba el comentario de mi tristeza y seguía llorando hasta que se me terminaba el comentario. En este mismo destino tenía también un poco de diferencia con los demás: cuando ocurría un hecho triste o alegre, sin que ellos se dieran

cuenta, parecía que todo el comentario ya lo tuvieran pronto, se les uniera enseguida a la emoción y enseguida lloraran o se rieran. Mi comentario se retrasaba como si lo tuviera que hacer de nuevo, y tardaba en llorar o reírme. Otras veces me ocurría que ese comentario no me venía y empezaba a sentir las cosas y el destino de la otra manera, de mi manera especial: las cosas, las personas, las ideas y los sentimientos no tenían que ver unos con los otros y sobre ellos había un destino concreto. Este destino no era cruel, ni benévolo ni tenía propósito. Había en todo una emoción quieta, y las cosas humanas que eran movidas, eran un poco más objetos que humanas. La emoción de esta manera de sentir el destino, estaba en el matiz de una cosa dolorosa y otra alegre, de una cosa quieta y otra movida. Y aunque estas cosas no tuvieran que ver unas con otras en el pensamiento asociativo, tenían que ver en la sensación disociativa, dislocada y absurda. Una idea al lado de la otra, un dolor al lado de una alegría y una cosa quieta al lado de una movida no me sugerían comentario: yo tenía una actitud de contemplación y de emoción quieta ante el matiz que ofrecía la posición de todo eso.

II

Mi casa estaba en el pie de un cerro. Lo que más me gustaba de ella era un patio de lozas. Este patio era tan de mi casa, que si hubiera visto en otro lado otro parecido, me hubiera dado fastidio y nunca lo hubiera encontrado tan lindo. Yo paseaba a menudo por él, pero sin pisar las rayas. Estaba tan acostumbrado a esto que aunque cruzara sin ser para pasear, tampoco pisaba las rayas. En ese tiempo yo tenía seis años, y una mañana vino a mi casa una muchachita que tenía ocho. La madre era amiga de la

mía y hacía mucho tiempo que no se veían. Después de las primeras cosas las madres nos dejaron solos, creyendo que pronto nos haríamos amigos. Pero a ella no se le importaba nada de mí, y yo no me daba cuenta bien de lo que pasaba. Ella se llamaba Ana, y no era traviesa ni sacudida. Pero tenía unos ojos negros muy abiertos y miraba todo con una curiosidad libre y desfachatada. Yo la miraba mientras ella miraba todo, y ella miraba todo como si yo no estuviera. Entonces fui a decirle a mi madre que ella miraba todo. Cuando volví al patio Ana estaba haciendo lo mismo que yo: caminaba por las lozas sin pisar las rayas. A la hora de cenar éramos amigos y la sentaron a mi lado, pero mientras comía me miraba de una manera que parecía que pensaba que yo era un idiota. Hubo un silencio raro porque todavía no había una confianza definitiva en todos los que había en la mesa. Ana los empezó a mirar y a sentir el silencio raro, pero al momento sintió ganas de violar ese silencio: me miró para ver si a mí me ocurría lo mismo y aunque no me encontró con la misma predisposición, no pudo aguantar la risa y soltó una carcajada desvergonzada. A ella, la madre le dio un pellizcón; pero me empecé a tentar yo. Cuando la volví a mirar ella estaba llorando, y cuando ella me volvió a mirar a mí, los dos soltamos la risa.

III

A los pocos días hizo una mañana muy linda y era día de fiesta. Por la vereda de mi casa pasaba muy alegre la gente que subía al cerro. Pero en mi casa había mucha tristeza: se había muerto mi abuelo. Lo supe después que me levanté; me hacían el comentario de cómo había sido antes mi abuelo y cómo seríamos después nosotros sin él. Yo hacía un gran esfuerzo para suponerme lo que me

decían, pero mi imaginación no era muy concreta y no me causaba el dolor que debía causarme. Cuando lo vi por primera vez en la pieza que lo velaban, tuve una impresión rara pero no de terror. También me acuerdo que enseguida fui al escritorio con mi padre y vi por primera vez cómo se lacrababan las cartas. Después fui a donde estaba mi abuelo muchas veces más. En unas de las veces me encontré con la mirada de Ana y con su risa, pero, ya sabía yo cómo se reía ella, cómo le gustaba violar el silencio que tenía mi abuelo y el silencio que hacían los demás. En otra de las veces sentí el destino de mi manera especial: yo estaba parado en el zaguán; en la pieza de la derecha los de mi familia lloraban y nombraban a Dios —a veces detenían el llanto un poco como para dar vuelo al comentario y después volvían a llorar—; en la pieza de la izquierda estaba mi abuelo que no se le importaba nada de los demás; por la vereda pasaba la gente muy alegre y no se le importaba nada de lo de adentro; y por alguna otra parte debía estar Ana riéndose del silencio de los demás y del silencio que tenía mi abuelo por la muerte. Entonces sentí todo con una simultaneidad extraña: en una pieza el movimiento de los comentarios y los llantos, en la otra el silencio quieto de mi abuelo y de los candelabros —con excepción de las llamitas de las velas que era lo único que tenía movimiento en esa pieza—, el ruido y la alegría en la vereda y la risa que me imaginaba que tendría Ana en alguna parte. Ninguna de estas cosas tenían que ver unas con otras; me parecía que cada una de ellas me pegara en un sentido como si fueran notas; que yo las sentía todas juntas como un acorde y que a medida que pasaba el tiempo unas quedaban tenidas y otras se movían. En todo esto yo no sentía comentario, y el destino de los demás con sus comentarios y sentimientos, era una cosa más para mi destino especial: todas las cosas me venían simultáneamente a los sentidos y éstos

formaban entre ellos un ritmo; este ritmo me daba la sensación del destino, y yo seguía quieto, y sin el comentario de lo físico ni de lo humano.

IV

A veces yo hacía algunas cosas bien; entonces las personas mayores me elogiaban para estimularme: ese jueguito me era antipático y yo dejaba de hacer aquello bien. Me ocurría algo parecido cuando me querían injertar una idea o un sentimiento y tal vez ésa fue una de las causas de que se me hubiera cerrado subcientemente la razón, para darme cuenta que se me había muerto mi abuelo.

En los primeros días del duelo en mi casa había una vida nueva, agitada, incómoda, y la violencia de ese presente me seguía anestesiando la percepción de lo que había pasado. Pero a los muchos días, cuando todo estaba más tranquilo y más parecido a antes, tuve una gran tristeza por mi abuelo: me empecé a dar cuenta tranquilamente de que no estaba y que no estaría más; se empezaba a dar cuenta una parte de mí, que me parecía que no era el pensamiento pero que a la vez me hacía pensar. Cuando fue un poco al atardecer me aumentó la angustia y me puse a llorar; Ana me preguntó por qué lloraba y yo caí en la tontería de decírselo; entonces ella se rió muchos días. Pero otro día a elal se le atrasó el comentario: estábamos jugando en un terreno baldío; aproveché que ella estaba de espaldas y con un palo inmenso le pegué despacito en la cabeza; ella se quejó sin darse vuelta, pero cuando se dio vuelta y vio el palo con que le había pegado se echó a llorar: entonces me reí yo.

A los pocos días, Ana y la madre se fueron de casa; mi tía y yo fuimos a despedirlas al muelle; yo no sentía que Ana se iba, aunque esa tarde lloré, pero lloré por otra

cosa: por la violencia con que sonaba el pito del vaporcito; esa estridencia me producía siempre un dolor físico tan grande que me hacía llorar tan decididamente como cuando uno se ríe con sobrados motivos. Después me daba cuenta que mientras me había durado el llanto yo había estado con todo mi sentimiento detenido o dedicado exclusivamente al llanto, y tal vez por eso no habría pensado en que Ana se iba.

V

Una tarde, cuando yo tenía quince años, volvió a casa la madre de Ana. Resultó que Ana había estado hasta hacía poco en un manicomio: los médicos habían dicho que aquello era pasajero y le encargaron descanso y aire puro; por eso es que vino la madre de ella a pedirle a la mía que la dejara estar un tiempo con nosotros. A los pocos días, en una mañana de sol que yo salí a la quinta me encontré con Ana y la madre; Ana tenía una risa parecida a la de antes; se reía esperando mi sorpresa, pero lo hacía con más delicadeza y parecía menos salvaje; estaba altísima, delgada y muy linda; después nos reíamos los dos porque no nos animábamos a besarnos, pero intervinieron las madres con los recuerdos y todo se produjo. Al poco rato me parecía mentira que Ana hubiera estado loca; estaba mucho más corregida, más prudente, pero yo la seguía viendo predispuesta a distraerse y mirar todo con una curiosidad desfachatada; al mismo tiempo parecía que tenía miedo y pesar de ser así, porque le habrían dado muchos pellizcones para corregirla, pero yo esperaba que de pronto se abandonara a la curiosidad.

Una noche Ana traía los platos muy ligero; estaba muy seria y tenía la cara muy congestionada. Al poco rato de comer la hicieron acostar, y después nos acostamos nos-

otros; mi hermano y yo dormíamos en una habitación chica y había que pasar por ella para ir al cuarto de baño; en la mitad de la habitación había un perchero de pie muy grande. A las dos de la mañana Ana cruzó en camisa la habitación de nosotros; iba al cuarto de baño y llevaba una vela en la mano; cuando volvió, se paró cerca de mi cama y me miró fijo; de pronto se sonrió y la sonrisa también se le quedó fija; a su insistente sonrisa de loca se le agregaban las sombras que la luz de la vela le hacían en la cara; entonces en el primer momento tuve el comentario pronto y sentí el destino como los demás; sentí toda la sangre en la cabeza, tuve la necesidad de corresponder a su sonrisa y debo haber hecho una mueca parecida a la de ella. Pasaron unos momentos; tuve la sensación de que estaba haciendo equilibrio en quedarme completamente como ella o quedarme tranquilamente como yo, pero la reacción se produjo: empecé a pensar que el comentario trágico de aquello no podía hacérselo a nadie en aquel momento, que tendría que esperar al otro día; entonces les contaría todos los detalles sin olvidarme de la luz de la vela en la cara, y me reiría del asombro que les produciría. De pronto se me fueron esas reflexiones —que me pasaron muy rápido— y empecé a sentir el destino de mi manera especial— entre tanto Ana seguía igual. En mi manera de sentir el destino me parecía que Ana con su risa miraba a la Tierra dar vueltas, pero era tan natural que Ana de acuerdo a su fisiología se encontrara así como que la Tierra diera vueltas. Después empecé a sentir todas las cosas que había en la pieza y la sonrisa de Ana con la simultaneidad rara: había cuatro cosas que formaban un acorde, dos figuras paradas: el perchero y Ana, y dos acostadas: mi hermano y yo. El perchero parecía meditabundo y no tenía nada que ver con nosotros a pesar de estar allí; Ana con su locura fija me miraba a mí y no se sabía si pensaría algo; mi hermano dormía y el misterio de su

sueño no tenía nada que ver con nosotros tres; y yo sentía mi destino con la simultaneidad rara.

Cuando Ana se fue y el cuarto quedó oscuro, me quedó en la memoria la cara de ella con la sonrisa y los reflejos de la luz de la vela, pero entonces, no la sentía asociada al destino de los demás ni tampoco al mío: la única sensación que tenía era de que la cara de Ana era linda.

AMALIA

a Angélica Fogliano López

I

Amalia pensaba siempre a dónde iría a pasear. Cuando estaba resuelto su propósito escondía su alegría de una manera rara; decía a los demás cosas que sabía que los demás apoyarían, pero ella fingía que se le ocurrían de pronto y que se asombraba un poco y que se alegraba otro poco con la opinión de los demás.

II

Yo pensaba siempre en Amalia y en besarla. Nunca le decía nada porque me parecía traicionar nuestra confianza alegre y porque ella no sabría recibir nada inesperado. Cuando tenía más violento el deseo de besarla le hablaba de cosas simples como si tuviera toda mi atención en ellas y al mismo tiempo como si pensara en ellas de paso.

Un día antes de salir a pasear, con la alegría de lo que veríamos y como poniéndonos de acuerdo para ir a muchos lugares lindos nos dimos un beso corto. Después nos dimos muchos besos más. Pero cuando nos besábamos ella miraba para un lado como si pensara a dónde iría a pasear y yo tenía los ojos muy abiertos y la miraba fijo como si estuviera distraído por cosas simples.

LA SUMA

a María Elena Bagattini

En una ciudad un poco chica y un poco aislada, me ocurrió lo siguiente: fui a un hotel que lo único que encontré simpático, en el primer momento, fue un árbol que había en la mitad del patio. En un rincón que formaba el corredor al terminar en la pared, había un juego de vestíbulo. Me dio la impresión de que allí se habían sentado muchos enamorados y habían asociado el recuerdo de sus amores a esas paredes y esos muebles. Sin embargo me era más simpático el árbol, pero no me entregaba mucho a quererlo porque la casa no era mía y no podría estar allí siempre, ni verlo todas las veces que se me antojara. Otro tanto me ocurría con el cuarto que me dieron: pensé que al tiempo de estar en él me sería simpático porque allí recibiría cartas de personas queridas y allí me despertaría y pensaría cosas antes de levantarme. Pero también me daba fastidio entregarme a él porque podían entrar personas y no sería mío solamente.

El compañero que me tocó en la mesa era el mismo que tenía en el cuarto. Me llamó la atención que comiera tan-

to: nunca había sabido que se pudiera comer así. Y sin embargo era muy delgado. Nos hicimos amigos enseguida. Esa misma tarde entré en el cuarto en el momento que se afeitaba, y después de saludarlo se quedó callado un rato esperando que yo hablara. Estaba en esa actitud de distraído de los hombres que están acostumbrados a adquirir posición frente a las mujeres y que después la aplican para hacerse tomar en cuenta entre los hombres. Era muy presumido. Los domingos de mañana al hacerse la toilette silbaba con ese silbido fino, delicado y tembloroso con que silban las personas cuando están satisfechas de realizar una cosa con proiljidad. Todo esto me hacía gracia porque en él tenía una ingenuidad simpática. Yo le contaba estas cosas y él se reía junto conmigo. Llegué a estimarlo mucho. La prueba de que él también me estimaba era que me contaba sus amores. Significaba una gran prueba de amistad, porque era extraordinariamente cerrado para todos. Era un galán tan discreto que costaría más que a nadie descubrir sus predilecciones. En los amores ponía muy noblemente toda la medida de su fineza y buen gusto. Una vez en una kermesse yo estaba con el espíritu un poco extraño: tenía un poco de angustia y de cansancio. De pronto vi a mi compañero como si fuera una suma que por primera vez le hiciera el total. Eso me produjo una sensación y una reacción tan rara que me reí toda la noche. Al verlo un poco de lejos le encontré proporciones que antes no había visto: era alto, delgado, la cabeza elegantemente un poco grande en relación al cuerpo, y la nariz que de cerca era demasiado grande, de lejos era una pincelada muy ocurrente. Estaba solo, miraba para todos lados con disimulo, y aparentaba estar distraído. El total de la suma era que al mismo tiempo que su carácter, su actitud escondía sus pensamientos, su cuerpo delgado despistaba sus difícilísimas digestiones. Además de eso tenía un nombre místico: se llamaba Salvador.

Cuando hacía cuatro meses que estaba en una ciudad, ya había dado algunos conciertos y era conocido. Entonces me invitaron a una audición que se realizó en un convento. Me recibió una monja y me preguntó cómo me llamaba; el ambiente me predispuso a distraerme y dije mi nombre muy despacio y entre dientes, pero ella lo entendió muy bien porque suponía que yo fuera ése. Me senté en el salón ante la mirada de todos y sin atreverme a pensar en nada. Empecé a tantear todo con los ojos y con los oídos como cuando era niño, pero más que yo tantear las cosas, ellas pasaban por mi tacto. Los comentarios de las mamás y conocidos de las niñas que ejecutarían, no hacían el barullo que yo hubiera supuesto: eran fugas de voces muy bajas. Estaba distraído de una manera especial: si me hablaban podía responder alguna palabra, pero sin perder el sentido distraído de las cosas. Entonces, de la misma manera que sentía los asuntos de destino en que estaban juntos y de pronto se encontraban el dolor terrible y las cosas sin sentido, así sentía yo el pequeño escenario del convento: la decoración tan pronto representaba un bosque con árboles como una habitación con muebles y moñitas. Además había dos pianos. Delante del escenario, dos escaleritas por donde subían las niñas que tocaban. Había un gran espacio desde el escenario a la primer hilera de sillas. En la mitad de la hilera tres frailes con una mesa por delante. Yo estaba sentado cerca de los frailes. A la derecha, en ángulo recto con nosotros y tocando la pared, tres monjas con otra mesa delante. De ahí hasta el escenario, dos bancos con niñas uniformadas. A la izquierda otros dos bancos con niñas. Ese espacio que rodeaban las niñas y nosotros tenía mucho carácter. Yo

había empezado a suponerme cómo sería el efecto de todo eso para las personas que lo habían dispuesto así. Seguramente que habrían dado lo mejor de ellas y habrían tenido momentos de emoción al ocurrírseles y al haberlo realizado. También habrían visto la imperfección de algunas cosas y sabrían que los demás también lo verían, pero tendrían que perdonarlo porque si el interés no estaba allí estaría en otro lado. Todo eso era convencional; esa convicción tendría que ser tan general y tendrían que contribuir todos a entenderlo con tanta naturalidad, como cuando entre dos actores que hablan al público en voz alta, uno expone un proyecto en contra del otro. Se sabe que si lo oye el público, con más facilidad lo oiría el otro, pero es convencional suponerse que el otro no lo oye. Yo empezaba a suponerme el poemita que sentirían los que contribuyeron a todo aquello. Me sentía con una rarísima y sincera inferioridad al ambiente. Tenía un asombro agradable ante lo que no alcanzaba a entender totalmente y presentía extraordinario. Además hacía un rato que sentía hablar muy cerca de la niña que era "célebre" entre todas. La célebre era la mayor y casi una señorita. Empecé a sentir impaciencia porque tocaran todas, para que después tocara aquélla. Esperaba ese momento con una curiosidad sencilla y alegre. La célebre tenía un encanto extraño al confundirse con las demás; además de estar uniformada no estaba sentada ni en la punta ni en el centro del banco. La hermana superiora tocó un timbre y dos de las niñas se levantaron al mismo tiempo: una de un banco de la izquierda y otra de la derecha; subieron por una escalerita; cuando estuvieron arriba se dieron vuelta, hicieron una cortesía a los frailes y se fueron a sentar en el mismo piano; enseguida se hicieron una seña, empezaron a tocar una piecita a cuatro manos y a contar los tiempos en voz alta. Todo eso era muy distinto de la vida común y al mismo tiempo parecía

que fuera de los momentos que yo no conocía de la vida común, pero por los que tendrían que pasar todas las niñas. Y entonces sentía algo tan respetable como sentiría al principio de una enfermedad o de un dolor: cada niña al hacer su cortesía quería hacerla con gracia y ser agradable; ahí empezaba a mostrar el principio de su estilo como actriz de la vida, y a lo mejor, la que tenía menos gracia, la que su estilo no coincidía con mi placer, un día sería extraordinaria y asombraría al mundo. Había algunas que al tocar me hacían sugerir un misterio rudo y torpe que no tenía nada que ver con el esfuerzo que hacían para no equivocarse. Me había ocurrido lo mismo una vez que vi comer a un negro forzado: parecía que el movimiento de las mandíbulas y de los músculos de la cara, le excitara un silencio de pensamientos torpes y misteriosos. Después tocó la célebre: era la más adelantada, tocaba con más naturalidad que las demás y del espíritu de sus movimientos y de su personita surgía un encanto parecido a su posición en el banco: no era en ninguna de las puntas ni en el centro.

Cuando se fue toda la gente, las monjas y las discípulas me pidieron que tocara; cuando me senté en el piano y me di cuenta que estaba distraído, me empecé a llamar con todas las fuerzas como si quisiera despertar de un sueño; cuando había tocado un rato y estaba completamente en mí, les miré la cara a todas y no tenían la atención tan dispersa como antes: ahora me atendían concretamente a mí, ahora ellas me observaban el misterio a mí. Cuando vi a la célebre muy de cerca me pareció distinta; cuando pedí el sombrero para irme, ella fue corriendo primero y me lo trajo; cuando me miró ofreciéndomelo descubrí que tenía un encanto distinto al que le había visto antes.

Fui a otra ciudad que tenía un río como para llegar o salir de ella en vapor. No me ocurrió nada raro hasta que salí de allí. Cuando caminaba por el muelle recordaba los momentos de actor que había representado en esa ciudad: en los conciertos, en las calles, en los cafés y en las visitas. Ahora en el muelle había muy poca gente y de esa gente parecía que nadie me conocía ni nadie había ido a mis conciertos. Entonces tuve una angustia parecida a la de los niños mimados cuando han vuelto de pasear y les sacan el traje nuevo. Me reí de esta ridiculez y traté de reaccionar, pero entonces caí en otra angustia mucho más vieja, más cruel y que por primera vez vi que era de una crueldad ridícula. Al principio de esta última angustia pensé que podía reaccionar como en la anterior: ya era fuerte, podía resistir todo y hasta podía realizar el poema de lo absurdo. Además tenía el placer de la impersonalidad: cuando me quedaba distraído. Sin darme cuenta me había parado en la punta del muelle como si ya fuere a subir al vapor, aunque éste todavía no se veía venir. Y sin darme cuenta caí en la impersonalidad: parecía que todo el cuerpo se me hubiera salido por los ojos y se me hubiera vuelto como un aire muy liviano que estaba por encima de todas las cosas. Pero de pronto la angustia me volvió a atacar y la sentí más precisa que nunca en su cruel ridiculez. La sentí como si dos avechuchos se me hubieran parado uno en cada hombro y se me hubieran encariñado. Cuando la angustia se me inquietaba, ellos sacudían las alas y se volvían a quedar tan inmóviles como me quedaba yo en mi distracción. Ellos habían encontrado en mí el que les convenía para ir donde yo hubiera querido ir solo. Habían descubierto mi placer y se me cola-

ban, llegaban hasta donde iba mi imaginación y no me dejaban ir al placer libre de la impersonalidad. El vapor vino de arriba, pero al llegar frente al muelle dio una vuelta y quedó en sentido contrario al que venía. Yo subí sin mucha curiosidad ni mucho interés, y me empecé a pasear por cubierta mientras subían bultos. Tardaron mucho en esta operación y yo ya sabía cómo era todo el vapor. Entonces empecé a mirar para el muelle. Cuando estaba oscureciendo, el vapor salió y dio otra vuelta para seguir en la misma dirección que venía. Yo, parado en cubierta miraba las calles que venían a morir al río y que al cruzar tan de cerca, el vapor parecía una imaginación pesada, suave y misteriosa. Cundo fui a entrar a mi camarote no lo encontré donde yo pensaba porque al dar vuelta el vapor y seguir mirando al muelle se me habían trastornado todos los lugares. Después que lo encontré volví a pasear y tuve una impresión rara y desagradable de mi angustia ridícula: la idea de los avechuchos se me había endurecido sin que yo me diera cuenta y sin querer caminaba despacio y sin moverme mucho para que los avechuchos no se inquietaran. Tuve una reacción: me sacudí y hasta llegué a hacer mención de pasarme una mano por un hombro. Pero la impresión desagradable de esa manera de caminar, me venía apenas me distraía un poco. La angustia que se me había vuelto de una monotonía tan extraña como la de algunos cantos judíos: nos parece que nunca encuentran la tonalidad definida, que siempre les amaga y que para ellos es normal no encontrarla.

A la hora de cenar me di cuenta que en el barco había poquísima gente; el comedor era lujoso y había mucho silencio; yo me quedé en él mucho rato después de comer; no me sentía con el cuerpo pesado ni cansado, pero tenía necesidad de estar tan quieto como si no existiera; tenía la cabeza como si fuera un aparato que percibiera todo pero que no explicara nada: entonces sentía que afuera

había ruido: el de las hélices, del agua y además el del viento; adentro, en la mitad del silencio el capitán comía y los mozos caminaban llevándole platos.

En cualquier otro momento hubiera asegurado que el hombre que tuviera el gesto del capitán era un pedante y nada más, pero ahora me parecía que aquella dureza exterior era provisoria, aunque la tuviera toda la vida: parecía que aquella disciplina exterior fuera por algo tan misterioso como eran los ruidos de afuera; tal vez esa dureza de su pedantería le sirviera para no preocuparse de eso.

A los mozos les ocurría lo mismo: traían y llevaban los platos en silencio; de vez en cuando, en el fondo del comedor, dos se decían algo en el oído que parecía una cosa muy simple, pero por encima de la cabeza de todos había algo parecido al ruido de afuera; parecía también que ellos tenían una vieja costumbre de sentir eso y que al mismo tiempo de estar más acostumbrados también lo sentían con más intensidad. Entonces yo, en mi impersonalidad, sentí por primera vez la suntuosidad y lo importante que era el vacío de las cosas: aquel enorme comedor que nos dejaba mucho espacio de unos a otros nos daba un pequeño e importante mundo que engañaba un poco y que nos distraía y nos salvaba y nos garantizaba otro poco de lo que ocurriera en el otro mundo de afuera. El vacío del gran comedor nos servía para apoyar un poco el pensamiento y el espíritu, aunque después, cuando bajáramos a tierra, pensáramos que aquello no nos hubiera servido para nada. Pero ahora, allí había un pequeño mundo con mucho espacio que nos despreocupaba de lo de afuera.

Esta sensación me duró mucho rato; después tuve deseos de tocar el piano una cosa rítmica sin importárseme nada de los temas ni las frases ni los matices: lo im-

portante de mi deseo hubiera sido conservar aquel ritmo y aquella quietud mientras desfilaba todo lo demás.

De pronto tuve ganas de pasearme sobre cubierta, pero cuando pasé por dos espejos que formaban un ángulo recto al encontrarse en dos paredes, miré al rincón y me llamó la atención que me viera la mitad de la cabeza más una oreja de la otra mitad.

LA ENVENENADA

a María Isabel G. de Hernández

I

En uno de los barrios de los suburbios de una gran ciudad, uno de los literatos no tenía asunto. Esto le pasó desde el 24 de agosto por la tarde —en la mañana había terminado un cuento— hasta el 11 de octubre, también por la tarde. En la mañana del 11, el día le amenazaba con normalidad: como uno de los tantos días él estaba encerrado en su casa y no tenía ganas de salir; se paseaba por toda su pequeña casa, a grandes pasos y a profundos pensamientos; quería atacar algún asunto, porque ningún asunto venía hacia él; al mismo tiempo que sus piernas se le cansaban y se le ponían pesadas, sentía angustia con pesimismo; pero se acostaba un rato y, a medida que sus piernas descansaban, la angustia con pesimismo se le iba.

El 11 por la tarde, cuando eran las 14 y 25 y se asomó a la puerta de su casa, se dio cuenta que el día era lindo, pero igual a muchos días lindos —hacía tiempo le había pasado lo mismo con unos días feos— entonces, como una

de las tantas veces que en otros días se había asomado a la puerta de su casa, llegó a la siguiente conclusión: "si quiero asunto tengo que meterme en la vida". A las 15 y 12 fue cuando por última vez en esa tarde se asomó a la puerta de su casa y pensó que tenía que meterse en la vida; aparecieron tres hombres que desde la calle le hicieron señas para que se acercara; cuando se acercó le dijeron que a pocas cuadras y al borde de un arroyo, una mujer se había envenenado. Él tenía pensado no ir a esta clase de espectáculos: le producían una cosa, que sintetizando todo lo que hubiera podido escribir sobre esa cosa, le hubiera llamado vulgarmente miedo. Sin embargo, como además de no tener asunto, había leído una poesía que le había llevado a la conclusión de que un hombre podía reaccionar y triunfar sobre sí mismo, entonces decidió aprovechar la invitación que le hicieron los tres hombres y el espectáculo de la envenenada.

Apenas empezaron a caminar uno de los tres hombres le demostró una antigua y secreta admiración: había leído muchas cosas de él; los otros dos estaban cohibidos y la curiosidad que hacía un rato tenían por la envenenada, se les había pasado para el literato.

En el cerebro de los cuatro hombres había una misma idea: en tres, la curiosidad por el gesto de la cara del literato, y en el literato la preocupación de lo que haría con su cara. Si se abandonaba a la espontaneidad, tal vez pusiera una cara inexpresiva e idiota y, además, no podría abandonarse a su espontaneidad porque sabía que lo observaban; tal vez no podría ser espontáneo ni consigo mismo, porque aunque no hubiera nadie, él mismo sería su observador, tendría la tensión de espíritu del analítico y por más fuerte que fuera el espectáculo, su espíritu oscilaría entre la impresión que le produciría y la impresión que él quería tomar de sí mismo. Entonces se encontró con que no podía ni sabía sorprenderse y, entonces tenía que

inventar un gesto interesante. Ni aun esto podía pensar tranquilamente porque sus compañeros le iban dando los datos que conocían de la envenenada y él tenía que escucharlos y comentarlos. Para esto inventó un gesto y un comentario que le sirvió para abandonarse a pensar en todo lo que se le antojaba, para dejar sus pensamientos libres cual una cosa libre; puso su cara hacia el frente, pero no para mirar lo que tenía adelante, sino hacia lo que los literatos habían definido como lo infinito, lo desconocido, etcétera.

El comentario fue el silencio: muchas veces le había servido para muchas cosas, y ahora le permitía dejar el pensamiento libre cual una cosa libre.

El admirador del literato le contaba a éste, una vulgar historia de amantes; esa mañana, cuando la historia tuvo su desenlace, ella había envuelto en un papel un vaso con cianuro, y había puesto en la cartera un gran revólver; cuando se puso el gorro de fieltro y salió de su casa la gente habría creído que iba a un lugar, lejos de aquellos alrededores. Aquí los pensamientos del literato se prendieron hambrientos de este detalle, y ya le pareció que hacía un cuento y que decía que ella había ido más lejos de lo que la imaginación de la gente suponía: había ido donde los literatos habían definido como lo infinito, lo desconocido, etc. De pronto los pensamientos se le detuvieron y se fijó que los dos hombres que callaban habían quedado algunos pasos atrás y ahora conversaban; entonces sus pensamientos le volvieron a atacar y se imaginó que, al ellos caminar de dos en dos, llevaban un ataúd. También se dio cuenta, analizando su propio yo, que este último pensamiento decoraba muy bien el espectáculo que dentro de poco verían.

Los cuatro hombres iban por una orilla del arroyo; pero la envenenada estaba del otro lado; entonces el literato pensó: ella está del otro lado del arroyo, y de la vida. Los compañeros le dijeron que, como el arroyo era angosto, de este lado verían bien, y que si fueran por el otro, tendrían que dar una vuelta muy grande; y el literato pensó: para llegar del lado de la envenenada, habría que dar una vuelta muy grande y ésa sería la vuelta de la vida, porque ella está en la muerte.

El paraje era pintoresco como otros lugares pintorescos y nada más; a dos cuadras del suceso, los cuatro hombres vieron entre los árboles un grupo de personas y el literato preparó la cara: frunció el entrecejo y nada más: pensaba que con eso bastaba para ver y pensar tranquilo; y entonces, este último pensamiento, le dio a su cara un baño fijador. A medida que se acercaba, su espíritu oscilaba entre conservar su yo y abandonarse a la curiosidad: parecía un elástico que se estirara y se encogiera; pero el baño fijador que había dado a su cara le fue eficaz: cuando estuvieron frente al lugar de la envenenada, él conservaba entera su cara.

Pasado el segundo de indefinida sensación, se apresuró a decirse a sí mismo: es una mujer envenenada y nada más; y tuvo el valor de empezar a observarla y a pensar, sin hacer caso de una especie de pelotón nebuloso y oscuro, que desde el primer momento se le había formado en donde los otros literatos llamaban el espíritu. Pero, a medida que observaba y pensaba, de la envenenada salía algo que le agrandaba el indefinido pelotón.

El espectáculo era demasiado fuerte para el literato; en el cuerpo de la envenenada había cosas extrañas, contradictorias y también irónicas: los pies estaban cruzados, y había en ellos la tranquilidad de la persona que se ha

acostado a dormir la siesta y el cuerpo disfruta de la frescura del césped y de la placidez del sueño; pero sin embargo, el cuerpo de la envenenada estaba arqueado, tenía por punto de apoyo un talón y los hombros, y todo el busto demasiado echado hacia adelante; la cabeza estaba doblada y su posición hacía pensar en lo mismo de los pies, pero la cara estaba muy descompuesta y los músculos en tensión; un brazo lo tenía para arriba, rodeaba la cabeza como un marco y la posición era tan tranquila como la cabeza y los pies; pero el puño estaba muy apretado. Lo más terrible, la protesta más desesperante que había en la envenenada, estaba en el otro brazo, el que no le servía de marco a la cabeza: estaba muy separado del cuerpo, y desde el codo hasta el puño había quedado parado como un pararrayo; el puño no estaba cerrado del todo, y de entre los dedos que estaban crispados y juntos, salía un pañuelito que flameaba con la brisa.

Cerca del cuerpo estaba el vaso y el papel; el revólver ya lo había llevado la policía: vino cerca de las 13 y quedó un guardia cuidando; eran las 16 y todavía no había venido el juez; el guardia espantaba a la gente que se acercaba demasiado o tocaba y, los que ya se sabían de memoria los detalles del asunto y del cuerpo de la envenenada, se iban. A pocos pasos del literato había una muchacha que dijo, que hacía rato había venido el amante de la envenenada, que después de mirarla le bajó un poco la pollera porque le había quedado muy subida, y que después se había ido. También dijo que nadie había tocado el vaso ni el papel; entonces, se pensaba que la envenenada habría visto aquello así antes de morir, que su pensamiento y la realización, con el vaso y el papel, habrían quedado igual que en el momento en que ella se había envenenado, y esas horas que nosotros medíamos después, se dislocaban y eran extrañas, porue pertenecían más a ella que a nosotros.

También se pensaba, que antes de salir de su casa el vaso, habría estado tranquilo encima de una mesa, que ella lo habría sacado para llevarlo con ella como un animalito doméstico, que todavía estaba cerca de su cuerpo, y miraba fijo, y no era culpable de nada; que como un animalito doméstico habría estado lejos del propósito de ella; pero que ahora el vaso y ella eran dos realidades parecidas.

III

Durante mucho rato el literato quiso suponerse que estaba acostumbrado a espectáculos como aquél y quiso empezar a construir su cuento, para no tener esa cosa que sintetizando todo lo que hubiera podido escribir sobre ella, le hubiera llamado vulgarmente miedo; tenía muy fruncido el entrecejo, pero los ojos se le habían quedado muy abiertos y fijos.

De pronto se dio cuenta que los pies se le movieron y le llevaron el cuerpo para otro lado; también sintió sobre él todas las miradas y la responsabilidad que otros literatos habían sentido cuando pensaban que en sus manos estaba el destino de la humanidad. Ya había corrido por allí la noticia de que era escritor, y la gente pensaría que tal vez él y no el juez, estaría más cerca del misterio de aquella muerte. Cuando percibió el desenfado con que la gente andaba alrededor de la envenenada y recordó sus momentos de esa cosa-miedo, se encontró con que él había tenido una gran altura moral, por el respeto y la cosa-miedo que había sentido, y dio un suspiro de satisfacción. Cuando los compañeros lo vieron moverse, les pareció que era algo así como una gran máquina moderna del pensamiento, y que al moverse era porque ya tenía la solución; no sabían qué solución buscaban, o la so-

lución de qué; pero ellos presentían que en aquel hombre, como gran máquina moderna del pensamiento se debía haber producido una solución; entonces, uno de ellos, el antiguo admirador, lo interrogó. Él tuvo el inesperado dominio de sí mismo, la gran serenidad, de responder no contestando con palabras, sino haciendo una seña con la mano como para que esperasen; al literato le parecía que alguien recitaba, y mientras tanto y antes de que se terminara el poema, él tenía que preparar el juicio o el elogio: aquí el poema terminaría cuando viniese el juez y se llevasen la envenenada. Pero el literato tuvo pronto el juicio, el elogio, o la solución antes que viniera el juez: seguiría con el silencio: esta nueva solución, que era igual a la de antes de ver a la envenenada, le había surgido al recordar cómo otros literatos habían triunfado con el sencillo procedimiento de insistir: él insistiría en su silencio; tal vez cuando los compañeros le acompañaran hasta su casa, él no les diría ni buenas tardes, y esa descortesía en aquel momento, haría crecer en el ánimo de los demás, el concepto que de él tendrían.

Antes de empezar su cuento, otro detalle más vino a detener su mente: la muchacha que estaba muy cerca de ellos y que les había dado los datos del amante, la pollera, y el vaso de la envenenada, ahora miraba al literato con demasiada frecuencia; él lo percibió y trató de escudriñar disimuladamente aquellas miradas; pero después pensó en el papel que estaba desempeñando: su misión como hombre que algún día tendría en sus manos el destino de la humanidad, le reclamaba la atención de la envenenada y, entonces decidió no escudriñar la mirada de la joven; pero aunque no la miró, se sintió preocupado un buen rato antes de empezar a construir su cuento.

El primer detalle interesante que acudió al cerebro del literato, fue el de la edad de sus compañeros, de la envenenada, y de él: aproximadamente tendrían los cinco la misma edad. Para él, esto tenía la importancia de hacerle sugerir que eran cinco jóvenes de una clase dramática, y que en ese momento representaban un drama. Claro está, que enseguida diría que lo más impresionante era que no había tal clase, y que aquello era una espantosa realidad para la protagonista.

El segundo detalle interesante le acudió al recordar que cuando era niño había visto en una escena de figuras de cera, una mujer muerta; pero ahora él se permitía el atrevimiento literario de decir, que esta vez la muerte tenía una vida especial que no había en la muerta de cera; entonces haría resaltar el valor de las cosas naturales sobre las artificiales.

Cuando el literato tenía bastante relleno su cuento de cosas tan atrevidas como las que he citado, se encontró con que no se le ocurría una metáfora interesante para el brazo que había quedado parado como un pararrayo; pero cuando vino una brisa que hizo flamear el pañuelito que salía de los dedos crispados y juntos de la envenenada, se le ocurrió pensar que el brazo era un asta, y el pañuelito la bandera de la muerte. También le surgió esta pregunta: ¿qué vale más? o ¿qué es más importante? ¿el asta o la banderita? En este caso le pareció que era más importante el asta que la bandera; y pensó en todas las astas y las banderas, y vio en todas las astas un valor que hasta ahora no había visto: las veía apuntar al cielo, y su rigidez era de tanta fuerza y tenían una protesta tan desesperante como el brazo de la envenenada. También le pareció ridículo, que a las astas, que tenían una personalidad tan grande, les arrimaran de cuando en cuando una bandera.

De pronto el literato se sintió muy horrorizado; no hubiera podido precisar si tal horror se lo producía la envenenada o sus pensamientos; entonces decidió irse sin esperar a que viniera el juez; pero cuando ya iba a marcharse, su cuento tomó un aspecto mucho más agradable: se encontró con la mirada de la joven de los datos, y se atrevió a comprobar abiertamente si la joven se interesaba por él; al mismo tiempo pensaba en la originalidad y el atrevimiento de su cuento, si resultaba que al ir a ver una joven muerta se había enamorado de una viva. Pero eso no ocurrió, porque cuando él menos lo esperaba, ella le sonrió con una sonrisa tan enigmática, que él no hubiera podido decir si sencillamente se burlaba de él, o habiendo comprendido sus equivocadas suposiciones le rechazaba con aquella sonrisa.

Después, él tampoco se dio cuenta que los pies lo llevaron a su casa, que sus amigos no lo acompañaron, y que el cuento le quedó truncado.

v

Apenas llegó a su casa se acostó; además de tener las piernas cansadas y la angustia con pesimismo, sentía un extraño malestar. Desde la cama su mirada cruzó la habitación, el patio, y se dio contra una vidriera de vidrios opacos; y entonces empezó a pensar en la muerte: sintió miedo de haber nacido porque tenía que morir: hubiera preferido no haber nacido. Al principio pensó en esos dos límites —el nacimiento y la muerte— como si él no perteneciera a la vida; pensó que a él le había tocado una vida en el reparto misterioso; que su vida era una casualidad como era una casualidad el día que nació y sería otra casualidad el día de su muerte. Entonces, no le importaba que en él se hubiera formado una cosa humana: era una

cosa humana más en el montón y no tenía interés ni en darse cuenta que él era una cosa humana más; le parecía ridículo que a cada uno le preocupara tanto de qué padres había nacido y en qué día; le parecía extraño que esa cosa humana tuviera condiciones especiales para sentir ternura por los padres de que había nacido: ¿qué importaba eso cuando se tenía el concepto o el sentido de lo que era el montón? ¿qué se le importaba que le hubiera tocado un cerebro con ciertas ideas? era tan ridículo o sin sentido como cuando los niños se preocupan en buscar la diferencia que hay en los pancitos que les ha tocado: él se comería el pancito y se acabó.

Sin darse cuenta la mirada se le había salido de la vidriera, le había revoloteado un poco, y se le había detenido en el bulto que los pies hacían debajo de las cobijas: entonces empezó a filosofar sobre las puntas de los pies. Su cuerpo estaba en ese relajamiento muscular del descanso; le parecía que la punta de los pies estaban lejísimos de él; pensaba que solamente su cabeza trabajaba, y le asombraba su dominio: con solamente a la cabeza antojársele, se moverían las puntas de los pies que estaban lejísimos, y sin embargo, él no sentía correr la idea por su cuerpo, más bien le parecía que la idea saltaba de la cabeza y la barajaban los pies. Todas las partes de su cuerpo eran barrios de una gran ciudad que ahora dormía; eran obreros brutos que ahora descansaban después de una gran tarea y que el continuo trabajar y descansar no les dejaban pensar en nada inteligente; solamente su cabeza estaba despierta y contemplaba con sabiduría y con indiferencia todo aquello.

Después, su misma sabiduría y su indiferencia le hizo sonreír al pensar en las metáforas que hacía sobre su cuerpo que descansaba; no quería entregarse a ninguna fantasía, porque ese día sentía la realidad indiferente; a él le habían tocado aquellas piernas para andar como le

podían haber tocado cualquier otras, y todavía —pensaba sonriendo despectivamente— que para mejor le habían tocado unas que se le cansaban enseguida.

Él se diferenciaba de los demás literatos, en que ellos ignoraban los misterios y las casualidades de la vida y la muerte, pero se empeñaban en averiguarlo; en cambio para él no significaba nada haber sabido el por qué de esos misterios y casualidades, si con eso no se evitaba la muerte. En total: no se le importaban la vida, ni su misterio anterior ni el posterior, tampoco le importaba saber cuándo moriría ni de qué; el momento de la muerte sería para él como el momento de arrojar: no le gustaba arrojar y hacía todo lo posible para evitarlo, pero cuando el primer vómito le venía ya no pensaba: estaba pendiente del vómito y nada más. También es cierto que un pequeñísimo instante antes del primer vómito pensaba en que iba a vomitar.

Estaba en estas reflexiones, cuando de pronto se dio cuenta que la punta de sus pies se movían un poco, que hacía rato que sus ojos la estaban mirando y que él no había sido consciente de ese hecho; entonces, sintió el mismo nebuloso y oscuro pelotón indefinido que se le formó cuando miraba a la envenenada.

Después se levantó, y empezó a pasearse por toda su pequeña casa a grandes pasos y a profundos pensamientos.

ESTER

I

Una tarde vi pasear a muchas jóvenes por una plaza. Vi también a una que enseguida y violentamente se me separó de todas las demás. Caminaba muy ligero y llevaba

la cabeza levantada; además tenía la frente ancha y abultada; además tenía el sombrero echado para atrás y pasaba el límite de la frente y el cabello; y todavía además, tenía en la parte de adelante del sombrero, el ala doblada para arriba.

La impresión que recibí fue violenta y me pareció que el espíritu me hacía equilibrio en sentir todo aquello como una cosa ridícula o como una cosa bella; pero esta sensación me duró muy poco, porque enseguida caí en la más emocionante y vertiginosa sensación.

Esa joven tendría un nombre muy común: se llamaría Ester por ejemplo. Caminaba ligero siempre, y al pasar entre las otras, las otras parecían plantas que se movieran por una brisa suave. También parecía que si las otras pensaban que seducían mostrándose en un paseo reposado o con una indiferencia lenta, ésta pensaba seducir mostrándose de paso y como con una indiferencia obligada por dos propósitos: ir a un lugar determinado, y de paso buscar a alguien en la multitud: no importaba que no fuera a ningún lado y que nunca encontrara a la persona que buscaba. También parecía que si de las otras se esperaba un movimiento más rápido o más lento, de ésta no se podía esperar ningún cambio en su velocidad: hasta sus ideas, hasta las imágenes de sus sueños marcharían siempre con una velocidad grande y regular; lo extraño era precisamente que en ella todo fuera tan veloz y tan regular, tan normal, que su sistema nervioso fuera tan sano, que la sangre le circulara tan bien de pie a cabeza, que fuera tan espontánea, tal vez su imaginación fuera más espontánea que la de las otras al crear los medios de seducción; tal vez si mi espíritu se acercara al de ella, en ese mismo momento su destino tendría una esquina, y ella doblaría para otro lado.

Otra tarde en la misma plaza, vi pasar sola a la joven que se llamaría Ester. Descubrí que su belleza era agresiva, aunque su agresividad no fuera contra nada, igual me parecía que era agresiva, que ésa era la calidad de su belleza; tal vez desafiara la vida, pero en ese momento yo no le hubiera llamado vida a lo activo y misterioso de las personas y los hechos: en aquella tarde yo le hubiera llamado vida al aire que estaba alrededor de las plantas y de los bancos de la plaza. Ella desafiaba tal vez a eso, y las puntas de su saco abierto, se doblaban un poco para atrás al caminar ligero. Llevaba en la mano un libro y yo pensaba cómo sería aquella naturaleza estudiando; estudiaría como se ponía el saco: un poco por costumbre y otro poco por necesidad, pero ni el estudio ni el saco eran lo principal para ella, aunque tampoco supiera qué era lo principal; parecía que cuando llegaban a su espíritu las emociones, ella les diera entrada y salida con tal espontaneidad, que no se sabría nunca qué sería lo principal para ella misma.

Al estudiar, no le preocuparía no entender algunas cosas, y éstas le quedarían tan espontáneamente dobladas para atrás, como las puntas de su saco al caminar ligero. No se podía pensar si era inferior por no comprender todas las cosas bellas, o era superior por no interesarle; pero no importaba el grado de comprensión que tuviera de las cosas; lo único que se pensaba era que en aquel momento su comprensión estaba en el grado espontáneamente relativo a su naturaleza, a su ambiente, a su casualidad, y nada más. Entonces yo empecé a amarla, por la incompreensión que ella tendría de muchas cosas.

Otra vez que fui a la plaza y vi pasear a muchas jóvenes pensé que volvería a pasar Ester y todo estaría parecido al primer día. Y volvió a pasar y a pasar de la misma manera, pero las cosas no ocurrían como yo suponía: había por encima de todo una diferencia tan extraña, como si aquel día fuera una falsificación del primero. Sin embargo, ahora, yo amaba muchísimo a Ester; el amor se me había angustiado, y cuando Ester pasaba cerca mío, la angustia se me aceleraba. En la aceleración que ella me inspiraba no podía volver en mí, no me podía detener ni un momento si hubiera querido crear medios para seducirla. Yo también hubiera querido seducirla violentamente, y pensaba en dos cosas: guardar un silencio absoluto del interés, o dar un espectáculo que tal vez nunca a los guardianes se les hubiera presentado la ocasión de intervenir; yo la hubiera detenido, le hubiera detenido su manera de pasar y la hubiera besado ante todo el mundo. Estas dos cosas eran como dos paredes en mi cabeza, y las ideas me iban de una a la otra con tanta velocidad y tanta decisión, como le circularía la sangre a Ester; me parecía que las ideas al ir de una pared a la otra, sentían que recorrían un gran espacio y yo sintiera el roce en ese espacio y las ideas se me volvieran de fuego.

IV

Pero esa misma noche apareció un pedacito de lo que yo no hubiera querido que interviniera en mi gran amor a Ester: aquella cosa tan real, tan descoincidente con el deseo y con el esfuerzo del pensamiento para preverla, eso es, apareció lo imprevisto, lo de siempre. Y empezó así; yo mostré sin querer mi interés en el momento que

pasaba Ester; ella lo advirtió y me mostró indiferencia; yo pensé en la defensa de las mujeres al demostrarnos lo que no sienten, eso que creemos que cuando las observamos las descubrimos y que sin embargo es al revés, que la defensa de ellas está cuando las observamos precisamente, porque ellas se hipnotizan con el asunto dejando para sí el mínimum de conciencia de lo que sienten. Pero eso mismo, eso que nosotros lo descubrimos cuando no estamos cerca de ellas y que yo pensaba que ocurriría, eso no fue lo que ocurrió: ocurrió lo imprevisto, lo de siempre, lo que es más amargo cuando llega lentamente.

Al principio de la indiferencia de Ester, yo pensaba que sencillamente yo estaba en esa provisoria inferioridad de la que después se reacciona; mi angustia estaba nada más que en el deseo de empezar todo de nuevo como cuando los niños arrancan la hoja de la plana en que una letra les ha salido torcida. Pero a medida que pasó el tiempo, me di cuenta que por aquella cosa tan clara como era Ester, había entrado otra vez en la oscura, en la imprevista, en la de siempre. A veces el destino de Ester no tenía una esquinita que la hacía doblar para otro lado, a veces doblaba para mi lado, pero era lo mismo que si doblara para el otro, tal vez si hubiera doblado para el otro hubiera estado más cerca de mí; pero sencillamente descoincidía. Si yo hubiera sentido placer en crear un medio para que ella lo utilizara y le sirviera para despreciarme, tampoco ella lo hubiera utilizado, ella descoincidía, sencillamente descoincidía conmigo. Tampoco se daba cuenta ella cómo la amaba yo y con qué ganas deseaba que las cosas no fueran así. Si los hechos hubieran sido amigos míos yo les hubiera hecho una pequeña seña y ellos hubieran entendido.

Una mañana Ester caminaba por la plaza. Yo caminaba muy cerca y muy detrás de ella; parecíamos un ferrocarril, yo sentía cómo era, tanto el aire que le daba en el ala de su sombrero doblado para arriba como el aire que le doblaba las puntas de su saco para atrás. De pronto no vi a Ester extraordinaria, ni tampoco tenía pena por no verla extraordinaria. No me di cuenta cuándo fue que mi destino tuvo la esquina: debíamos haber parecido que el ferrocarril se enloquecía y que yo era un vagón que se desprendía y tomaba por otra vía. Al mucho rato yo estaba sentado en un café y seguía sintiendo lo imprevisto; pero con un poco de tranquilidad; además la tranquilidad era también un poco extraña y además yo me revelaba otro poco.

HACE DOS DÍAS

I

Ahora, escribiré la historia de unos momentos extraños. Me parece que tengo simplemente la ocurrencia de escribir esa historia y el deseo de realizar esa ocurrencia, como si los momentos esos no me hubieran pasado a mí. Pero cuando ellos pasaron, yo no tenía simplemente esa ocurrencia y ese deseo; tenía la violenta y desesperante necesidad de que esos momentos quedaran como fotografiados con el mayor número de detalles, para que después, ella, a quien amo, los supiera, y entonces yo podría hacerle las preguntas que se me salían en esos momentos.

Ahora, me parece que eso pasó hace mucho tiempo; pero eso pasó hace dos días y al poco rato de oscurecer. No sé si ella, a quien amo, le habrán pasado momentos parecidos, y esto precisamente, era lo que más me desesperaba en aquellos momentos. Yo estaba solo y en mi casa; ella estaba lejísimos y no sé si estaría en su casa. Los dos estamos en plena enfermedad de amarnos; hace dos días mi enfermedad recrudeció de pronto y tuve un ataque tan agudo como si me fuera a morir. En ese ataque, me parecía que la vida se me salía del cuerpo para que ella la tomara en sus manos; pero ella estaba lejísimos y no sabía, y no sé si presentiría lo que a mí me pasaba. Yo, en el ataque, quería saber si ella me amaría tanto, y si habría tenido en momentos que yo no supiera, ataques parecidos. Entonces, me golpeaba la cabeza con la punta de los dedos y me preguntaba: ¿"Qué cosa sentirá ella en esta misma cosa"?!

Ahora podré acomodar tranquilamente el mayor número de detalles; pero hace dos días y al poco rato de oscurecer, yo andaba entre las paredes de esta pieza y creía que con un solo detalle que pudiera quedar, estaba todo arreglado; pero ese detalle tendría que ser tan justo, tan verdadero, tan igual, que ahora, pensándolo despacio, me parece monstruoso. En aquel momento yo pensaba que si ella, a quien amo, viera y sintiera cómo era el color verde de estas paredes estaría todo arreglado; pero yo no podía darme cuenta de la cantidad de cosas que en mi desesperación, me hacían ver este color verde así. Además el color verde era lo que más veía, pero no lo veía con una impresión

definitiva de la visión: recuerdo que cuando quise concretarlo, elegí para concretar otra cosa, y entonces pensaba: haré un rayoncito en la mitad de un papel y después le diré: ¿"ves este rayoncito? cuando lo hice te amaba espantosamente". Pero enseguida me chocó que el rayoncito fuera en la mitad del papel, porque me imaginé ese papel en un cuadro con marco y vidrio. Yo sentía que todo eso se me iría y yo no lo podía concretar, como que tenía mucho tiempo y lo desperdiciaba con mi imprecisión. Pero ocurría otra cosa, y era que la condición de ese estado de espíritu, casi implicaba no poder concretar de él otra cosa, que lo que después sería recuerdo; y por eso me golpeaba la cabeza con la punta de los dedos y pensaba: "¿Qué cosa sentirá ella en esta misma cosa?!"

IV

Ahora, yo recuerdo, y me vuelvo a excitar un poco; pero en aquella excitación, también quise escribir: andaba alrededor de este mismo escritorio y empecé por escribir dos veces el monosílabo "ya"; pero en el momento que escribía la segunda vez "ya", me venía dando cuenta de que "eso" pasaría, y me pregunté, si precisamente cuando había decidido escribir, era porque el ataque me disminuía; pero enseguida me di cuenta que no, que el ataque me duraba, que tenía una inercia muy grande, que la necesidad de hacer algo que quedara no podía detener "eso", que alguien que observara no podía notar el grado en que se detenía o entorpecía esa marcha. Sin embargo, tuve miedo de que "eso" se detuviera, y decidí no escribir y que no quedara nada; pero empecé a pensar cosas, que fatalmente detuvieran "eso". El escritorio me parecía un burgués que me obligaba a acomodar todo con calma, porque yo en mi fiebre no podría decir de golpe cómo era todo aquí y

en ese momento. Si yo hubiera sido un empleado con méritos de mil años, y hubiera pedido en compensación una sola irregularidad; si hubiera pedido el avión más veloz para ir hasta ella, tampoco hubiera llegado a tiempo; y además, todo hubiera sido distinto. Entonces me empezó a parecer absurdo lo de los ferrocarriles y las cartas y los carteros: todo había que hacerlo lento, medido y como con odio.

V

Ahora, yo recuerdo cosas que no son de tanta violencia interior, que son más exteriores e inconscientes, pero que son mucho más bellas. Cuando yo andaba por entre estas paredes verdes y tenía el ataque de amarla, llegaba hasta la puerta, y aunque no lo abría, sentía cómo era afuera la calle que pasa por mi casa y los árboles de enfrente; y todo esto, junto con ella. También, a veces, caminando en sentido contrario, cruzaba una cortina amarilla y llegaba hasta el patio que tiene paredes de color naranja, y que en ese momento estaba un poco oscuro. En ese patio, al dar vuelta en la semioscuridad, también tuve momentos extraordinarios. Poco después que pasaron aquellos momentos extraños en que andaba por esta pieza y el patio, y sentía cómo era la calle que pasaba por mi casa y los árboles de enfrente; después que estuve en el escritorio y quise escribir, después que sufrí la traición de lo lento y lo medido; entonces, después, al mucho rato, pensé suavemente en ella y en mí: me imaginaba cómo sería cuando nos diéramos el primer beso, cómo sería de ancha su cara cuando yo estuviera hundido en ella, y cómo sería el silencio de alrededor de ese beso.

I

Yo no quiero decir cómo es ella. Si digo que es rubia se imaginarán una mujer rubia, pero no será ella. Ocurrirá como con el nombre: si digo que se llama Elsa se imaginarán cómo es el nombre Elsa; pero el nombre Elsa de ella es otro nombre Elsa. Ni siquiera podrían imaginarse cómo es una peinilla que ella se olvidó en mi casa; aunque yo dijera que tiene 26 dientes, el color, más aún, aunque hubieran visto otra igual, no podrían imaginarse cómo es precisamente, la peinilla que ella se olvidó en mi casa.

II

Yo quiero decir lo que me pasa a mí. ¿Y saben para qué?, pues, para ver si diciendo lo que me pasa, deja de pasarme. Pero entiéndase bien; me pasa una cosa mala, horrible: ya lo verán. Sé que por más bien que yo llegara a decirla, ocurrirá como con la peinilla y lo demás: no se imaginarán exactamente, cómo es lo malo que me pasa; pero el interés que yo tengo, es ver si deja de pasarme tanto lo malo que se imaginarán, como lo malo que en realidad me pasa.

III

Elsa no es precisamente, una de las tantas muchachas que no me aman: ella no me amará dentro de poco tiempo, porque ahora ella me ama. Nos hemos visto muy pocas veces; ella está muy lejos; nuestro amor se mantiene por

correspondencia; pero yo tengo la convicción, yo afirmo categóricamente, yo creo absolutamente —ya explicaré ampliamente por qué tengo esta fiebre de afirmar— yo vuelvo a afirmar que dada la manera de ser de ella, dejará muy pronto de amarme, porque ella no podrá resistir el amor por correspondencia. Yo sí, pero ella no.

IV

De lo que ya no existe se habla con indiferencia o con frialdad; pero yo hablo con dolor, porque hablo antes que deje de existir y sabiendo que dejará de existir; recuérdese cómo lo afirmé.

Cuando espero algo, siento como si alguien —llámese Dios, destino o como quiera— tratara de demostrarme que la cosa que espero no llega o no ocurre como yo esperaba. Entonces, cuando yo tengo interés en que una cosa no ocurra, empiezo a pensar que ocurrirá, para burlarme de ese alguien si la cosa llega u ocurre, para hacerle ver que yo la preveía; y él por no dar su brazo a torcer no me da ese gusto y la cosa ocurre; pero he aquí que al final triunfo yo, porque precisamente lo que más deseaba era que no ocurriera. También debo decir, que ese alguien suele sorprenderme dejándose burlar, y que yo triunfe aparentemente y quede derrotado íntimamente: pero esto ocurre las menos de las veces.

Para ser franco, diré que yo no creo en ese alguien, que a ese alguien lo creamos, y para crearlo lo suponemos al revés y al derecho. Pero cuando nos encontramos frente a un gran dolor, volvemos a pensar al revés y al derecho por si llega a ser cierto que existe. Ahora yo pienso que a lo mejor existe, y que a lo mejor no da su brazo a torcer, y por llevarme la contra hace que no ocurra lo de que ella deje de amarme, puesto que yo afirmo que ocurrirá. Así

mismo tengo temor de que ese alguien se deje vencer y la cosa ocurra, como en las menos veces: pero yo tengo más esperanza del otro modo: al revés que al derecho. Tendría esperanza aun cuando viera que estoy a punto de que ella no me ame; pues con más razón tengo esperanza ahora que ella me ama normalmente.

Bueno, en total quiero dejar constancia de que tengo la convicción, de que afirmo categóricamente, y que creo absolutamente, que Elsa se diferencia de las demás muchachas, en que ninguna de las otras me ama, y que ella dejará muy pronto de amarme.

DANZA ESPAÑOLA

Yo tendré un puño negro.
Yo seré fino, acerado y terrible.
Yo seré un puñal español.
Tú danzarás lentamente.
Tú llevarás las manos en las caderas.
Tú me llevarás entre los dientes.
Tú me apretarás en tu mano nerviosa.
Tú me guardarás en tu pecho caliente.
Tú amarás mucho a tu extraño amigo.
Yo recibiré en mi filo el fluido de tus nervios.
Yo lo acumularé todo en mi puño negro.
Yo soltaré de mí, corrientes de presagio.
Yo tendré un puño negro.
Yo seré fino, acerado y terrible.
Yo seré un puñal español.

He ido a la memoria a juntar hechos
Alrededor de los hechos han crecido pensamientos.
Esos pensamientos tienen muchas palabras.
Son pocos los que he podido arrancar.
Aquí se encontrarán.
Hace poco tiempo la vida se me detuvo en una mujer.
Tiene una manera de ser rubia: es rubia nada más que
[como ella.

Tiene ojos azules: pero son de un nuevo azul.
Yo no quería detenerme: pero acortaba los pasos.
Yo alargaba los pasos: pero tardaba mucho en darlos.
Yo miraba el suelo firme y me dirigía hacia
otro lado: el camino tenía una curva muy disimula-
da y yo volvía hacia ella.
Un día ella caminaba a mi lado.
El sol le daba de frente.
Para poder mirarse hacía una gran guiñada.
El otro ojo muy abierto parecía haber visto
la alegría.
Esta historia la quiero mucho.
Mas bien volveré a la memoria y arrancaré
los hechos.

Hoy he vuelto a la memoria,
No he podido arrancar ningún hecho.
Junto a ellos ha crecido mucha otra cosa.
Aquí no se encontró.

Ella tiene un sombrerito negro.
Sus alas son muy angostas.
Debajo de él acomoda sus cabellos.
Parece un nido dado vuelta.

La vida es maravillosa
Hoy nos envolvió de otra manera
Nos llevó por otros lugares.
Plantemos nuevos hechos.

Hoy estábamos cansados.
La vida nos llevó a la memoria.
Descansamos a la sombra de los hechos de antes
Estaban cargados de palabras extrañas.

Espero un momento oportuno para preguntarle una sola
[cosa.
Ella también espera y no me ha preguntado nada.
Ella suspira.
Yo disimulo los suspiros.

Estamos muy contentos.
Sin embargo no nos hemos preguntado nada.

POEMA DE UN PRÓXIMO LIBRO

Debajo de un árbol y encima de un césped vi-
vía un silencio de cuerpo de aire y de vestidos de
luz, que el sol le hacía todos los días y la luna le
regalaba todas las noches.

Siempre que iba a vestirlo lo encontraba con
vestidos distintos, y me abrazaba tan fuertemente
que enseguida yo me quedaba lleno de silencio.

Él es el único que sabe qué bella eres y cuán-
to te amo.

Él pasa su mano por mi frente y mis ojos, y
a pesar de que su mano es suave como una brisa,
despierta mis recuerdos y ellos se prenden a mis
vestidos.

Cuando vuelvo a mi casa él me acompaña un
trecho largo. Después con su mano de brisa, despi-
de lentamente mis queridos recuerdos.

Y todos ellos, los que llevan tu nombre, tu
imagen, tu belleza, tus movimientos, tus palabras,
tu almita y tu amor, vuelven a dormir en el rincón
más caliente del corazón.

EL FRAY

Éste no es un ministro de Dios: es un Dios que se ha disfrazado de ministro de sí mismo. No es extraño que un periodista de campaña tenga que disfrazarse de director, redactor, cajista, maquinista, etc. Pero Don Juan Paseyro Monegal se ha disfrazado de Fray y de otros personajes que hacen de su diario un maravilloso teatro de acontecimientos y que a diferencia de la obra de Pirandello, todos los personajes han encontrado autor.

Como Fray, Dios no le ha impuesto la lucha contra los impulsos de su naturaleza, y por otra parte él no ha hecho fraude con sus impulsos, pues este Fray o Padre, es un Padre con prole.

Como Dios, no ha dicho "Creced y multiplicaos" y después ha hecho un barro con forma de hombre, y a éste le ha restado una costilla para hacer un Adán y una Eva. Don Juan ha empezado él mismo por crecer en inteligencia, intensidad y voluntad, y se ha multiplicado en muchos hijos y muchos libros de páginas libres.

Su vida es sencilla como la de muchos grandes hombres. Se le puede encontrar a la vuelta de una esquina, darle la mano, ir a su casa, tomar mate amargo con él, y hasta muchos imbéciles podrán pensar por esto que no es

tan grande como dicen. No está con el concepto corriente en que un escritor debe ser desaseado y negligente; en la calle viste con sencillez correcta y si en su taller se le encuentra con un traje sucio es porque trabaja entre los maquinistas como cualquier obrero. Tampoco cree que el hombre célebre debe forzosamente emborracharse y este Fray no toma vino ni en la misa ni en la mesa: en la misa porque si quisiera tomar no pondría la misa por pretexto y en la mesa porque un literato en nuestro país no puede permitirse el lujo de tomar vino bueno.

En su obra es tan sobrio, fuerte y fecundo como en su vida. Carece de la falsa modestia y cuando se habla de su obra la comenta como si la inteligencia fuera una lotería que tanto le tocó a él como le podría haber tocado a cualquier otro. No rebusca la originalidad en asuntos raros; es original donde es más difícil serlo: en las cosas comunes. Compone sayos para tipos comunes y al que le caiga que se lo ponga. Su estilo es tan agudo, claro, natural y de tal fuerza, que en seguida se reconocen los tipos que pinta. Este Dios no manda a los malos al diablo, pues él es pródigo en buenas palabras y buenos palos. Las imágenes de su literatura son tan sencillas y conocidas como puede serlo una salida de sol en un cuadro de una mañana; pero en él se vuelven originales por su fuerza y por su justeza.

¡Ah! me olvidaba de que me propuse no hablar de su obra, pues ésta se recomienda sola, y así este Dios tiene ministros por todas partes, de sincera vocación, que transcriben sus artículos y que extienden sus prédicas sin ir al tanto por ciento. Mi misión termina, al informar a alguno que no lo sepa, que la vida de este gran hombre es como su obra.

Dedicatoria

Este futuro libro lo dedicaré a mi persona "como muestra de profundo aprecio intelectual". No sé precisamente de quién he tomado esa frase que transcribo; posiblemente la debo haber visto en muchos lados. En esta oportunidad pienso, que pasándole la mano a la vanidad, me deje tranquilo por un rato. También pienso, que si me deja muy tranquilo, tal vez no escriba el libro. Pero, de todas maneras, ya veréis cómo escribo el libro: no sólo siento desconfianza de la vanidad sino que hasta me vislumbro una cierta fe en ella. Por una parte soy tan presumido que no quiero que se me vea la vanidad, ni aún quiero vérmela yo mismo; y por otra parte no quisiera matarla del todo, porque ella me suministra, o es en sí, un cierto placer. A lo mejor ese cierto placer es tan grande que llena la vida entera y me hace vivir iluminado de dicha. Pero esa dicha puede ser contenida y concentrada en un punto microscópico; y ese punto podrá tener irradiaciones tan grandes que a lo mejor la vanidad se me conoce mucho. A lo mejor ese punto es como un resorte que cuando más trato de achicarlo, más concentra su fuerza y más fuerte me salta a la cara después. Otras veces me parece que la vanidad ni siquiera tiene la fuerza violenta de un resorte, sino que graciosamente me tapa los ojos y me pone en ridículo. La he sorprendido en medio de una conversación, como si distraídamente, al apoyar la mano en una mesa, la hubiera puesto encima de un "Tangle-foot"—papel para cazar moscas—. El primer movimiento, el más espontáneo, sería el de sacármelo con la otra mano y cambiar de mano la vanidad; después, si aún la persigo pisando el papel para sacar la mano, entonces saldría con el papel pegado en la base, como si el papel fuera para

mí y no para las patas de las moscas. Ahora no hay que pensar, que porque la vanidad es inmortal, no la siga persiguiendo: yo también seguiré siendo presumido; ni hay que pensar en esta franqueza mía es encomiable: por vanidad, al escribir un libro, podemos llegar a ser hasta impúdica y cínicamente francos, con tal de ganar la gloria de una buena observación. Claro que diré que escribir es una necesidad fatal: Si es fatal, tantas veces, el placer del alcohol o cualquier alcaloide, siendo elementos venidos del exterior, ¿cómo no va a ser fatal el placer de la vanidad cuya materia prima la extraemos de nuestras entrañas? Claro es, también, que hay muchas clases de vanidades, que por vanidad se hacen cosas muy interesantes, que la vanidad suele ser fecunda y que es muy distinto el placer de la vanidad que se justifica con una creación estética, al placer que hace perder lo estético de la moral. Veis, ya estoy aflojando, ya estoy justificando la vanidad. Cuando el placer de la vanidad le pide al pensamiento que ella le haga, por más que ni el pensamiento se entere que la vanidad se lo pide, él la justifica solícito. Y si se niega, suele ser a costa de grandes sacrificios. ¡Además, él tiene tantos medios! ¡Y el tenerlos, implica tantos deseos de emplearlos! Y emplearlos, si se piensa además que se hace con talento, ¿no es un placer más? Bueno, pero estos son chismes, objetos o funciones de la razón, y ésta me es bastante desconocida. (¡Oh, lector, ya lo habrás pensado!) Como yo observo poco mi razón, cuando la observo —estas observaciones suelen ser separadas por largos periodos— ella se me aparece como una estrella que trae cola, es decir como un cometa, y me es tan desconocida ella como su cola: no sé si tocará mi planeta y lo asfixiará con gases que tengo a bien suponer, o en qué forma lo destruirá: ni siquiera sé si ya me habrá destruido, porque yo tengo una manera de suponerme el destrozo —en forma violenta, de choque, o de asfixia— y ella bien puede des-

trozarme de otra manera: lenta, disimulada, y hasta como persuasiva. Ahora se me ocurre que la razón es como hija mía; yo le estoy pegando con alguna violencia en una parte que no le hace mucho daño; pero yo soy padre, al fin, y la quiero; y ella de cuando en cuando me hace algún mandadito.

—¡Cómo! ¿Qué tiene que ver esto con los gángsters? ¿Me dirás que no has visto todavía desaparecer una cabeza detrás de una esquina?, ¿una sombra en el hueco de una puerta?, ¿no has visto hasta que te han apuntado a la cabeza? o —escucha bien— ¿dónde quieres que te apunten? o ¿cómo quieres que sea la trama? Si tienes alguna idea de cómo te gustaría que fuera lo desconocido, o si ya te imaginas cómo será la obra, mándamelo decir, que te haré escribir por un personaje a sueldo (¡oh lector, acaso ya mismo!) lo que tú te imagines.

Por otra parte te pediré que interrumpas la lectura de este libro el mayor número posible de veces: tal vez, casi seguro, lo que tú pienses en esos intervalos, sea lo mejor de este libro. ¿Visteis qué modesto? Bueno, ahora quita la modestia y quédate con el hecho: ésta es una de las veces que encontrarás algo detrás de la modestia.

El taxi

Estimado colega: sí, sí, me refiero a ti, lector, que te miro por los ojos, agujeros, cuerpos y desde los ángulos de estas letras. Tú pretenderás hacer lo mismo y aparentaremos el inocente juego de la "piedra libre", si al movernos entre las letras, escondemos las armas. Y ¡guarda con el que tropiece primero! ¡Si vieras con qué sonrisa cargué esta madrugada mi Parker! ¡Si supieras, si yo te pudiera decir, si yo supiera, lo que hay detrás de esa sonrisa! Porque sabrás que yo quiero trabajar con el que está detrás

de la sonrisa. (Para mis adentros:) Qué sé yo con quién, ni con qué ni por qué quiero trabajar. ¡Ah, sí, sé! es decir quién sabe. Bueno, si no echo mano a la cintura y agarro una seguridad, estoy perdido. Tengo la última palabra en seguridades: ¡qué linda forma de arma! Es celosa, repetidora y va lejos; pega en un punto solamente y puede matar.

He tomado una metáfora de alquiler y me dirijo a "la oficina". La metáfora es un vehículo burgués, cómodo, confortable, va a muchos lados; pero antes tenemos que decirle al conductor dónde vamos a concretar el sitio: si le digo que quiero ir a lo incognoscible sabe dónde llevarme: al manicomio. ¡Siquiera se perdiera! Fugazmente puedo ver algo mientras el otro dirige. Pero hasta la velocidad está organizada: si vamos más lentamente que los demás, nos rompen los oídos con alaridos artificiales los que vienen detrás; si vamos más ligero podemos chocar, y no hay que olvidar que llevamos un número detrás, y como tenemos número, forzosamente alguno tendrá que ser culpable. ¡Si yo inventara un vehículo! Pero tengo que presentarlo después que una comisión esté de acuerdo. Perdería tiempo, y nada menos que el tiempo convenido en todos los relojes. A algunos lugares iré a pie. Además, puedo robar un vehículo con chapa de prueba. Y estaré predispuesto a encontrarlo útil: no hay como utilizar una cosa para encontrarla útil. La metáfora pasa por lugares parecidos a los que yo he recorrido a pie y sin atenderlos mucho, pues en esos momentos atendía a tipos determinados; es una coincidencia feliz que la metáfora pase por lugares parecidos a aquellos que no sé bien del todo por qué me han hecho feliz; estos lugares, a veces y en parte, me hacen recordar aquéllos; la metáfora tiene la ventaja de la síntesis del tiempo, y de la provocación de recuerdos; de acuerdo con mi profesión, aquellos lugares tenían muchos rincones en sombras; las som-

bras que veo ahora no son iguales, pero me hacen recordar a aquéllas y misteriosamente, y a pesar de la comparación geométrica de las calles, me despiertan sombras que he visto y me hacen ver otras nuevas, peculiares. Sin embargo, antes crucé por una cantidad mucho más grande de sombras —esto de las sombras me sugestiona sobremanera—. No siempre pienso que las cruzo y las miro, sino que siento que ellas me invaden. En este cruzar rápido de la metáfora, hay algo que no me concluye de conformar, ni mucho menos: por un lado me infla de satisfacción, pues me encuentro que mientras perseguía a tipos determinados, también me invadieron sombras que ahora tengo cierta ilusión de comprender, con respecto a la ilusión, no sé bien hasta qué punto es, y cómo ésta se siente y se comprende; con respecto a comprender, no sé bien qué sentido tiene comprender; con respecto a sentido, no sé bien qué es sentido; con respecto a saber no sé qué es saber; y muy especialmente no sé, ni tengo el sentido, ni comprendo, ni tengo la ilusión, de lo que quiero; y así sucesivamente; sin saber bien, tampoco, lo que es ignorar, tal vez aspire a ignorar artísticamente o graciosamente; tengo terror a ignorar con seguridades, quiero ignorar sin seguridades, y lo que más me asusta es ignorar con una sola seguridad; tal vez si algún día me suicido me suicidaré con una seguridad-síntesis, y la peor manera de morir la considero ésta: atended bien: que sea otro el que me mate con una seguridad-síntesis. Ahora, mientras voy en metáfora, siento que contengo mejor muchas sombras, que me las meto en el bolsillo y me aprieto fuertemente unos dedos con otros, porque de pronto me creo que la sombra tiene cuerpo; y, sin embargo, ¡cuántos cuerpos me he encontrado en la sombra! Ahora, miro las calles, y veo que por otro lado, la metáfora, en su velocidad, en su síntesis de tiempo en el espacio, en esta ilusión de achicar el espacio, tiene también, algo de provisorio que me

exaspera; atropella demasiado al cruzar las calles: tendría que pensar y sentir con otro ritmo y con otra cualidad de pensamiento; el misterio de las sombras se transforma demasiado bruscamente en el misterio de lo fugaz. Pero ¿qué diablos quiero atrapar yo? ¿Será simplemente que me ataca el instinto de atrapar? Estoy un poco incomodado y no sé por qué; a veces, cuando lo descubro, me quedo tranquilo; pero al rato, zás. ¿Será el instinto que olfatea a la policía? No, yo quiero estar más allá de la policía, y, sobre todo de donde me encierra la policía. Ya esta metáfora me inquieta y me predispone exageradamente en contra de ella. Esta metáfora la usa el burgués —la usa pero no la inventó; ¡y cómo hace penar a los que inventan! y todavía ciertas cosas parecen más del que las usa que del que las inventa ¡qué gángster es este burgués!— bueno, esta metáfora acostumbra a ir por caminos que previamente ha construido el burgués; con altoparlante tenemos la síntesis del tiempo y del espacio, ¡lástima que en él suenan palabras que también oímos de cerca y que tan poca cosa nueva nos traen! Arrellanados en la falsa oscuridad del cine, vemos la falsa claridad de la pantalla, donde tan falsamente viven otros. Pero algo olfateo entre tanta oscuridad y tanta falsedad: la gente que concurre lleva “cosas” en los bolsillos de fuera, y ¡qué cosas en los bolsillos de adentro! Claro que hay muchas clases de metáforas. ¡Caramba! parezco un paisano que nunca hubiera andado en metáfora. Y eso que he subido en metáforas que andan por el aire y que me han empequeñecido las cosas mostrándomelas desde una altura inconveniente, y eso que he andado en subterráneos de gran profundidad donde no se ve nada para los costados. Bueno, ahora trataré de arrellanarme en esta metáfora y de recordar las sombras: una de las ventajas positivas de la metáfora, es que uno puede pensar en cosas que no tienen nada que ver con ella. Es posible que lo que me incomo-

dara hace un momento fuera la intención de relacionar lo que ahora veo y las sombras anteriores: quería aprovechar el viaje en metáfora; y cuando el hombre se pone a intencionar los hechos, es terrible, es peor que Dios, acaso él es el mismo Dios. Sin embargo, hay que intencionar. Si no intencionas, te intencionan.

El precio de la metáfora ha aumentado demasiado para mi bolsillo. Aprovecho las circunstancias de que el "varita" hace señal de que los vehículos se detengan; pero mis ideas siguen: ellas han comprendido que ya han estado demasiado tiempo adentro y que si no quiero que me encierren, deben trabajar para afuera. Entonces, he abierto de pronto la portezuela del taxi y me he perdido entre la multitud.

JUAN MÉNDEZ

O

ALMACÉN DE IDEAS

O

DIARIO DE POCOS DÍAS

El primer día.

Me llamó Juan Méndez. Un poco más adelante diré por qué escribo. Me parece que tendré originalidad. Esta sensación de originalidad la he experimentado muchas veces: he ido a hablar con un hombre que entiende más que yo en un asunto determinado: le he confesado que yo no entiendo mucho de eso; pero... sin embargo, me he atrevido y le he hablado con esa fe que tenemos todos de tener alguna originalidad que de pronto sorprenda al mundo.

Al ponerme a escribir pensé en el título. Esto es muy

bravo porque el título significa la síntesis de todo lo que se va a decir y la síntesis del sentimiento estético del autor. Muchos no leen un libro por el título; muchos lo leen por el título, y muchos se han educado leyendo los títulos y desconfiando todo lo que se dirá sobre ellos. Yo he elegido tres porque uno solo no alcanzaba a conformarme. Además, serán más eficaces porque se adaptarán a distintos lectores y discutirán entre ellos sobre el que les parezca mejor; unos dirán que uno, otros que otro, otros que uno combinado con otro, otros sacarán un promedio de los tres, otros dirán que eso no es serio, a otros les interesará porque no es serio, a otros no les interesará a pesar de saber que lo interesante no tiene nada que ver con lo serio ni con lo risueño, etc.; pero yo seguiré adelante por si llega a salir una obra interesante, y entonces se diferenciará de las demás obras interesantes en que publicaré los ensayos, pues a veces nos interesa mucho saber los caminos que tomó un autor para llegar a tal lugar y que él por vanidad se los guarda. Yo me arriesgo a publicar esto aunque mañana piense que está mal, y mañana no negaré lo que era el día anterior para que sepan el proceso de mi pensamiento. En caso de que la obra valga poco, tampoco les extrañará que lo que valga menos tenga más proceso y más comentario. Yo quiero rellenar bien mi equivocación y, aunque sepa por experiencia ajena que una cosa es vulgar y yo en realidad no la sienta así, la confesaré y la gustaré hasta que espontáneamente mi espíritu la elimine y la desprecie. Si mi obra no resulta sería creeré que he tenido la disimulada vanidad de escribirla en broma para que se tome en serio qué es lo que les ocurre a muchos de los que escriben en broma. En tanto a lo trascendental estoy curado de espanto al pretender decirlo con palabras, además que no hay por qué decirlo, porque hoy resulta vulgar decir muchas cosas que para sentir son verdaderas. Es cierto que también depende de cómo se digan,

y entonces llega Wilde diciendo que "A ningún artista la obra lo toma desprevenido." Por eso quiero prevenirme contra todos y sobre todo contra mí mismo y he aquí que estoy como si diez dedos me amenazaran a hacerme cosquillas y los tuviera que esquivar. Otra cosa de la cual tengo que prevenirme es del vicio de catalogar. Es cierto que la disciplina es buena como medio aunque mala como fin, pero todos se pasan y del medio que es disciplinar los pensamientos, lo hacen fin.

Bueno, ojalá que poniéndome en guardia y todo no caiga como caen muchos de los que se ponen en guardia. Pero en este momento he caído en una sensación superficial: es el placer del cuaderno en que escribo; quisiera llenarlo enseguida y después leerlo ligero como cuando apuran una cinta cinematográfica; y para llenar el cuaderno y hacer el juego del cine me servirán muchas prevenciones contra mí, contra los vicios y contra muchas ideas filosóficas. Sé que todo esto es superficial, pero lo superficial está más cerca del implacable destino de las cosas porque lo superficial es muy espontáneo y se le importa menos de las cosas y se va pareciendo al destino. Pero entonces veo llegar hasta mí los hilos de las miradas filosóficas de los "hondos" y me parecen otra pretensión tan ridícula como los superficiales, porque tanto unos como otros son objeto del destino, con la diferencia que a los "hondos" les interesa más averiguar la importancia del destino, porque la importancia la crean ellos. Demasiada importancia tendremos que darle al dolor cuando llega. Es cierto que los hondos prevén el dolor y muchas veces lo evitan, pero otras veces, preverlo es la manera de tenerlo más pronto.

Ahora quiero agarrarlos a todos, los "hondos", los superfluos y pasarlos por mi máquina cinematográfica a todo lo que da, ya me detendré cuando me canse. Pero

antes tengo que decir qué fue lo que me impulsó a escribir esto.

Un día me di cuenta que estaba próximo a perder la razón. No me atrevía a afirmar si debía tener razón o si la debía perder. Entonces me decidí a vivir espontáneamente: si espontáneamente la perdía bien y si espontáneamente no la perdía también. Tampoco escribo esto para que los demás sabiendo mi caso prevean y eviten el de ellos: sería una pretensión que no me perdonaría atreverme a opinar si sería o no conveniente que los demás perdieran la razón. Escribo esto porque siento el deseo de escribir lo que me pasa, lo mismo que ahora siento la necesidad de decir por qué lo escribo. Este deseo me atacó hace mucho tiempo y tiene su pequeña historia. Todo esto me parecía raro, porque si bien yo sospechaba que me ocurrían cosas horribles, en realidad no sabía bien lo que me pasaba. Entonces decidí observarme: no me perdía de vista ni un momento. Al poco tiempo de compararme con los demás me encontré con que me ocurrían cosas mucho más horribles de lo que yo me sospechaba. Además pensé que por más que me observara nunca entendería bien nada de mí, nunca lo podría escribir, y si lo llegara a escribir no tendría ninguna utilidad ni ningún placer. Entonces me decidí a no cumplir mi deseo. Pero mi deseo, a medida que pasó el tiempo, insistió con tanta realidad y tanta violencia, como si hubiera nacido adentro de mí un personaje con una absurda y fatal existencia.

Hoy es otro día.

Mi personaje me ha dicho hoy: "Ante todo escribir con franqueza." ¡Qué disparate! Hay una franqueza que la tienen los hombres fuertes pero ignorantes, hay otra que es la franqueza consigo mismo y que es decir lo que francamente le conviene a uno decir: esto es de los fuertes-cí-

nico inteligentes. Una de las defensas de los débiles, puede ser también que nos prometen decir las cosas francamente, aún en contra de ellos; pero todo no es en contra, quieren que los perdonen porque son francos y no pierden la esperanza de asombrar con su franqueza. Yo dejaré de ser franco y también lo seré en mi estilo, después veremos, al último todo se puede disculpar: si un hombre no tiene miedo es un héroe, si tiene miedo es porque tiene conciencia del peligro y es un sabio. Pero después vendrá la buena filosofía diciendo que es tan necesario el miedo como el coraje y que hay que tener las dos cosas. Pero yo soy enemigo de transar porque entonces las cosas irían bien y esto sería ir mal porque no habría emoción. Con respecto a esto hay el sentido de la perfección y el de la emoción: yo prefiero el de la emoción. Hay quien quiere transar y juntar los dos, pero no tengo tanta serenidad como para eso. Hoy me levanté con la maquinita de la velocidad, tomaré un aeroplano y viajaré por encima de las ciudades de los pensamientos ajenos, pero sin detenerme a pensar porque si se detiene la máquina me caigo. Con lo de escribir tampoco quiero transar: unos quieren escribir con lentitud para que las cosas salgan hondas —yo no me puedo detener— otros harán promedios de escribir con cierta espontaneidad y pensando un poco despacio cómo realizarán la espontaneidad. Esta transacción me enfurece. Yo no puedo detenerme ni un momento porque me caigo. A veces, cuando hago una afirmación, o termino o redondo un concepto, siento instintivamente el error como si el avión encontrara en su marcha un pozo de aire. Pero no importa, sigo, quiero realizar la aventura de la velocidad, sentir el movimiento de las ideas con error y todo. Además sería una vergüenza descender de golpe cuando se va por encima de las ciudades de los pensamientos de los demás. No, no me detendré a prever. Una mujer había previsto la forma de seducir y se dejó el escote más grande

que las demás, pero al hacer un movimiento se le salió un seno y ella, con su mano divina tuvo que tomarlo delante de todos y volverlo a guardar. No, no pensaré despacio. Me detendré a prever cuando me levante con la maquinita cinematográfica y vea la cinta pasada con "ralentisseur"; entonces los pensamientos me marcharán tan lentos como las patas de los caballos cuando van a dar un salto. Eso fue lo que hice antes, pasé la vida como vista con "ralentisseur". Ahora ya ando lento y me parece que todo anda ligero, y después mis pensamientos, volverán a pasar a todo lo que da, y me reiré de ellos y otro día pasarán lentos y otro día ligero, y crearé el poema de lo absurdo y asombraré, que es lo que quieren los espíritus vertiginosos. Iré a un café y diré muchos disparates seguidos a mis amigos; después que se rían, se cansen y me desprecien, entonces lloraré y creerán que estoy loco; después me reiré y me sentaré a conversar tranquilamente y les diré que no estoy loco, que lo que quería era asombrarlos, que tengo una vanidad asombrosa, que necesito ser actor y llamar la atención. Después me iré a pasar las cosas lentas y a prever, que es la escuela del miedo, porque yo me eduqué en la escuela del miedo previendo lo fantástico, y para prever siempre lo fantástico, siempre lo estuve creando: prever la crítica, el miedo, es una de las bases de la obra maestra. Es cierto que ésta no es toda la verdad, pero me parece poco inteligente querer decir toda la verdad de golpe. El mundo es tan grande que cualquier cosa que se diga puede calzar y ser parte de la verdad, la cuestión es decirla con una vanidad inteligente. Además la verdad me hace acordar a un choque de vehículos: a todos se les antoja que un conductor es culpable y el otro no, como si no pudieran ser los dos o tener culpa, en parte, cada uno de ellos. Bueno, ahora me estoy cansando y la máquina se me está deteniendo; ya estoy sintiendo vergüenza de haber dicho cosas gruesas; pero en la velocidad se pasa por todo y hay

posibilidad de ser oportuno; y si no hubiera sido así me hubiera caído. Ahora seré sabio y sentiré la vanidad lenta. Me sentiré superior a todos aunque ellos y yo mismo me pruebe que es una imbecilidad. Pero muchas veces triunfa esta obstinación en sentirse superior aunque no se sea. Esto es propio de los fuertes y es el poema que utilizamos para las mujeres. El poema está en sentirse superior porque sí, sin explicar el por qué la lógica sería inoportuna y nos demuestra que no siempre se debe proceder por lógica, sino que se debe proceder por sensación. Yo ahora me siento superior aunque no lo sea y vencería muy fácilmente a la mujer que se diera cuenta que *no* tengo razón. A este encanto corresponde la mujer con el encanto de darse por vencida y más adelante triunfar con su fuerza secreta que es más imprecisa, pero que es tan real como exterior. Yo seré fuerte, tendré el armazón de la disciplina, porque ella necesita apoyar su persona y su espíritu para poder volar en lo maravillosamente fantástico. Yo no seré el instrumento de pensar y de decir la verdad. Para llegar a lo metafísico se tendría que ser impersonal, reuniendo varias personalidades que analizaran todo de distinto modo. Esto no le conviene a la mujer; ella necesita que tengamos una personalidad bien definida, para que cuando ellas nos empujen tomemos una inercia firme, segura y lleguemos donde ellas prevean. Si fuéramos impersonales y comprendiéramos su propósito nos daríamos vuelta a la mitad del camino, no seríamos tan fuertes, sobrios y seguros y les descubriríamos sus pensamientos; y esto es lo que ellas no quieren entregar, aunque en realidad nos entregaran su sangre y su corazón.

Ahora he pensado lentamente y esto será el regocijo de mañana cuando pase los pensamientos a todo lo que da.

Otro día más.

Hoy mi personaje me ha visto tranquilo, ha pensado

que estoy cuerdo y ha encontrado el momento oportuno de preguntarme dónde voy a parar con todo lo que escribo; que si alguien leyera esto y preguntara qué quiere decir, yo no podría responder nada formal; y precisamente como me ha visto formal quiere que escriba una obra que aconseje algo, que después de leer sus páginas se saque en consecuencia una moraleja, o una nueva frase que encamine algo de la humanidad, y así yo quedaré en un concepto bueno, y me sentiré superior a los demás, y de cuando en cuando frunciré las cejas y me quedaré pensativo. . .

Entonces me he animado a explicarle lo que no puede entender; que escribo sin tener interés de ir a parar a ningún lado —aunque esto sea ir a alguno— el más próximo sería sacarme un gusto y cumplir una necesidad; que esta necesidad no tiene en mí el interés de enseñar nada, y si la consecuencia de lo que escribo tiene interés por lo que entretiene y emociona, bien, pero no me propongo otra cosa que llenar este maravilloso cuaderno que poco a poco se irá llenando y que después que esté lleno lo leeré a todo lo que da.

Bueno, ya hice algo lento: dar explicaciones y hacer lo que no quería, pero como mi personaje me acosaba tenía que sacármelo de encima fuera como fuera. Pero no quiero estar más lento, saldré a la calle y trataré de enamorarme y de que mi amor no sea trascendental; quiero que sea sin pretensión, que sea ligero, sencillo, fino, que me enferme poco; claro, también quiero que se cumpla una necesidad espiritual y así tendré el espíritu ágil y saludable; no importa que haya algo de cinismo, eso está más cerca de llegar a lo que conviene más a cada uno, es decir, esto es arriesgado, mejor diré: a lo que conviene a la mayoría de los jóvenes de este siglo; me enamoraré al estilo de este siglo, puesto que los jóvenes de ahora es-

amos de vuelta de los amores tan enfermizos, trascendentes y ridículos.

Mientras me vestía para salir pensaba que quién sabe si me enamoraré al estilo de este siglo: es cierto que los otros amores, los lentos, los enfermizos, son pedantes, cargosos, polarizan demasiado, son inoportunos y con pretensión de lo trascendental; pero son también más nobles, más honrados, más responsables, y el hecho de estar de vuelta de ellos no quiere decir que no los prefiramos: muchas veces preferimos no estar de vuelta de muchas cosas. En fin, estas cosas de pensar cómo me enamoraré, son cosas del personaje que me observa. Yo viviré espontáneamente. Lo que sí que el personaje que me observa contribuye a que llene el cuaderno, y ese deseo es muy mío.

Un día de viento.

Hoy me han ocurrido cosas muy extrañas: salí para enamorarme y me encontré con que una señora se había puesto un gorro que le quedaba muy bien de frente, pero muy mal visto de perfil y de atrás: se lo había puesto de una manera especial que parecía que no le calzaba bien, que le incomodaría un poco y empecé a sentir una impaciencia loca por hundírselo un poco más hacia la nuca. ¡Qué tortura con ese poco que le faltaba para que le calzara! No dejaba de pensar y de obsesionarme por eso; pensé también que nunca podría ser rico, porque en aquel momento le hubiera ofrecido mi fortuna porque se dejara hundir el gorro aunque fuera un poco más de atrás; pero seguro que yo habría exagerado y se lo habría hundido hasta la nuca. También pensé en la impaciencia que tenía por llenar este cuaderno. Quise reaccionar de la obsesión del gorro, fui a la playa y empecé a pasear cerca de la orilla; pero seguía contrariado por no haber podido hundir aquel gorro. De pronto vino una ráfaga de viento

muy fuerte, me llevó mi sombrero y me echó el pelo hacia adelante. Este hecho me salvó de la obsesión anterior, porque empecé a meditar sobre el viento y tenía dos proyectos: uno, escribir lo que pensaba sobre la impresión del viento en un tratado de psicología, y el otro, escribir sobre el viento en forma de cuento; en el tratado diría: cuando una persona tiene el pecho o el cerebro oprimido, está predispuesta a sentirse inferior a cuanto le rodea; en cambio está menos predispuesta a creer que la explicación de las cosas es sencilla o que no debe importársele la explicación; el espíritu se le oscurece y la explicación de cualquier cosa es trascendental; lo mismo le ocurre a un niño que de noche siente ruidos y tiene miedo: cuesta convencerle que ha sido una puerta con el viento o que aunque no sepamos las causas físicas que lo producen debemos dormir tranquilos: cuanto más sanas son las personas, más tranquilas duermen; como el viento me tomó desprevenido y dio la casualidad que se produjo el hecho de volarse mi sombrero cuando pensaba en aquel gorro, mi espíritu ensombrecido aprovechó a volar en el misterio; y si yo hubiese estado con el pecho abierto y sin obsesión, hubiera pensado que el viento me tomó, que hubiera sido una imbecilidad buscar las causas físicas de por qué sopló más fuerte en aquel momento. Bueno, si con el viento hubiera hecho un cuento, hubiera dado la impresión del misterio en la casualidad del gorro de la señora y mi sombrero; y que a pesar de haberme querido explicar que lo que me había llamado la atención era la descoincidencia rítmica de mi marcha por la playa con la marcha del viento, en realidad sobraba algo con la ridiculez que el viento me dio tirándome el sombrero y echándome el pelo hacia adelante, que al quedar en ridículo había desconfiado del propósito del viento como si hubiera sido un ser humano el que me hubiera hecho quedar en ridículo. Bueno, el cuento quedaría abierto y misterioso, y el tratado sería

limitado. Y claro, aquí empezaría a pensar qué me enorgullecería más, si descubrir una verdad o hacer una cosa bella; yo me quedaría con las dos cosas, como si me pusiera dos trajes: un día de profesor de psicología y otro de literato. Pero, sin embargo, ocurrirá otra cosa mejor; iré llenando mi cuaderno.

El día de la gran obra.

Hoy es el día de una gran obra, de una obra que dará la vuelta al mundo y ganará muchos concursos. Apenas me levanté de la cama me di cuenta de lo importante que sería este día; me sentí brillantemente inspirado y tuve el presentimiento que anuncia las grandes cosas. El título de la obra surgió de la manera más natural, aunque todavía no pensaba ponerle el título, porque eso hay que pensarlo mucho. La historia de cómo se me ocurrió es tan extraña, como el nombre que le han puesto los padres a un personaje célebre; y no porque el nombre sea solamente feo, sino que tiene una intención ridícula y superficial que más tarde contrasta con su obra y con su vida. ¿No os ha ocurrido a veces que una persona con el nombre que tiene da la sensación de que no puede valer y después resulta ser un gran hombre? ¡Y con qué angustia y ganas de poner la cara avinagrada lo llamamos por su nombre las primeras veces! Pero después uno se acostumbra y asocia de nuevo el mismo nombre a un gran tipo en vez de a un imbécil. Sin embargo, esa descoincidencia de la etiqueta de un hombre con su interior es torturante y desencanta, como muchas vidas de grandes creadores, como muchas fisonomías de hombres geniales, como muchos pensamientos de grandes actores y grandes recordistas de algo. Bueno, esta mañana me di cuenta que realizar la gran obra era fácil, que dependía de cómo lo tomara a uno el tiempo y la vida, que sintiéndose tan seguro de que sería así no podría

fracasar. La inspiración iba acompañada de un deseo inmediato de empezar, y entonces fui al almacén de la esquina a comprar un cuaderno. Este hecho que parece ser tan superficial podría ser de mucho comentario si la obra resultara: todo el mundo está de acuerdo en que a veces, de las cosas más tontas, salen las cosas más grandes. Cuando estuve en el almacén y pedí los cuadernos para verlos, estaba lejísimo de pensar que dentro de un momento resolvería el título que le pondría a la gran obra; pero sucedió así: me gustó mucho el color de las tapas de uno de los cuadernos, decidí comprar precisamente ése; el nombre del cuaderno era "Adelante" y así como los jugadores presienten la suerte en el primer número que ven, así presentí yo que si le ponía a la obra "Adelante" acertaría a realizar la gran obra: el título "Adelante" era la cábala para que saliera la gran obra. Fue la gran sorpresa; me di cuenta con qué naturalidad ocurren las grandes cosas; me pasé todo el día pensando en lo que me ocurrió en la mañana y pensando que hoy, aunque no se me ocurriera nada más ya había hecho bastante: había encontrado el nombre que diferenciaba mi obra de las demás y que tenía la cábala de ser la gran obra. Ahora es de noche y tengo mucho sueño.

Al otro día.

Hoy me he dado cuenta de muchas cosas: primero —y esto tiene poca importancia— que todo lo que se me ocurrió ayer fue una novelería infame; después, que tuve un principio de infidelidad para este cuaderno porque me empecé a enamorar de otro. Aquí mi personaje me habla de la fidelidad; pero yo recuerdo de la fidelidad que muchos hombres han tenido a sus ideas, doctrinas, teorías, etc., y le he puesto una cara que creo que nunca más me hará esta observación. De lo último de que me di cuenta

es que la infidelidad a este cuaderno y el deseo de escribir en el otro me han hecho ver algo muy interesante, la marcha de éste: parece que la máquina tiende a detenerse y que debo terminar, y que es inútil que me prevenga contra el personaje que me observa, que ya caeré cuando menos piense que me observa. Pero también pienso, con un resto de optimismo ante lo que no puedo seguir, que bastante me hice el gusto llenando este cuaderno y que en él habré soltado muchas ideas malas: esto tiene mucha importancia porque, aunque nuestras ideas valgan poco, siempre buscamos la ocasión de meterlas en alguna parte, y de esta manera yo las maté.

Rocha 1929

LA PELOTA

Cuando yo tenía ocho años pasé una larga temporada con mi abuela en una casita pobre. Una tarde le pedí muchas veces una pelota de varios colores que yo veía a cada momento en el almacén. Al principio mi abuela me dijo que no podía comprármela, y que no la cargoseara; después me amenazó con pegarme; pero al rato y desde la puerta de la casita —pronto para correr— yo le volví a pedir que me comprara la pelota. Pasaron unos instantes y cuando ella se levantó de la máquina donde cosía, yo salí corriendo. Sin embargo ella no me persiguió: empezó a revolver un baúl y a sacar trapos. Cuando me di cuenta que quería hacer una pelota de trapo, me vino mucho fastidio. Jamás esa pelota sería como la del almacén. Mientras ella la forraba y le daba puntadas, me decía que no podía comprar la otra y que no había más remedio que conformarse con ésta. Lo malo era que ella me decía que la de trapo sería más linda; era eso lo que me hacía rabiar. Cuando la estaba terminando, vi como ella la redondeaba,

tuve un instante de sorpresa y sin querer hice una sonrisa; pero enseguida me volví a encaprichar. Al tirarla contra el patio el trapo blanco del forro se ensució de tierra; yo la sacudía y la pelota perdía la forma: me daba angustia de verla tan fea; aquello no era una pelota, yo tenía la ilusión de la otra y empecé a rabiarse de nuevo. Después de haberle dado las más furiosas "patadas" me encontré con que la pelota hacía movimientos por su cuenta: tomaba direcciones e iba a lugares que no eran los que yo imaginaba; tenía un poco de voluntad propia y parecía un animalito; le venían caprichos que me hacían pensar que ella tampoco tendría ganas de que yo jugara con ella. A veces se achataba y corría con una dificultad ridícula; de pronto parecía que iba a parar, pero después resolvía dar dos o tres vueltas más. En una de las veces que le pegué con todas mis fuerzas, no tomó dirección ninguna y quedando dando vueltas a una velocidad vertiginosa. Quise que eso se repitiera pero no lo conseguí. Cuando me cansé, se me ocurrió que aquél era un juego muy bobo; casi todo el trabajo lo tenía que hacer yo; pegarle a la pelota era lindo; pero después uno se cansaba de ir a buscarla a cada momento. Entonces la abandoné en la mitad del patio. Después volví a pensar en la del almacén y a pedirle a mi abuela que me la comprara. Ella volvió a negármela pero me mandó a comprar dulce de membrillo. (Cuando era día de fiesta o estábamos tristes, comíamos dulce de membrillo). En el momento de cruzar el patio para ir al almacén, vi la pelota tan tranquila que me tentó y quise pegarle una "patada" bien en el medio y bien fuerte; para conseguirlo tuve que ensayarla varias veces. Como yo iba al almacén, mi abuela me la quitó y me dijo que me la daría cuando volviera. En el almacén no quise mirar la otra, aunque sentía que ella me miraba a mí con sus colores fuertes. Después que nos comimos el dulce yo empecé de nueva a desear la pelota que mi abuela me había quitado;

pero cuando me la dio y jugué de nuevo me aburrí muy pronto. Entonces decidí ponerla en el portón y cuando pasara uno por la calle tirarle un pelotazo. Esperé sentado encima de ella. No pasó nadie. Al rato me paré para seguir jugando y al mirarla la encontré más ridícula que nunca; había quedado chata como una torta. Al principio me hizo gracia y me la ponía en la cabeza, la tiraba al suelo para sentir el ruido sordo que hacía al caer contra el piso de tierra y por último la hacía correr de costado como si fuera una rueda.

Cuando me volvió el cansancio y la angustia le fui a decir a mi abuela que aquello no era una pelota, que era una torta y que si ella no me compraba la del almacén yo me moriría de tristeza. Ella se empezó a reír y hacer saltar su gran barriga. Entonces yo puse mi cabeza en su abdomen y sin sacarla de allí me senté en una silla que mi abuela me arrimó. La barriga era como una gran pelota caliente que subía y bajaba con la respiración. Y después yo me fui quedando dormido.

MI PRIMERA MAESTRA

Cuando yo tenía seis años cruzaba, por las mañanas, una plaza inclinada —vivíamos en la falda de un cerro— y entraba a la escuela. La maestra era grandota; ponía, arrollados sobre el pupitre sus dedos gordos y nos permitía hacer ruido. Yo hacía emes minúsculas con vueltas redondas como los dedos de ella. Una tarde, sin que mi madre supiera, crucé la plaza, llamé con el pie a la puerta de la maestra y apareció por la ventana su cabeza grande, parecida a la de una vaca buena sin cuernos.

—¿Qué quieres?

—Vengo a hacerle una visita.

—Bueno, te quedas un ratito y enseguida te vas. . .

Cuando abrió un poco la puerta de la calle yo pasé cerca de su pollera gris. Ella, con su mano tomó la mía y me llevó al fondo. Debajo de un paraíso había una gallina echada; empezó a cloquear y por debajo de su cuerpo —de un gris parecido a la pollera de la señorita— se asomaban pollitos amarillos. Estarían tan calentitos como mis dedos entre la mano de la maestra. Después ella me acompañó hasta la puerta y yo le dije:

—De aquí un ratito voy a venir a hacerle otra visita.

—No, no; otro día.

Pero yo seguí pensando. Esa noche, cuando estuve solo en mi cama, me acordé de la gallina con pollos y empecé a imaginarme que vivía bajo la pollera de la maestra. Al día siguiente, a la siesta, volví a pensar lo mismo: a esa hora yo no dormía; y mis padres tenían los ojos cerrados. Suponía a la maestra de pie, recostada al paraíso; y yo, debajo de sus polleras le acariciaba una pierna; o más bien las dos. Sentía su calor y veía que después de terminar las medias negras que yo conocía, las piernas eran gordas como las de mi abuela y muy blancas. Todo parecía muy natural; y mientras yo la acariciaba, la señorita se quedaba tan tranquila como la gallina de los pollos. Aunque estaba debajo de la pollera yo veía sin embargo, la cara de la maestra; y ella miraba distraída para todos lados. A veces venía la madre: era una viejita muy buena —una vez me dio café con leche; pero yo no lo pude terminar porque ya había tomado en casa. En algunas siestas yo me quedaba pensando en la viejita o en cualquier otra cosa; y de pronto me olvidaba que debía estar debajo de la pollera; eso me daba fastidio y hacía esfuerzos para imaginar todo de nuevo. En otra siesta pensé que la viejita le había preguntado a la hija:

—¿Qué estás haciendo?

y la maestra había respondido:

—Tengo cría.

Pero la madre sabía todo y hablaba como en los días que tenía caramelos y me decía, en broma: "No hay caramelos." Ahora la hija le hacía una guiñada y yo la veía mientras le acariciaba las piernas. En casi todas las siestas las gallinas de casa carareaban y yo las odiaba; no me daba cuenta que estas gallinas eran iguales a las de la maestra.

Cuando llegaron las noches de verano mis padres me dejaban jugar un ratito antes de irme a la cama; entonces yo cruzaba la plaza, entraba al zaguán de la maestra y de pronto soltaba una carcajada y la asustaba. Una noche vi, desde la vereda, que ella iba a cada momento del comedor a la cocina llevando los platos. La lámpara que estaba encima de la mesa del comedor tenía pantalla y daba luz clara nada más que en el mantel. Sin que la maestra me viera, entré al comedor y me escondí debajo de la mesa. Al ratito ella vino, con los pasos de siempre, pero traía una pollera blanca; se acercó mucho a la mesa y yo, tocando el piso con la cabeza miré hacia arriba y me asomé al interior de su pollera: todo estaba un poco oscuro; pero se aclaraba más cuando ella, para alcanzar alguna cosa que estaría al otro lado de la mesa, apoyaba un pie y levantaba el otro en el aire. Yo hice varias veces la prueba sin que mi cabeza tocara sus pies. Después de levantar la mesa ella volvió al comedor con pasos lentos; se recostó al borde de la mesa, levantó un pie y dejó el otro en el suelo. Entonces yo me asomé por el lado de afuera de la pollera y vi que tenía la cara tapada con un libro.

Entre nosotros había mucha confianza; si ella me descubría debajo de su pollera, yo le diría que era jugando. Por fin me decidí a entrar. No sé si llegué a tocarle las piernas; ella soltó un grito y al bajar el pie que tenía en el aire, me pisó; también sentí que me apretaba la cabeza. En seguida vi caer todo su cuerpo, oí sonar unos vasos que había en el aparador y alcancé a ver un pedazo blanco de

la pierna de ella. Cuando se levantó estaba muy enojada y creí que me pegaría; pero de pronto se echó a reír: quería hablarme y no podía; dio vuelta la cabeza, fue hasta el zaguán y miró para la cocina: la madre estaba lavando los platos y no había oído nada. La maestra volvió hacia mí y levantando un dedo me dijo que le mandaría decir a mi padre lo que yo había hecho y que ahora me fuera para mi casa. Yo pasé por delante de ella con la cabeza baja pero mirando la pollera blanca; caminaba lentamente, me daba cuenta que ella me perdonaba y me sentía feliz. Al cruzar la plaza recordé su risa y pensé: "A ella le gusta que yo me meta debajo de su pollera."

MI CUARTO EN EL HOTEL

I

Una vez estuve tres meses en un Balneario. La mayor parte del tiempo lo pasaba en mi cuarto; éste era chico y yo me sabía de memoria hasta las más insignificantes manchas que había en la pared; cada cosa que había en mi cuarto me quedaba muy grabada en la memoria porque había estado mirando a cada uno de ellas en momentos intensos o extraños del espíritu; en él leía libros interesantes, recibía cartas que me sorprendían y me emocionaban de maneras muy distintas; en él también pensaba cosas muy distintas, y a pesar de estar siempre en el mismo cuarto, sentía lo nuevo de cada día, como si el sol no diera en las mismas cosas dos veces igual, como si el aire fuera distinto y hasta como si yo no fuera la misma persona; todas las noches sentía curiosidad de saber cómo sería la mañana siguiente y todas las mañanas sentía deseos de que fuera de tarde o de noche; si alguna tarde fracasaba porque me vinieran a buscar para algo o viniera alguna visita de poco interés pensaba: "paciencia, no importa, igual me queda la noche y además en la tarde de mañana nadie me molestará", y soñaba en estar allí en

la tarde como si hiciera mucho tiempo que no estuviera, y pensaba siempre descansar en mi cuarto, como si estuviera cansado por la tarea de mucho tiempo.

Después que pasó algún tiempo, al ir a entrar a mi cuarto y recordar que allí había leído libros interesantes, había recibido cartas que me gustaban mucho, y había pensado cosas que me parecía que me agrandaban el espíritu, las paredes y las cosas me daban la sensación de estar saturadas de aquellas cosas, como si fueran las maderas de un instrumento viejo en el que hubiera tocado muchos años.

II

Cada cosa de mi cuarto la asociaba a lo más interesante o extraño que me hubiera ocurrido mientras miraba o estaba en aquella cosa. Había una mancha en la pared, que un día cuando era la siesta y estaba por dormirme, la sombra de la semioscuridad hacía que me pareciera una mujer con un hijo suplicando algo; también me había ocurrido algo parecido una vez que las ropas desordenadas y puestas encima de una silla me parecieron la cabeza de un árabe que me miraba con un ojo un poco triangular, pero muy oscuro y misterioso. Siempre que miraba la ventana me acordaba de una vez que me había asomado a ella y miraba a la playa: había en la arena y un poco retirado del agua un bote; en el bote se habían sentado unas personas, y cuando las miré distraídamente, tuve una sensación extraña; en otro momento me hubiera parecido de pronto que estaban en el agua, o me hubiera reído de pensar que ellas eran inconscientes de que por la actitud que tenían, pareciera que estaban navegando a pesar de estar en seco; sin embargo la sensación que tuve

yo por un instante, fue de que sencillamente navegaban por la arena.

III

Un día hizo una mañana que además de ser distinta de todas las mañanas lindas, fue la más radiante; si hubiera venido a visitarnos un habitante de otro planeta se la hubiéramos mostrado como ejemplo de una mañana en la tierra: parecía que si a los niños les mandaran hacer una composición "La mañana" tendrían que pensar en una como aquélla. Entonces tuve ganas de salir de mi cuarto y pasear: cuando pasé por un almacén vi un hombre que era asesino y que había estado preso hasta hacía poco tiempo, pero yo pensaba que en aquella mañana nadie podía hacer un crimen; me parecía que cuando el sol le daba en el entrecejo al asesino, le disolvía los pensamientos de la noche.

Esa misma mañana también fue como una escenografía previamente preparada para que actuaran en ella dos personajes más: eran dos mujeres. La primera parecía una india y estaba parada en la puerta de un rancho; primero me llamó la atención un gatito y una plantita que había al pie de una ventana; parecían hermanitos; el gatito estaba muy bien sentado y tan firme como el tarro de la plantita; los dos tenían una cinta azul: la plantita en el tallo y el gatito en el pescuezo; a veces el gatito se lavaba la cara y otras veces la plantita se movía con el viento.

La mujer que estaba en la puerta me pareció muy interesante: era como la representación estética de la raza de los indios; y así como yo había sentido el folklore en música y en poesía, sentí por primera vez lo que sería el folklore de la belleza física.

Cuando volví de mi paseo estaba cansado y sudoroso; tuve mucha alegría cuando vi el cuarto de baño muy limpio y con baldosas muy blancas que llegaban casi hasta el techo. Cuando estaba en mi cuarto y descansaba, entró en la escena de la mañana el último personaje: era la mucama. Nunca había hablado conmigo porque me creía loco, pero al ver que había salido a pasear se animó a hablarme; sentía la necesidad de contarme su vida; era alemana, había enviudado joven y tenía dos hijitos; en todo el año cursaba sus estudios en un instituto de obstetricia y en los meses de vacaciones se empleaba de mucama; parecía que el secreto de su vida era difícil de descubrir porque era exterior y claro: su secreto estaba en su actividad continua, en el deseo que tenía de tener comodidades para ella y sus hijitos, en lo que se llamaba poseer una cosa que fuera de ella, de su propiedad, aunque fuera nada más que un par de zapatos de goma; educaba a sus hijos de una manera que parecía simultáneamente profunda y superficial: era la mujer del poema práctico.

Yo me sentía en su espíritu tan alegre y tan bien, como si ella fuera un cuarto de baño limpio y con baldosas blancas casi hasta el techo.

Una noche me desperté y mi cuarto estaba completamente oscuro; pensaba en lo que estaba soñando hasta el momento de despertarme y también se me ocurrió pensar cómo estaba yo y mi cama en el cuarto; a pesar de conocerlo tanto no me podía orientar; tenía que hacer un gran esfuerzo para deducir que si yo estaba acostado sobre el

lado izquierdo, a la derecha tenía que haber tal cosa, y a la izquierda tal otra, y en la imaginación colocaba la cama en todas partes; después que saqué una mano de la cama, toqué la pared y me orienté, me parecía mentira esta desorientación. Como no tenía sueño me senté en la cama; y pensaba cosas inútiles: suponía cómo hubiera sido de interesante que hubiera conocido a una mujer de una manera distinta a como la conocí, y era como si hiciera una novela; la arreglaba en el momento que la hacía; cuando me parecía muy espontánea o muy real, la modificaba y cuando más real y más posible era, más emoción sentía.

Cuando llegó la mañana me llamó mucho la atención una caja de color lila que había encima de la mesa; la noche anterior la había traído la mucama y había puesto entre ella todas las cosas del mate; pero como me acosté y me dormí enseguida no le di la importancia que tenía: aquel color violentísimo cambiaba completamente el carácter de casi todas las cosas; al principio me fue antipático pero después me gustó mucho; el color de la caja hacía sobresalir y le daba mucha importancia a una salida de baño que estaba colgada en la percha y que era de un color muy parecido; ahora la salida de baño no chocaba tanto y no se despegaba tanto de las demás cosas de la habitación como antes: el color de la caja le hacía tomar un valor muy especial; si ahora yo leyera los mismos libros, recibiera las mismas cartas y pensara las mismas cosas, tal vez tuvieran una expresión distinta.

VI

Al estar yo sentado en la cama, la puerta de mi cuarto venía a quedar casi enfrente mío; a la derecha de la puerta estaba la percha y en ella colgada la salida de baño;

como yo había perdido la llave de la puerta, la cerraba poniendo una manga de la salida de baño en el marco, y así apretándola contra el marco quedaba asegurada. De pronto se abrió la puerta y al caer la manga de la salida de baño, ésta pareció una persona que bajara el brazo; enseguida de esta sorpresa apareció otra: entró la mucama deshecha en llanto; me dijo que la habían despedido del hotel y que le iría muy mal; yo apenas atinaba a lamentar lo ocurrido; ella después que lloró un rato salió y al momento volvió trayéndome un cepillo que detrás tenía un espejito: me lo dejaba de recuerdo; después me dio un beso en la frente y se fue. La pobre mujer me estimaba mucho; una vez me dijo que en la pieza de otro pasajero había visto un libro mío, que lo había leído y que aunque no entendía nada suponía que debía ser bueno. En total, a mí me parecía que aquella mujer hubiera preferido siempre que en mi cuarto estuviera siempre yo, y que si hubiera venido otro le hubiera tratado con cierta hostilidad.

Yo tuve mucha pena y toda esa realidad de cosas de afuera me puso de mal humor; las paredes no me parecían saturadas de los libros que había leído ni de las cartas que había recibido, ni de las cosas que había pensado. Pero a la tarde me pareció que si yo me hubiera ido y después hubiera vuelto a pasar por allí, y viera las mismas paredes y el mismo cuarto con las cosas de manera distinta y otra persona, me hubiera dado tristeza.

En total yo tenía la sensación que las paredes, igual que la mucama, aunque no entendieran cómo era yo, hubieran preferido que siempre estuviera yo y hubieran mirado con cierta hostilidad a otro pasajero.

En una tarde sin sol, fui a una plaza solitaria.

De su piso blanco, de balastro, salían tan pronto en orden simétrico como dispersos caprichosamente, eucaliptus inmensos que llegaban hasta el aire del cielo.

Allá arriba, el aire y las ramitas se movían un poco, y tal vez las hojas hicieran algún bisbiseo.

Pero cuando los ojos llegaban hasta los troncos —donde se recostaban echados para atrás, los bancos— el silencio era quieto, la luz era quieta y el aire era quieto, y en el piso blanco quedaban separadas con bastante nitidez, las patas de los bancos y las raíces de los árboles.

Cerca del banco donde estaba yo, habían enterrado algunos aparatos de gimnasia.

Una niña hacía ejercicios para que yo la mirara.

Yo me daba cuenta y seguía mirando el piso blanco.

Por el piso blanco pasaban apurados, pies de personas que cruzaban la plaza para ahorrar camino.

También llegaban hasta el piso blanco, las hojas de algunos plátanos que habían nacido al borde de la plaza.

Sin darme cuenta miré a la niña que hacía gimnasia para que yo la mirara.

Después ella se fue corriendo.

Como ya estaba oscureciendo, se encendieron las luces.

A un ciclista se le descompuso su vehículo y daba vueltas los pedales sin adelantar camino: la bicicleta se iba deteniendo y él tuvo que apoyarse con un pie en tierra.

Después se volvieron más pesadas, las cosas que me pasaban por el alma.

No me daba cuenta cómo eran las personas que pasaban, pero los ojos las veían alejarse.

Cuando me levanté para irme, miré para el cielo; por encima de los árboles cruzaba un pájaro y yo pensé en la distancia que habría de los árboles a las nubes.

En Atahualpa. Allí nací y tengo recuerdos desde un poco antes de los tres años. Uno de ellos casi lo perdí del todo: era un caballo y un tío abuelo. Los veía próximos uno al otro y no sé bien si entre ellos mediaba un maneador o un freno. Los recordé más o menos claramente hasta hace pocos años. Se me acercaban antes de dormir y me acostumbré a recordarlos en alguna época de la adolescencia. A veces hacía esfuerzos para atraerlos. Los repasé mucho hasta que se gastaron o se cambiaron demasiado. Cuando me esforzaba era peor. Sin embargo hubo algunas veces que buscándoles, tentando con otro caballo cualquiera la simpatía de aquella primera visión, poniéndolo en la imaginación en distintas posiciones para ver si volvían, resultaba que el caballo se movía. Después el recuerdo fue más fugaz, borroso, diferente y yo dejé de perseguir su rastro. Pero alguna otra vez debo haber cruzado o pasado cerca de ese rastro y debo haber sentido un desvanecido matiz de angustia.

En un galpón, mi abuela que es gorda, está agachada y saca vino de una pipa. Parece que es la primera vez que van a tomar vino de una pipa; hay algo de cosa que se inaugura, y por allí deben entrar y salir, sin yo saber ni ver bien dónde están, mi padre, mi madre y mi abuelo. Pero siempre alguno cruza por el cuadro de luz que entra por la puerta y que está echado en el piso de tierra. No sé bien si es la luz o la sombra que se sube por los pantalones o las polleras cuando cruzan. Pero sé que se levanta un poco de polvo en pequeñas nubes de puntitos que se mueven en la luz.

El patio está lleno de sol. Estoy subido en una carretilla de mano que en aquel momento es "mi carro". Mi madre, que tiene un pañuelo blanco en la cabeza y que le cubre casi toda la cara, trata de acomodarme "los ca-

ballos", cuyas crines son de color amarillo pajizo porque yo quiero que las escobas estén invertidas. Como es muy difícil colocar aquellos caballos en aquel carro, mi madre me ha puesto de espaldas a la rueda y ata las escobas en una cueredita que va de una vara a otra. Lloro con gritos estridentes y con la más enconada y angustiosa rabia.

Mi casa es de material. Al lado hay un ranchito en el que viven no se qué parientes. La China, prima lejana de mi madre, me ha llevado a comer al ranchito y me dan hígado de gallina. De pronto me quedo rojo, después morado y no articulo palabra. Tengo la boca abierta y hago una fuerza terrible. Creen que me ahogo. Es sencillamente que no me gusta el hígado de gallina.

Entre mi casa y el gran campo que da al fondo hay alambre tejido. El alambre tiene debajo un agujero por donde se puede pasar. Junto al agujero hay una zanja que para mí es grande. Paso mucho rato entretenido en el esfuerzo de salvar esos obstáculos. Me pongo en todas posiciones. Debo conversar solo y exhalar ayes y quejidos mientras me doy vueltas en la zanja y mientras ensa- yo meter en el agujero, primero la cabeza o los pies. Me debo revolcar la cabeza barriendo la tierra con el pelo cuando me toca ensayar de entrar primero con los pies. Me parece que algunas veces alguien me viene a ayudar. Pero, sin embargo, estando yo solo ¿por qué es que un día me cuesta mucho, otro día poco y otro mucho, de nuevo? ¿Por qué esa diferencia en el esfuerzo y en días distintos?

Vengo a mostrarle a mi madre el dedo índice señalando para abajo. Lo he metido en un hormiguero y lo traigo lleno de hormigas negras. Mi madre grita pero a mí no me duele.

Día 1

Hace tiempo que tengo una idea. Y como hace tiempo que tengo una idea, me recluyeron. Ahora estoy mejor. Pero estoy mejor por otra cosa: no porque me vaya curando de esa idea, sino porque ahora voy a poder realizar la idea. Antes tenía que trabajar en cosas que me sostuvieron la vida y no tenía tiempo de realizar la idea. Ahora, como estoy enfermo, me sostienen la vida de tal manera, que puedo realizar la idea. Si un día se me termina la realización de esa idea, es posible que me crean curado y me den de alta. Y si me dejan encerrado, pagaré con gusto entregando la vida —no a la muerte sino al encierro— por la realización de esa idea. Pero lo más posible es que si al terminar la realización no quieren reconocer que la idea se terminó y me dejan encerrado, vuelva a realizar la idea de nuevo, porque esa idea es mi vida, la siento siempre y necesito sentirla siempre. Si alguna vez dejo de sentirla por un momento, es para tenerla mejor de nuevo, como si por un momento dejara de sentir el perfume y los recuerdos arrugados en un pequeño pañuelo, y respirara el aire puro, y mirara la casa de enfrente, y pensara que por la altura del sol deben ser las once de la mañana, y mientras tanto, estuviera vigilando el deseo de volver el pañuelo con los recuerdos y las arrugas.

Esa idea para mí —afortunadamente—, es inmensamente difícil de realizar. Soy dichoso cuando pienso cómo realizar esa aventura; seré dichoso mientras la esté realizando; pero seré desgraciado si al estar por terminarla no siento deseos de empezarla de nuevo.

Tú, mi lector, o sobre todo tú, mi director de clínica, ya te habrás hecho, seguramente, una idea de lo que será la mía. Pero una de las formas que yo utilizaré para ex-

poner mi idea será la de suponer también tus ideas posibles, y decir, precisamente, que la mía no tiene nada que ver con las tuyas. En general, me veré obligado a expresar ideas que no son la mía, para que se comprenda mejor cómo es la mía. Aún en ese caso las ideas de otros que mejor comprendan la mía, han de ser distintas. Y por último diré que esa idea mía la siento distinta en otros instantes del día, y en otros días de la vida. En cada instante del mundo que se diga, idea, todo el mundo tiene ideas distintas.

Día 2

Cualquiera de los locos que hay aquí, tienen una idea fija. Pero yo soy un loco que tiene más bien, una idea movida. Pero si como dije ayer, mi idea de cada instante es distinta, ¿cómo reconozco al mismo tiempo que es una misma idea? ¿Tengo que imaginarme algo común en las ideas de cada instante? Sí, a esa cosa común empezaría a llamarle movimiento. ¿Entonces tendría que tener otra idea, la de movimiento? No, yo quiero tener como idea importante, como la que más me preocupa, la idea de movimiento. Realizar esa idea sería realizar un movimiento. ¿Pero qué movimiento? ¿Un movimiento de qué? Realizar un movimiento de una idea. Pero la idea de por sí, ¿no describe un movimiento? Sí, pero yo quiero describirla con otra cosa que no sea la idea, pero que me haga sentir la idea moviéndose. No entiendo. Pues bien, yo quiero ver moverse una idea fuera de mí. Claro que para eso tendré que representármela dentro de mí y entonces parecerían dos ideas simultáneas. ¿Pero otra idea moviéndose fuera de mí con persona y todo? ¿La idea que está fuera de mí no necesita ser producida por otra persona? No señor, yo no sé por qué cosa necesita ser producida, pero quiero que sea producida por lo que fuera, aunque intervinieran

pedazos de personas y de cosas para dar el movimiento de una idea; que yo sienta que es una idea que se mueve, que vive, y no ideas muertas; y que esté fuera de mí. Pero que todo eso, lo de adentro y lo de afuera sea una misma cosa, que sea el movimiento de una idea mientras se hace. La idea que yo siento se alimenta de movimiento. Y de una porción de cosas más que no quiero saber del todo, porque cuando las sepa se detiene el movimiento, se muere la idea y viene el pensamiento vestido de negro a hacerle un cajón de medida con agarraderas doradas. Yo sé que hay muertos que han abonado la tierra de una manera especial, y son los muertos que en la vida sufrieron con grandes ideas, que transformaron algo de la tierra con el abono de su cuerpo cansado de sufrir, que esa tierra dio frutos para que los hombres que comieran, soñaran y persiguieran un sueño loco en el que el mundo apareciera lo que llamarían, un poco mejor, que ya este sueño le daba al mundo otra calidad, aunque de pronto aparecieran hombres nuevos que no habían sufrido ideas profundas y pisotearan la tierra con frutos y todo. Aquél sería el hombre bueno, o el de mejor calidad, el que especula con la idea para el bien, y que sufre por ella y con ella.

Pero yo soy otra cosa. He dicho que soy otra cosa, y cuando uno dice eso después de haber citado una cosa buena, o la mejor, parece que lo de él, lo nuevo, ha de ser mejor todavía. Pues no señor. Yo me considero, con profunda sinceridad, peor. Y esto es lo que costará creer; en mi sinceridad. Entonces, ¿dónde iré a parar? A ningún lado. Precisamente, lo que no quiero es parar. Yo soy un loco más bien movido y más bien malo. Pero yo soy malo porque no quiero especular para el bien, yo no quiero sufrir con una idea, yo quiero el placer egoísta de gozar con una idea mientras ella se mueve. Si los otros conceptúan, para aprovechar el concepto, yo quiero dejarme conceptuar y sentir el momento en que se me forma el con-

cepto. Si la idea que yo quiero hacer mover, les sirve a los demás y la aprovechan, bien. Pero yo no me propongo otra cosa que perseguir la realización de esa idea, de un movimiento vivo que se realice fuera de mí y que siga viviendo y moviéndose solo. No hay ni qué decir que no ha de ser el caso de un físico que persigue el movimiento continuo. En realidad yo ya he especulado con esta idea aunque todavía ella no haya empezado a moverse fuera de mí. Al menos así lo creo. Cuando yo vine a esta clínica pública, no dije que venía a pedir hospedaje. Vine como hombre malo que aprovecha su sinceridad cuando sabe que no han de creer en ella. Fui al escritorio y le dije al Director: mire señor, yo tengo una idea. Después él tocó un timbre, yo seguí exponiendo la idea y él revisando unos papeles. Cuando vino el médico de guardia el Director dijo: "este señor tiene una idea, pabellón primero, pieza diez y ocho". El pabellón primero era el de los paranoicos. Además yo había sido recomendado a él por otros a quienes les había hablado de mi idea.

Día 3

Hablando con muertos conocidos, o expresándome con pensamientos corrientes, diré que encuentro tres muertos que se interponen en la realización de mi idea: Primero, la dificultad que existe en dejar vivir una idea, en que ésta no se pare, se termine, se asfixie, se muera, se haga pensamiento conceptual, es decir, otro muerto más. Segundo, que al observar la idea con otra idea no se detengan las dos, en vez de una. Y tercero, que al expresar esa idea con muertos, o pintarlas con letras, o con lo que sea, no se detengan ninguna de las tres. Pero es difícil hacer algo vivo con muertos; tendré que sentir con otra cualidad de ideas, con otra cualidad de pensamiento que sea vivo; que éste no mate a otros: al que observa y al que describe.

¿Cómo cambio tres vivos por tres muertos? Y en caso que de los tres muertos hiciera tres vivos ¿cómo hago un vivo con los tres vivos?, ¿cómo los fundo?, ¿cómo hago un movimiento vivo? Ese movimiento vivo lo tengo que sacar del mientras vivo, del mientras siento, del mientras pienso. Pero, ¿cómo? Algunos dicen que eso se hace espontáneamente. Sin embargo yo he visto obras teatrales que para que las escenas hayan quedado con una secuencia espontánea, el autor ha pasado años y años matando ideas. Yo he visto caras, que en el momento en que su dueño sentía ideas, en el mientras las sentía, esas caras han tenido el aspecto de cosas colgadas y muertas. Y han sido espontáneas. Yo he visto fracasar relacionismos, implicancias, deduccionismos y determinismos, en la flor de la juventud. He conocido artificiosidades espontáneas, he conocido naturalidades artificiales; he visto, en personas espontáneas, gestos artificiosos que se les quedaron olvidados en el cuerpo desde la época de la adolescencia; he visto personas que espontáneamente nunca pudieron quedar naturales; y otras que no saben ser naturales y espontáneas.

Así como algunos caminan con movimientos muertos en el cuerpo, otros se han dejado olvidados y tropiezan siempre, con ideas muertas. Pero hay muertos que ni siquiera abonan la tierra. Y hay muertos que transforman sustancias de la tierra donde nacen y florecen toda clase de plantas misteriosas, del bien y del mal, y de la vida y de la muerte.

Pero esto no es mi idea. Tal vez lo fuera mientras lo estaba pensando. Ahora ya pasó.

Querido señor:

Qué placer he tenido en leer a Ud., en llegar a conocer a un escritor realmente nuevo que alcanza la belleza y aún la grandeza a fuerza de "humildad ante el asunto".

Ud. alcanza la originalidad sin buscarla en lo más mínimo por una inclinación natural hacia la profundidad. Ud. tiene el sentido innato de lo que será clásico un día. Sus imágenes son siempre significativas y respondiendo a una necesidad están prontas a grabarse en el espíritu.

Su narración contiene páginas dignas de figurar en rigurosas antologías, las hay absolutamente admirables, y lo felicito de todo corazón por habernos dado ese libro.

Gracias también a sus amigos que han tenido el honor de editar esas páginas.

Vuestro,
JULIO SUPERVIELLE

No sé bien por qué quieren entrar en la historia de Colling, ciertos recuerdos. No parece que tuvieran mucho que ver con él. La relación que tuvo esa época de mi niñez y la familia por quien conocí a Colling, no son tan importantes en este asunto como para justificar su intervención. La lógica de la hilación sería muy débil. Por algo que yo no comprendo, esos recuerdos acuden a este relato. Y como insisten, he preferido atenderlos.

Además tendré que escribir muchas cosas sobre las cuales sé poco; y hasta me parece que la impenetrabilidad es una cualidad intrínseca de ellas; tal vez cuando creemos saberlas, dejamos de saber que las ignoramos; porque la existencia de ellas es, acaso, fatalmente oscura: y ésa debe ser una de sus cualidades.

Pero no creo que solamente deba escribir lo que sé, sino también lo otro.

Los recuerdos vienen, pero no se quedan quietos. Y además reclaman la atención algunos muy tontos. Y todavía no sé si a pesar de ser pueriles tienen alguna relación importante con otros recuerdos; o qué significados o qué reflejos se cambian entre ellos. Algunos, parece que protestaran contra la selección que de ellos pretende hacer la inteligencia. Y entonces reaparecen sorpresivamente, como pidiendo significaciones nuevas, o haciendo nuevas y fugaces burlas, o intencionando todo de otra manera.

Los tranvías que van por la calle Suárez —y que tan pronto los veo yendo sentado en sus asientos de paja como mirándolos desde la vereda— son rojos y blancos,

con un blanco amarillento. Hace poco volví a pasar por aquellos lugares. Antes de llegar a la curva que hace el 42 cuando va por Asencio y da vuelta para tomar Suárez, vi brillar al sol, como antes, los rieles. Después, cuando el tranvía va por encima de ellos, hacen chillar las ruedas con un ruido ensordecedor. —Pero en el recuerdo, ese ruido es disminuido, agradable, y a su vez llama a otros recuerdos.— También va junto con la curva, un cerco; y ese cerco da vuelta alrededor de una glorieta cubierta de enredaderas de glicinas.

En aquellos lugares hay muchas quintas. En Suárez casi no había otra cosa. Ahora, muchas están fragmentadas. Los tiempos modernos, los mismos en que anduve por otras partes, y mientras yo iba siendo, de alguna manera, otra persona, rompieron aquellas quintas, mataron muchos árboles y construyeron muchas casas pequeñas, nuevas y ya sucias, mezquinas, negocios amontonados, que amontonaban pequeñas mercaderías en sus puertas. A una gran quinta señorial, un remate le ha dado un caprichoso mordisco, un pequeño tarascón cuadrado en uno de sus lados y la ha dejado dolorosamente incomprensible. El nuevo dueño se ha encargado de que aquel pequeño cuadrado parezca un remiendo chillón, con una casita moderna que despide a los ojos desproporciones antipáticas, pesadas y pretensiosas. Y ridiculiza la bella majestad ofendida y humillada que conserva la mansión que hay en el fondo, tan parecida a las que veía los domingos, cuando iba al Biógrafo Olivos —que era el que quedaba más cerca— y en la época de la pubertad y cuando aquel estilo de casas era joven; y desde su entrada se desparramaba y se abría como cola de novia una gran escalinata, cuyos bordes se desenrollaban hacia el lado de afuera y al final quedaba mucho borde enrollado y encima le plantaban una maceta con o sin plantas —con preferencia plantas de hojas largas que se doblaran en derredor—.

Y al pie de aquella escalinata empezaba a subir, larga y lánguidamente, la Borelli o la Bertini. ¡Y todo lo que hacían mientras subían un escalón! Hoy pensaríamos que habían sido tomadas con "ralentisseur"; pero en aquellos días yo pensaba que aquella cantidad de movimientos, esparcidos en aquella cantidad de tiempo, con tanto significado y tan oculto para mi mente casi infantil, debía corresponder al secreto de adultos muy inteligentes. Y deseaba ser mayor para comprenderlo: aspiraba a comprender lo que ya empezaba a sentir con perezosa y oscura angustia. Era algo encubierto por aquellos movimientos, bajo una dignidad demasiado seria que, tal vez únicamente, podría profanarse con el mismo arte tan superior como el que ella empleaba. —Yo ya pensaba en profanarla.— Tal vez se llegara a ella, en un esfuerzo tan grande de la inteligencia, en un vuelo tan alto, como el de las abejas cuando persiguen a su reina.

Mientras tanto, un largo vestido cubría a la mujer, con escalinata y todo.

Pero volvamos al trayecto del 42.

Después que el tranvía pasó, precisamente, por delante del terrenito —remiendo de la mansión señorial—, me quedó un momento en los ojos, con gran precisión, el balanceo de dos grandes palmeras que sobresalían por detrás de la casita —mamarracho— moderna. Y repasando esa fugaz visión de las palmeras, las reconocí y recordé la posición que tenían antes, cuando yo era niño y la quinta no tenía remiendo. ¡Un literato de aquel tiempo que las hubiera visto ahora detrás de aquella casita, habría escrito! . . . Y la pareja de viejas palmeras, movían significativamente sus grandes y melenudas cabezas lacias, como si fueran dos viejos y fieles servidores que comentaran la desgracia de sus amos venidos a menos. Y esta reflexión me vino, recordando cómo significaban la vida las personas de aquel tiempo. Y cómo la reflejaban en su arte, o

cómo eran sus predilecciones artísticas. (Pero ahora, en este momento, no quiero engolfarme en esas reflexiones: quiero seguir en el 42.)

Después, un inmenso y horrible letrero me llamó los ojos. (No digo cuál es para no seguir haciéndole la propaganda al dueño. ¿Y si me pagara, lo haría? Y seguían apareciendo pensamientos como éstos: No habría sido un hijo de aquella mansión señorial el que vendió aquel pedazo de la quinta para pagar una deuda vergonzosa?)

Tenía tristeza y pesimismo. Pensaba en muchas cosas nuevas y en la insolencia con que irrumpían algunas de ellas. Alguien me hacía la propaganda del sentimiento de lo nuevo —y de todo lo nuevo— como fatalidad maravillosa del ser humano; y me hablaba precipitadamente, concediéndome un instante de burla e ironía para mis viejos afectos.

Como él estaba apurado, daba vuelta enseguida su anti-pática cabeza y se llevaba toda su persona para otro lado. Pero me dejaba algo grisáceo en la tristeza y me la desprestigiaba; me hacía desconfiar hasta de la dignidad de mi propia tristeza; y la ensuciaba con una sustancia nueva, desconocida, inesperadamente desagradable, como el gusto extraño que de pronto sentimos en un alimento adulterado.

Sin embargo, hay lugares de pocas "modificaciones" en las quintas; y se puede sentir a gusto, por unos instantes, la tristeza. Entonces, los recuerdos empiezan a bajar lentamente, de las telas que han hecho en los rincones predilectos de la infancia.

Una vez, hace mucho tiempo, recordé aquellos recuerdos, del brazo de una novia. Y esta última vez, salía de una de aquellas casas un niño sucio llorando. Ahora empiezo a pensar en el derecho a la vida que tienen algunas cosas nuevas y a sentir una nueva predisposición. (A lo

mejor exagero, y la predisposición a encontrar bueno todo lo nuevo se extiende y cubre todas las cosas, como le ocurría al propagandista. Y entonces, basta tener un poco de buena predisposición y ya encontramos servidas mil teorías para justificar cualquier cosa. Y podemos cambiar, además, muy fácilmente de motivos a justificar, por más contradictorios que sean; pues hay teorías con sugestión exótica, con misterio sugerente, con génesis naturalista, con profundidad filosófica, etcétera.)

Ahora recuerdo un lugar por el cual pasa el 42 a toda velocidad. Es cuando cruza la calle Gil. Una de sus larguísima veredas me da en los ojos un cimbronazo giratorio. En esa misma vereda, cuando yo tenía unos ocho años, se me cayó una botella de vino; yo junté los pedazos y los llevé a casa, que quedaba a una cuadra. En casa se rieron mucho y me preguntaron para qué la había llevado, qué iba a hacer con ella. Este sentido lógico era muy difícil para mí —todavía lo es— porque ni siquiera la llevé para comprobar que la había roto, puesto que me habrían creído lo mismo. En una palabra, no sé si la llevé para que la vieran o para qué.

Si volvemos de donde era mi casa que quedaba en la calle Gil y caminamos en dirección a Suárez, antes de llegar a la esquina pasaremos por un cerco de ladrillo que está muy viejo, negrusco y con musgo de muchos verdes. Una persona mayor verá por encima del cerco —yo, para ver, daba saltitos— pavos entre algunos árboles y un gallinero de tejido de alambre blanqueado. Una vez hicieron allí un pozo muy hondo, al que bajaba a leer un loco que no quería sentir ruidos. Siguiendo por la vereda nos encontraremos con la casa de la esquina, que tiene muchas ventanas que dan a la calle Gil. Pero la última ventana, antes de llegar a Suárez, es pintada en el muro. Y detrás de la ventana pintada estaba la pieza donde vivía el loco. A mí me costaba pensar en algo terrorí-

fico, porque entre los barrotes pintados, había pintado también un color azul de cielo, y aquella ventana no me sugería nada grave. Sin embargo el loco estuvo por matar con un hacha a la madre, que era paralítica y siempre estaba sentada en un sillón. Afortunadamente acudieron las tres hijas. Y después el loco pasaba algún tiempo recluso y otro tiempo con ellas. Era una persona delicadísima, culta y afable. Una vez me dio un ratón de chocolate y yo le miraba agradecido la pera corta y peinada en dos. ¡Pero ellas! ¡Qué noblemente ideales eran! Por esas tres longevas yo alcancé a darle la mano a una gran parte del siglo pasado. No sería muy difícil, hojeando revistas de aquel tiempo, encontrar un dibujante "original" que hubiera dibujado un cigarrillo echando humo y que del humo saliera una silueta como la de ellas. La cintura lo más angosta que fuera posible; el busto amplio, el cuello encerrado entre ballenas pequeñas que sujetaban el tejido blanco. —En aquel tiempo mi atención se detenía en las cosas colocadas al sesgo; y en aquella casa había muchas: los cuadros blanqueados del alambre del gallinero, los cuadritos blancos del tejido del cuello sujeto por ballenas, el piso del patio de grandes losas blancas y negras y los almohadones de las camas—. Después, encima de la cabeza otra gran amplitud, como un gran sombrero, pero este montón estaba hecho con el mismo pelo que salía de la cabeza —o mitad pelo propio y mitad pelo comprado; el seno también solía ser de medio y medio.— Encima del pelo iba el verdadero sombrero, generalmente inmenso; y encima del sombrero, plumas —como las del pavo del fondo, o de otras aves, creo que nunca de gallina, a no ser que fueran teñidas. —Los sombreros también solían cargar frutas, creo que uvas, y eran sujetas con pinchos larguísimos que tenían una gran cabeza de metal o piedras vistosas o carey. Los pinchos cruzaban todo el peinado, el sombrero —con flores, frutas o lo que fuera— y

volvían a aparecer del otro lado sobrándoles largos pedazos que terminaban en puntas agresivas. Desde el ala del sombrero hasta el cuello, y a manera de mosquitero, un tul muy estirado, que dejaba tras él y en penumbra provocadora y atrayente, la cara, que a su vez estaba cubierta de polvos. Ese conjunto era una aparición fantástica, en la que el espectador podía detener un buen rato su contemplación. Una vez, cuando niño, me puse uno de esos escaparates con mosquitero y todo y al caminar recordaba un viaje hecho en cupé desde el cual y a través de las cortinillas podía mirar sin ser visto.

Una noche fuimos con mi madre a la casa de las tres longevas. En la media luz del zaguán pisábamos las grandes losas a cuadros blancos y negros. No había puerta cancel y se veían grandes plantas en la mitad del patio. Nos hacían pasar a una salita que recibía luz de la poca que había en la calle; pero de cuando en cuando pasaban por la penumbra los cuadros iluminados de las ventanillas del 42 al cruzar a toda velocidad. Éstas también pasaban un poco al sesgo cuando cruzaban el piso y muy al sesgo cuando subían a la pared. Cuando ellas conversaban, tenían tan franca y sincera camaradería, ponían tanta alegría en los cumplimientos, las voces de todas se juntaban y subían tanto, que no se pensaba en la penumbra, ni parecía que la hubiera. Además de vivir a oscuras, eran cegatonas. Una de ellas, la que según la conversación era la que cocinaba, se sentaba en el rincón más oscuro; apenas se le veía la cara, ovalada y pálida, con muchos lunares, como una papa mal pelada a la que se le vieran los puntos negros. Otra de ellas tenía la costumbre de pasarse con fuerza los puños por los pómulos para que le salieran colores —ésa era la que salía a hacer visitas—. Las tres eran delgadísimas. Y me di cuenta que en casa tenían razón cuando decían que las tres —en los intervalos de la

animada conversación y sobre todo cuando se reían— hacían un ruido fuertísimo al aspirar el aire por entre los dientes. Después me fijé que aquello era tan fuerte, que no lo cubría ni el 42 cuando pasaba a toda velocidad. Pero yo no quería que me hubieran hecho observar aquello, porque después tenía que poner demasiada atención en eso y no podía seguir sintiendo otras cosas. Y a mí me gustaba ir y estar en aquella casa.

En mi familia había una tía lejana de tanta edad como las longevas e igualmente solterona. Y ésta llamaba a aquéllas "las del chistido". A mí me daba mucho fastidio. Y no porque estuviera enamorado de alguna de ellas. —Aunque siempre me encontraba fuertemente predispuesto a enamorarme de cuanta maestra tenía y cuanta amiga de mamá venía a casa. Pero de las longevas no.— Igual que a mi madre, aquellas mujeres me inspiraban cariño por la nobleza de sus sentimientos y por la fruición con que gozaban el rato que pasaban con nosotros. Tal vez en esos momentos fueran tan felices porque en las demás horas de sus vidas tuvieran muchas ocupaciones, de esas extrañas, infinitas, que suelen tener las personas responsables; y muchos frenos morales y muchas penas. Aunque el chistido fuera lo que más sobresalía, no quiere decir que debiera comentarse más que lo otro. Y sin contar que al nombrarlas así, se hacía una síntesis falsa de ellas: esa síntesis no incluía lo demás, sino que lo escondía un poco; y cuando uno pensaba en ellas, lo primero que aparecía en la memoria era el chistido y eso tenía un exceso de comentario. Yo me reía sin querer y después rabiaba.

Muchos años después me di cuenta que quería rebelarme contra la injusticia de insistir demasiado en lo que más sobresalía, sin ser lo más importante. Y si podía sobreponerme a ese ruido que cierta crítica hace en algún lugar del pensamiento y que no deja sentir o no deja formarse otras ideas menos fáciles de concretar; si podía evitar el

entregarme fácilmente a la comodidad de apoyarme en ciertas síntesis, de esas que se hacen sin tener previamente gran contenido, entonces me encontraba con un misterio que me provocaba otra calidad de interés por las cosas que ocurrían. Pero en aquel tiempo yo entraba en el misterio de aquellas mujeres, asombrado de que, si en las cosas que hablaban con mi madre demostraban agilidad, criterio, amplitud y sentido común para observar tantos hechos de los demás, ellas, y precisamente las tres, no percibieran otras cosas que a nosotros nos parecían tan fáciles de ver. Y no sólo me sorprendía lo del chistido y la costumbre de pasarse los puños apretados por los pómulos. El misterio empezaba cuando se observaba cómo se mezclaban en el conjunto de cosas que ellas comprendían bien, otras que no correspondían a lo que estamos acostumbrados a encontrar en la realidad. Y esto provocaba una actitud de expectación: se esperaba que de un momento a otro, ocurriera algo extraño, algo de lo que ellas no sabían que estaba fuera de lo común.

Cuando nosotros fuimos de confianza, nos hicieron pasar a otras habitaciones. Donde nunca podía ir nadie, era al fondo, donde estaban los pavos; ese lugar estaba defendido por unos gansos bravísimos, que enseguida corrían con escándalo increíble hacia el intruso y si no se retiraba a tiempo lo picaban; a ellas mismas solían correrlas y romperle los vestidos. Después de pasar por el patio, se entraba en una habitación que tenía piso de tablas anchas. Al pisarlas, cimbraban. Automáticamente contestaban a esas pisadas, chucherías todavía invisibles en la penumbra. La anciana madre, paralítica, estaba sentada en otra habitación, se veía enseguida porque las grandes puertas de comunicación estaban abiertas de par en par. Además, en la oscuridad se destacaba fácilmente su cabeza y pañolera blancas. Y todavía tomaba más fácilmente la atención, el movimiento constante y regular de su cabeza, que a uno

le hacía recordar irreverentemente, al de un juguete de cuerda. Todas hablaban fuerte y yo empezaba a reconocer los objetos de la habitación; eran tan amables y parecían tan cordiales como ellas. Allí el misterio no se agazapaba en la penumbra ni en el silencio. Más bien estaba en ciertos giros, ritmos o recodos que de pronto llevaban la conversación a lugares que no parecían de la realidad. Y lo mismo ocurría con ciertos hechos.

La anciana tenía más de setenta años y hacía muchos que estaba paralítica. Un hijo de ella, que se había matado —y que no era el loco— tuvo una actuación importante cerca de un político a quien todas ellas admiraban con fervor patriótico. Después de la muerte del hijo, el político fue a visitarlas; y ella, la anciana de casi ochenta años, compuso unos versos para recibir al político. En general los versos y también la prosa común, eran difíciles para mí: pero aquellos versos lo fueron mucho más: se remontaban a regiones de las cuales yo no tenía ninguna idea. Tampoco se referían a asuntos patrióticos de los que oía en la escuela y a los cuales estaba acostumbrado a no entender. Recién al final parecía que aquellas palabras aterrizaban en un campo en el que se podía ver algo; y asimismo la anciana decía muy vagamente la dicha que sentía de que existiera en el mundo aquel ser: el político.

Las longevas tenían entre un ropero una muñeca alta y delgada como ellas; pero negra y las motas de astrakán. La mostraban pero no la dejaban tocar a nadie porque había sido de una sobrina de ellas que había muerto. El primer día que estábamos en las habitaciones interiores, ellas se quedaron de pronto silenciosas y con gran tensión, porque mi hermana menor le había tocado la cola a un gran loro que estaba muy quieto sobre un pedestal. Creímos que hubiera peligro. Pero lo que ocurría era que ellas habían querido mucho a aquel loro y ahora lo

conservaban disecado. Después nos acostumbramos a aquel "totem" familiar, a quien ellas hablaban como si estuviera vivo. La que cocinaba imitaba su voz, como lo haría un ventrílocuo y contestaba por él.

Allí fue donde conocí a un músico, sobrino de ellas y a quien llamaban "El nene". Era ciego y tendría unos dieciocho años. Muy alto. Detrás de unos lentes negros, movía de la más impresionante manera, unos ojos tan desorbitados y aparecían de un tamaño tan sorprendente, que parecía que ya se le iba a saltar. Los párpados se habían agrandado y estirado mucho; pero no los podían embolsar en todo su tamaño. Era inquietante vérselos mover continuamente fuera de sus órbitas y recordaba el movimiento de los ojos de un rumiante vistos de perfil. No habría la menor exageración al afirmar que eran del tamaño de un huevo; no sólo sugería eso la identidad de dimensión sino también su forma ovalada. Me habían dicho y olvidé el nombre de aquella enfermedad. Pero lo que más me angustiaba era que el médico le había pronosticado que moriría cuando tuviera veintidós años, que a esa edad, aquellos ojos escaparían de sus órbitas. Hasta me dijo un médico —tal vez apremiado por la insistencia con que yo le preguntaba en qué época del año ocurriría— que el hecho tendría lugar más o menos en marzo. Afortunadamente sé que ha pasado de los cuarenta años.

Una noche, invitados por las tías —las longevas— fuimos a la casa de Elnene y lo sentimos tocar el piano. Para mí fue una impresión extraordinaria. Por él tuve la iniciación en la música clásica. Tocaba una sonata de Mozart. Sentí por primera vez lo serio de la música. Y el placer —tal vez con bastante vanidad de mi parte— de pensar que me vinculaba con algo de valor legítimo. Además sentía el orgullo de estar en una cosa de la vida que era de estética superior: sería un lujo para mí entender y estar en aquello que sólo correspondía a personas inteligentes.

Pero cuando después tocó una composición de él, un nocturno, lo sentí verdaderamente como un placer mío, me llenaba ampliamente de placer; descubría la coincidencia de que otro hubiera hecho algo que tuviera una rareza o una ocurrencia que sentía como mía, o que yo la hubiera querido tener. La melodía iba a caer de pronto en una nota extraña, que respondía a una pasión y al mismo tiempo a un acierto; como si hubiera visto un compañero que hacía algo muy próximo a mi comprensión, a mi vida y a una predilección en que los dos nos encontrábamos de acuerdo; con esa complicidad en la que dos camaradas se cuentan una parecida picardía amorosa. Yo había encontrado camaradas para otras cosas; pero un amigo con quien pudiéramos representarnos el amor en aquella forma era un secreto de la vida que podíamos ir atrapando con escondido regocijo de más sorpresas, de esas que dependen mucho de nuestras manos.

Aquello era mucho más lindo que tocar como tocaba yo. ¡Y yo que me creía tan original cuando tocaba por mi cuenta y encogía y estiraba a mi gusto una melodía! ¡Y nada menos que una Canción de Margarita! Que precisamente una noche que la toqué en casa estando las longevas de visita, ellas decían: "Pero ¡qué gusto tiene para tocar!" y "¡Mire que es linda la música!" Y aquella noche tan inmensamente lejana —y con algo tan cercano en el sentimiento de las cosas y de la vida, que no podría decir qué es y dónde reside ese extraño reconocimiento de mí mismo— cuando tocaba una mazurka que se llamaba Gorjeo de Pájaros, ¡qué vergüenza! Y lo que nos habíamos reído, porque mi hermanita —cuatro años, la que le tocó la cola al loro— muy apurada había dicho: "mamá decile que toque gorjeo de lechones". Y cuando la otra, la mayor, había recitado "Pobre María", una pobre desgraciada que se había escapado de la casa por las palizas de la madrastra, había pasado la noche al intemperie, en

invierno, con poca ropa; y al encontrarse frente a una puerta con un letrero tenía miedo que fuera la "prevención". Pero al final descubría que era un asilo. Entonces llamaba, abrían y ella se lo agradecía a la virgen. Lo decía frente a una puerta que daba al comedor; y en el momento en que ella decía: "pasos, abren, se adelantan", sin que nadie supiera nada, ni mi propia hermana, se abrió la puerta del comedor y aparecí yo, para darle más realidad a la escena. Había tenido semejante ocurrencia mientras ella recitaba; en puntas de pie había salido de la sala y dado la vuelta por otro lado. La consecuencia fue desastrosa, porque todos, que en aquel momento estaban conmovidos, ahora, al mismo tiempo que casi lloraban, también se reían y rabiaban: aquella broma había quitado todo el efecto a "la obra".

En aquel entonces yo tenía de doce a trece años. Una prima mía —también lejana— tocaba el piano. (Plegaria de Moisés, La Argentina te Lloro —nocturno dedicado a un aviador venido abajo— etc.). Era muy linda y por lo menos me doblaba la edad. (Otro amor secreto, pero con el agravante de que teníamos demasiada confianza y después mi timidez y que ella pensaría que yo había interpretado mal la confianza. Además era muy burlona).

Una tarde que había mucho sol y era carnaval, aparecieron disfrazadas, en casa, cuatro mujeres altas; y enseguida descubrimos a las longevas. Pero como ellas eran tres, teníamos que descubrir la cuarta, que no hablaba ni una palabra. Bueno, resultó que era el cieguito, Elnene. Vino después muchas veces a casa y allí conoció a mi prima. (Fatal coincidencia: él también se había enamorado de ella). Una de las veces que bailó con ella le dejó un papel en la mano. Era la letra de un estilo que había compuesto para ella. ¡Cuánto lo envidiaba yo! Él había tocado antes el estilo; pero claro, sin decir a quién lo dedicaba. La letra era de este tenor: (También lo había cantado).

Soñé una noche que me decías
Con voz velada por la emoción
Tuya es mi alma, tuya es mi vida,
Tuyo es entero mi corazón.

Aquella tía lejana, se llamaba Petrona. Se reía siempre de las longevas, parodiaba a una de ellas poniéndose "dura y fruncida" y siempre recordó las palabras que aquella decía a su sobrino: "Nene, tocá tu nocturno". Como de costumbre, yo rabiaba. Pero un día empecé a pensar que Petrona, a pesar de no sentir el nocturno, ni comprender ni estar en eso, ni ambicionar ninguna situación ni estado estético como el que gozábamos nosotros, sentía algo y a su manera, de lo que ocurría en los que oían o gustaban ese momento de arte. Como muchas personas sin cultura intelectual —ella apenas leía el diario— al estar entre personas "instruidas", tenía tensión de espíritu; se adivinaba que en esos momentos cargaba demasiado su batería; y cuando había oportunidad de reírse, descargaba con violencia su risa, que era más convulsiva y duraba más rato que la de los otros. Igualmente ocurría cuando en la conversación aparecía una persona que se hubiera encontrado en situación un tanto difícil o propensa a caer en ridículo. La simpatía del estado de Petrona con el de la persona en cuestión, influía directamente sobre sus acumuladores y esperaba con retenida impaciencia —aún sin ella saberlo— la oportunidad de soltar intermitentes explosiones de risa. Precisamente, si las convulsiones de su risa inquietaban tanto, era porque se percibía el esfuerzo por contenerlas. Su risa era aspirada y sus convulsiones medio desahogadas y medio tragadas —alguien decía "degolladas"—. Tal vez, ese afán de contener su risa presionando desesperadamente sobre todos sus frenos musculares, respondía a su propósito de no hacer "papelones", de no mostrar una risa chabacana. Y así, luchando con su

risa ofrecía un espectáculo impresionante y extraño. En ese espectáculo, no sólo aparecía la reacción de la persona que llamamos sana, saludable, que nos presenta gran riqueza de energías y que al iniciar su contacto con ambientes superiores a los que está acostumbrada a actuar, esas energías se vuelven sobre sí mismas, frenadas por pudor, porque percibe la diferencia de ambiente y desea esconder su historia, o porque sabiendo que la descubren y que da el espectáculo, le es simplemente violento penetrar en un ambiente distinto; sino que Petrona también ofrecía un misterio que escondía cierto matiz brutal, persistente, burlón. Si por un lado era generosa, abnegada, consecuente en los cuidados y trabajos que se tomaba por nosotros —estaba en casa antes de nosotros nacer— también se burlaba continuamente y se le ocurrían bromas crueles. Cuando yo tenía tres años, una noche en que me habían dejado solo y con la luz prendida, vi aparecer por una puerta gris y entreabierta, algo como una gran pata negra de araña moviéndose; y era ella que se había forrado la mano y el brazo con una media negra y la asomaba haciendo contorsiones. Recuerdo muy bien esta impresión.

Y en casa decían que creyeron que me enloquecía.

Ella tomaba con dos dedos un sapo y lo levantaba hasta mostrar la barriga blanca. Yo tenía miedo porque ella misma me había dicho que soltaban un fuerte chorro de orín, que daba en los ojos y que dejaba ciego. Una noche de lluvia, después que yo estaba acostado vino a mi cama y vi que levantaba las cobijas apresuradamente; enseguida sentí en los pies la barriga fría y viscosa del sapo. Algunas noches después, mi madre notó un ruido raro después de apagada la luz; prendió rápidamente un fósforo y descubrió que yo dormía con los pies y las piernas para arriba, pegados contra la pared. Ahora vuelvo a sentir un poco la angustia de cuando apagaban la luz, de

cuando la mecha de la lámpara dejaba escapar los últimos hipos; y que al final, después de casi apagada del todo, el último hipo tardaba más pero era más grande y ya todo quedaba completamente oscuro. Entonces empezaba a ver sapos en mi cama y a poner los pies en la pared. Mi madre me llevaba para su cama y mi padre venía a la mía. Cuando mi madre estaba por dormirse, yo le daba un codazo para que no se durmiera porque seguía sintiendo miedo a los sapos.

Petrona contribuía a malcriarnos porque era muy buena y nos hacía todos los gustos. Y esto desde la mañana hasta la noche. Todavía en la noche nos llevaba a todos la bolsa de agua caliente o el porrón. Una noche, cuando todos volvimos del teatro —y mi hermanita, la del loro, tendría cuatro años— nos encontramos, como de costumbre con las camas calientes. Y a mi hermanita le había puesto, además, la muñeca y un pequeño porrón de tinta con agua caliente a los pies de la muñeca. Cuando mi hermana mayor —la de "Pobre María"— tenía unos nueve años, la retaban porque siempre andaba corriendo y "hecha una chiva". Petrona le dijo que si corría le saldrían cuernos, como a las chivas. Y esa tarde, que llovía e hicieron tortas fritas, Petrona hizo con masa un gran cuerno frito y se lo llevó. Después, mi hermana caminaba despacio, en puntas de pie y se tocaba la frente.

Aunque Petrona no había cultivado su sentimiento estético en el arte, en cambio tenía desarrollado el sentido estético de la vida, en ciertos aspectos del comportamiento humano. (Claro que ella no le hubiera llamado sentido estético. Tal vez nunca haya pronunciado la palabra "estético"). Tenía el concepto de lo que era lindo y de lo que era feo, de lo que estaba bien y de lo que estaba mal. Y todo esto sintetizado en la palabra "papelón": se trataba de hacerlo o de no hacerlo. Tenía una sensibilidad es-

pecial para que ciertos hechos, le hicieran cosquillas. Y de ahí su constante risa atragantada. No nos hubiera bastado el criterio de que aquella burla fuera una reacción secreta de venganza contra las personas de otra cultura. Parecía que sobraba algo, que este criterio fuera sobrepasado y que con él no alcanzáramos toda la realidad de su persona. También provocaba el pensamiento de que en aquella burla o reacción tan gozosa, había escondida una extraña forma temperamental, que ella no podía menos que abandonarse continuamente a esa tendencia suya y que estaba al mismo tiempo condenada a estarla deteniendo siempre. En total podría decir que nos sería difícil encontrarla —en el sentido de comprenderla— si la buscábamos con criterios o sentimientos comunes y que nos sentiríamos siempre tentados a postergar el juicio que de ella quisiéramos formarnos. En cambio, ella, pronto, inmediatamente, se lo formaba de los demás. Realmente ella era una persona muy equilibrada. (Aunque a veces, bajo las más grandes apariencias de equilibrio encontraríamos las locuras más sorprendentes o los misterios más inescrutables). Desde su equilibrio, desde cierta frescura que le daba el no haber sido interferida por ninguna teoría estética o de alguna otra clase —que quizá hubiera tentado a su espíritu a quedarse con algo que podía resultar una pequeña extravagancia o alguna rara predilección— y sobre todo desde su misterio, observaba a los demás y descubría con gran facilidad, precisamente, la menor extravagancia a que una persona se hubiera entregado. Así que en una reunión de arte, entendía de las actitudes que tomaban los demás. Y entonces su gran posibilidad de burla.

Quizá ocurriría, que aquéllos cuyos sentimientos, recuerdos o predisposiciones les hicieran acudir con una actitud más o menos profunda, espontánea o sincera al ins-

tante del arte, no pusieran caras o poses interesantes. De los que no tuvieran el espíritu dispuesto a concurrir a esos momentos de una manera más o menos profunda o continuada —ya porque fueran solicitados por cosas ajenas al arte, ya porque en aquel momento se sintieran por debajo o por encima de él, ya porque sus temperamentos o circunstancias no los dejaran detenidos de algún modo en el arte— de entre éstos, habría quienes aprovecharían la oportunidad para componer poses seductoras, sugestivas o atrayentes. Hasta es posible que compusieran esas poses tomando en cuenta algo del presente; y que con caprichosas alternativas de la atención, adquirieran una pose que tuviera que ver con el estado que ahora provocaba el arte; o que se dejaran invadir por el arte con intermitencias que no les interrumpieran la composición de sus poses. Pero también ocurrirían otras cosas muy extrañas. Habría personas que sentirían el instante del arte con nobleza, se entregarían a él con toda la profundidad de que eran capaces sus almas; y sin embargo, tendrían poses extravagantes. No se podía pensar que quisieran especular con sus poses, que tuvieran la intención de llamar la atención en alguna forma. Pero es posible que en la adolescencia, cuando hubieran sentido por primera vez que el arte era sublime y que el momento de sentirlo era solemne, se hubieran soñado a sí mismos con una actitud que correspondiera a ese sueño adolescente; y esa actitud se les hubiera quedado como dormida u olvidada. Y después, siempre que apareciera aquel momento sublime y aquel estado solemne, traería, junto a aquel primer sentimiento, los movimientos o poses que el arte mismo les habría sugerido cuando se soñaron a sí mismos con el primer sueño, en el cual crearon, con ingenuidad e inocencia, los ritos o trajes espirituales para el oficio del arte. Y después, aunque les hubiera crecido el sentimiento estético y hubieran podido darse cuenta que aquella pose era extravagante,

ya no podrían pensar tanto en sí mismos, si es que en el momento de sentir el arte tuvieran la necesidad de un sueño más profundo. Por eso las poses quedarían en lo de afuera de esas personas —y ellos no tendrían espejo ni conciencia para verlas—. Esos movimientos o posturas habrían nacido y vivido en esas almas como otros movimientos nacieron y vivieron en los hombres primitivos; y cruzarían todas sus vidas como séquitos de costumbres de fidelidad estática.

Casi no tendría objeto llamar aparte a una de esas personas —por más amiga que fuera— y decirle que su pose era extravagante; porque parecería que profanáramos ritos de extrañas y particulares significaciones. Además, llegado el momento de oír música, por más prevenidos que estuviéramos, el arte invitaría a aflojar los frenos de la autocrítica, se produciría como una convencional libertad de relacionar el sentimiento del arte con nuestra historia sentimental y se permitiría y se justificaría la distensión de nuestros músculos y el abandono de nuestra conciencia —si ese abandono no era muy exagerado, o mientras no se notara que escondía la intención de tener un abandono original: el que observara los momentos en que se pasara al estado provocado por el arte, vería cómo naturalmente se iban esfumando poco a poco los límites en que se vivía un rato antes.

Algunos sabrían que sus poses eran observadas; entonces prepararían una postura neutra, pero cómoda, para poder abandonarse a oír tranquilos, alejándose en esta forma de los presentes. (Otros, imitando a estos últimos, se prepararían como para dormir).

Todos estos hechos hacían cosquillas en la sensibilidad de Petrona. Y si es cierto que había personas que entendiendo poco de arte escondían su incompreensión —o trataban de comprender— recurriendo demasiado predominantemente, a las anécdotas o a las actitudes de los artis-

tas para *deducir* el arte, Petrona se dedicaba exclusiva y francamente a la observación de posturas. Y así volvían los borbotones de risa a medio desparramar.

Habíamos ido a Las Piedras con mi madre, a casa del cieguito; y a la hora de cenar yo dije algo que causó vergüenza y confusión a todos. La gente decía que mi madre me tenía muy educadito. Yo era tan pronto muy nervioso, o muy aplastado; muy excitado, o inerte, somnoliento. Yo también cargaba mis baterías y las descargaba de golpe; pero muy a menudo a propósito de una insignificancia y con gran extrañeza de todos. Y de pronto aparecía distendido, distraído, abandonado a la luna cuando el tema era de verdadero interés. Tan pronto angustiosamente tímido como sorpresivamente violento, o audazmente atrevido. Pero constantemente torpe. Terminada la cena —aquella gente era tan buena, atenta y profundamente noble como las longevas— y cuando todos nos paramos, yo me apronté para soltar un brillante agradecimiento. Y dije: "Muchas gracias, aunque no es mucho. . ." Y así quedó sin terminar la frase en la que hubiera querido explicar, que decir gracias no era mucho, ni siquiera nada, frente a tantas atenciones. En el desconcierto, hubo balbuceos incoherentes —tal vez ofrecimiento de más comida—. Mi madre estaba consternada y yo rodeado de una luminosidad roja que salía de una gran pantalla encarnada, con flecos y con una luz muy fuerte.

Nos quedamos en aquella amable casa hasta el otro día por la tarde, después de haber cumplido el motivo de nuestra estadía: la presentación de Clemente Colling. Éste era el maestro de piano y armonía del cieguito. Entre las longevas y Elnene, había sido combinada esta reunión.

Clemente Colling era conocido por "El organista de la Iglesia de los vascos" o "El ciego que toca en los Vascos", etc. De allí su fama. Algún tiempo antes de esta reunión, me habían llevado a oírle un concierto de piano

que dio en el Instituto Verdi. Era de los primeros conciertos que oía en mi vida. Mi entusiasmo y mi manía de ir demasiado temprano a los espectáculos, nos colocó en la puerta de la sala mucho antes de que la abrieran. Después, apoyado en la baranda de tertulia, empezaba a sentir ese silencio de sueño que se hace antes de los conciertos cuando falta mucho para empezar; cuando lo hacen mucho más profundo los primeros cuchicheos y el chasquido seco de las primeras butacas; cuando se espera oír y sin embargo es más lo que se ve que lo que se oye; cuando el espíritu, sin saberlo, espera trabajando; cuando trabaja casi como en el sueño, dejando venir cosas, esperándolas y observándolas con una distracción infantil y profunda; cuando de pronto se hace esfuerzo para suponer lo que vendrá y se mira por centésima vez el programa; cuando se repasa la vida de uno y se aventuran ilusiones; cuando uno siente la angustia de no estar colocado en ningún lugar de este mundo y se jura colocarse en alguno; cuando uno sueña llamar la atención de los demás algún día y siente cierta tristeza y rencor porque ahora no la llama; cuando se pone histérico y sueña un porvenir que le adormece la piel de la cabeza y le insensibiliza el pelo; y que jamás lo confesaría a nadie porque se ve a sí mismo demasiado bien y es el secreto más retenido del que tiene algún pudor; porque tal vez sea lo más profundo del sentido estético de la vida; porque cuando no se sabe de lo que es capaz, tampoco se sabe si su sueño es vanidad u orgullo.

Mirando al escenario, sentí de pronto aquel silencio como si fuera el de un velorio. El gran piano era todo blanco. Los pianos negros nunca me sugirieron nada fúnebre; pero aquel piano blanco tenía algo de velorio infantil.

Había entrado mucha gente y el murmullo era mucho más subido. De pronto, el corazón también se subía; pero

de golpe. Se apagaron las luces de la sala; y todavía un rato más. En vez de aparecer en escena un solo hombre, aparecieron dos: no pensé que siendo Colling ciego, era muy natural que otro lo trajera hasta el piano. Pero se detuvieron antes de llegar al piano y Colling hizo un extraño saludo: al principio parecía que iba a ser de frente y después se volvía hacia un costado. Años después, me dijo que aquel saludo era muy elegante y que se lo habían enseñado en París. Después de sentado en el piano le habló, sonriente, al que lo acompañaba. El acompañante se fue, él tosió y se llevó la mano a la boca juntando los dedos de una manera muy extraña. Su cabeza gris, de pelo aplastado y peinado con raya a un lado, brillaba arriba y tenía mucha sombra debajo. Solamente recuerdo cómo tocó una balada de Chopin —y que también me juré aprender—; y del final, en que de acuerdo con el programa pidió al público cuatro notas en forma de tema para hacer una improvisación.

En escena había aparecido absolutamente distinto a como me lo había imaginado. Y en la reunión de Las Piedras, muy distinto a como lo había visto en escena.

Sin embargo, el recuerdo de esa primera reunión es muy vago. Algunas noches —muchos años después— tuve el capricho de querer recordar exactamente, dónde y cómo estaba colocado, cómo lo vi por primera vez y qué me dijo al principio. Entonces, trataba de imaginármelo en un lugar determinado de aquella sala, para ver si coincidía con el lugar real que hubiera ocupado por primera vez, para ver si el recuerdo se me aclaraba; intentaba inventarme un lugar de la sala donde hubiera sido posible que hubiera estado sentado, para ver si se producía alguna simpatía entre lo que imaginaba ahora y lo que fue realmente; porque esperaba que coincidiendo, se me hiciera más preciso el recuerdo. Pero fue inútil, no sólo no encontraba lo que buscaba, sino que hasta se me confundía

la sala. De pronto me encontraba con que se fundían impresiones posteriores. Deduzco que debía estar sentado cerca del piano y creo que hube de esperar a que diera primero la lección el cieguito y que después entramos nosotros. Ni recuerdo que en aquel primer encuentro hubiera percibido su desaseo. Lo más posible era que estuviera próximo al piano porque pasé muy cerca de él antes de sentarme a tocar.

Debo afrontar cuanto antes la vergüenza de confesar, que en aquella época, yo también tenía mi nocturno. El me dijo: "La semilla está; pero hay que cultivarla." Además de recordar esta frase por lo que tenía que ver con mi vanidad, también la recuerdo porque me pareció vulgar y por las cosas que yo seguía pensando cuando le veía su cabeza un poco inclinada y al mismo tiempo sin estar frente a mí, sino para un lado. En el otro lado apoyaba un codo contra el cuerpo, tenía doblado el brazo para arriba y tomaba el cigarrillo con tres dedos —y levantaba los demás como si lo que tomara fuera una masita—. Al hablar, estiraba o ampollaba la parte de la boca que iba desde el borde fino de los labios hasta las hornallas de la nariz, que se ensanchaban al llegar a la cara. En esa región movable que estaba debajo de la nariz y que era muy grande, tenía dos manchas marrón oscuras; y después de haber pasado mucho tiempo, me di cuenta que esas manchas eran del humo del cigarrillo que le salía por la nariz.

La frase de Colling, que tan vulgar me había parecido, me hizo pensar por un instante, al estilo de como pensaban algunos o muchos jóvenes de aquella época. Estaba como de moda esta forma de reflexión: "¿Qué quieres que sea tal individuo si hace tal cosa?" Aquel momento o desilusión frente a Colling casi equivalía a decir: "El hombre que dice semejante vulgaridad, no puede ser un crítico de arte." "Si su frase es tan vulgar, su arte también lo

debe ser." Es posible que en muchos casos acertara —y que éste fuera uno de ellos—; pero con seguridad que era una forma hecha del pensamiento, que podía dar lugar a errores crueles y que inhibía para seguir pensando u observando con respecto a una persona; y además, una de las verdades más visibles era que en un mismo individuo pudieran encontrarse las cosas más contradictorias. Precisamente, el que yo hubiera encontrado o pensado en ese error de los otros, no era por sutileza de observación de mi parte, sino sencillamente porque a mí no me convenía; porque si fueran a juzgar toda mi vida o mi persona por algunos hechos, encontrarían con razón que era decididamente un imbécil. Además, ese error no era de mi estilo: yo tenía otros; ésa no era mi manera acostumbrada de soliviantarme para opinar; y me daba pereza y me costaba mucho esfuerzo la postura de pensamiento que no coincidía con mi estilo de equivocarme. Por otra parte, hoy me encuentro con que si la frase de Colling era vulgar, ¡había que haber oído mi nocturno! Y supongo mejor la posición de Colling, porque mucho tiempo después, yo también he oído y juzgado los nocturnos a otros. Total, que yo mismo, si en aquella época podía tener alguna vaga experiencia en alguna clase de errores, en cambio en música, no tenía ninguna. Al mismo tiempo estaba con el alma inclinada hacia Colling, me seducía todo lo que tenía de ingenuo, de pintoresco, su cordialidad sinceramente bien predispuesta; parecía que su corazón se moldeaba fácilmente con una franca espontaneidad a cualquier vuelta nueva de la vida. Como todos, se había inventado una sonrisa artificial para un cumplimento; pero parecía que ese artificio lo empleaba con gusto, que estaba deseando que fuera del todo natural y tener motivos para ser sincero. También me seducía su ciencia, su inmensa sabiduría de músico. Por lo menos a mí me parecía un sabio. Y a pesar de lo fácil que era ver algunos

de sus sentimientos, de la inexplicable gracia que le hacían ciertas cosas, de sus ingenuos arrebatos de orgullo, de la seriedad de sus despampanantes mentiras, a pesar de todo, yo empezaba a internarme en muchos misterios que me empezaron conociendo su persona. Sentía que iba a conocer de cerca, que se me iba a producir una amistad, un extraño intercambio, con un personaje excepcional, que además era ciego. Sé que en los primeros momentos empezaban a ser misterio, detalles insignificantes, tal vez demasiado físicos, objetivos; ¡pero eran tan extraños, tan desconocida la historia de aquellos movimientos! Sin embargo, después yo los haría coordinar muy bien con mi manera de suponerme otro misterio: el de su ciencia. Pero mi ignorante atrevimiento no llegaría al extremo de coordinar otros misterios: el de cómo serían todos los sentimientos que manejaban aquella ciencia. Ni sabía —y hallaba placer en no saber— qué misterio habría en cada ser humano puesto en el mundo —en un ser humano como Colling, por ejemplo—; qué misterio me sorprendería primero, cómo sería yo después de haberlo sentido, o qué le pasaría a mi propio misterio.

Aquella primera tarde y muchas otras, yo me quedaba callado mirándolo; confundía tal vez lo de que era ciego, procediendo como si también fuera sordo; o tal vez me desconcertara verme escondido ante sus propios ojos y en plena luz del día; o era él que se escondía detrás de sus párpados; o sencillamente procedía con una naturalidad desconocida para mí porque yo no sabía cómo era no tener vista; o él procedía con las reacciones comunes que le provocaban los videntes; procedería estando acostumbrado a la curiosidad ajena y se le confundirían de una manera extraña lo de él y lo del mundo, porque en última instancia no podríamos saber cómo serían sus sensaciones y su sentimiento de las cosas con una cualidad mental en la que no entrara la vista.

De pronto se empezaba a reír como si me hubiera estado mirando. Entonces él contaba: recién en la peluquería uno leía un anuncio del domingo —el domingo próximo él tocaría el órgano en la iglesia de Las Piedras— y el que leía decía a los otros: "Va a tocar un tal Colling, dicen que es un tigre." Y Colling se reía con muchísimas ganas porque el que hablaba pronunciaba mal su nombre. Él decía que su nombre era inglés y que acentuándolo en la primera sílaba y haciendo apenas el sonido de la g se pronunciaba correctamente. Muchos como sabían que él era francés le decían "Mesié Colén". Él también toleraba esta manera y era la que empleaban todos los franceses. Pero el de la peluquería lo había pronunciado con la "ll" como "y", al estilo rioplatense, como si dijera "pollito"; además lo había acentuado en la "i" y había pronunciado la "g" con una larga ferocidad de "j", poniendo la boca como fiera que muestra los dientes. Si en realidad esto era gracioso, mucho más extraño era cómo él acentuaba las palabras. Contándonos cómo una niña vidente, que había ido al Instituto de Ciegos y que viendo a las niñas ciegas ella también quería ser ciega, decía: "y entonces la muchachita se echaba *jabón* en los ojos" y nosotros, al mismo tiempo que nos reíamos del procedimiento del jabón, nos reíamos de lo extraño que quedaba la palabra tan mal acentuada y de la inconsciencia e ingenuidad tan infantil con que él se reía e ignoraba su falta.

Cuando me dejaban solo con los dos ciegos y ellos conversaban, no tenía en cuenta constantemente que eran ciegos; y de pronto me sorprendía que tomando la conversación un giro o una actitud íntima, ellos no se miraran, ni hicieran movimientos correspondientes a lo que estamos acostumbrados a ver en las personas que tienen vista; y así, ellos creaban a mis ojos una nueva forma de movimientos correspondientes a la conversación. Sus cabe-

zas inquietas, casi continuamente movibles, se iban poniendo de costado, como si miraran con las orejas; pero el que emitía las palabras ponía la cara de frente, hacia la oreja del otro; y cuando el diálogo era entrecortado había confusión e inquietante movimiento de cabezas. Entonces se acercaban al piano. Pero cuando hablaban de composición, y por ahí, de sensaciones sonoras, de sentimientos, del arte y de la ciencia, la conversación parecía más secreta; porque iban a lugares donde yo tenía pocos pensamientos, pocas experiencias. Sin embargo, en mi curiosidad siempre expectante, era continuamente despertado, provocado por vagas sugerencias, que si bien algunas acertaban a mezclarse en los caminos de ellos, otras me dejaban despistado, perdido, pero con la ansiedad de volverlos a encontrar. Y a medida que se acercaba la noche —ellos no necesitaban luz— yo seguía los movimientos de ellos que iban siendo manchas movibles junto a la otra grande, la del piano. De un gran baúl abstracto seguían sacando juguetes abstractos, que para mí, además de ser sonoros, tenían color. Pero yo no me daba cuenta que los acordes o formas que yo sentía, también se diferenciaban de las que ellos oían, en que las mías tenían color; y hasta como aquella niña que se echaba jabón en los ojos para quedar ciega, por algún instante, sintiéndolos a ellos, me iba un poco hacia su religión —su falta de vista y su entendimiento mutuo me sugería algo así como una religión—, y pensaba que tal vez, en lo más hondo de lo humano, la vista era superflua. Pero enseguida me horrorizaba este pensamiento, y recordaba el encantamiento que ellos tenían como sombras. De pronto, en la penumbra, me sorprendía la mano de Colling puesta hacia abajo, con los dedos juntos como si fueran a espolvorear algo, como un cono invertido; después daba vuelta el cono, se llevaba la punta de los dedos a la boca y era que de adentro del cono salía un cigarrillo muy blanco: se veía en el mo-

mento que arrugaba el labio superior para colocárselo. Y no se podía dejar de ver cómo encendía el fósforo. A la primera bocanada de humo, tosía y se llevaba la mano a la boca. Yo ya sabía de memoria cómo era su mano atajando la tos, cómo eran de gruesas las ligaduras negras que tenía al borde de las uñas, y todo esto estaba lleno de un inmenso encanto de ver; y tenía encanto el recordar esas mismas tardes cuando el sol iba dando en aquella sala, en el ambiente misterioso que hacían ellos; y los reflejos tenían un sortilegio y un sentido de la vida que después nos haría pensar que todo aquella parecía mentira, una mentira soñada de verdad. Y cuando más lejos se iba el sol, más sorpresas de manchas, no sólo sugiriendo o recordando las formas que se habían visto hacía un instante, sino también los colores y el sentido de los objetos que se iban cobijando de sombras.

Yo, con egoísmo del que posee algo que otro no posee, pensaba en el goce de estar en la noche, después de acostado, recibiendo el ala de luz de una portátil de pantalla verde que diera sobre un libro en el que uno leyera y tuviera que imaginarse color, una escena en los trópicos, con mucho sol, todo el que uno se pudiera imaginar, sobre las montañas y sobre todos los verdes de la selva. Pensaba en toda una orgía y una lujuria de ver; la reacción me llevaba primero a la grosería de la cantidad y después al refinamiento perverso de la calidad; desde las visiones próximas o lejanas cegadoras de luz, en paisajes con arenas, con mares, con luchas de fieras, de hombres, hasta el artificio del cine; y el cine, desde un choque de aviones, hasta una de esas fugaces visiones que aparecen fugaces al espectador pero que a las compañías cinematográficas les cuestan lentitud y sumas fabulosas; después, la visión de toda clase de microbios moviéndose en la clara luna de un lente; y después todo el arte que entra por los ojos;

y hasta cuando el arte penetra en sombras espantables y es maravilloso por el solo hecho de verse.

En la noche, antes de dormirme, suponía la tragedia de los ciegos; pero —y me resultaba muy curioso— esa tragedia de ellos no me la podía suponer sin imágenes visuales.

Colling había hablado con el cieguito, el cieguito con sus familiares, uno de sus familiares con las longevas, las longevas con mi madre, mi madre con mi padre, estos dos últimos conmigo y Colling vendría a darme clases de armonía; cobraría un peso por lección, teniendo en cuenta que, etc., etc. En ese tiempo vivíamos en una casa de altos de la calle Minas. Una tarde llegó Colling con su lazarrillo, que se llamaba Fito. Colling daba su mano blanda; y siempre su sonrisa, una conversación ingenua pero imprevisible. Su cigarrillo, la tos, la mano, las uñas, las manchas marrones debajo de la nariz, la posición un tanto egipcia con la cabeza doblada para un lado y del otro lado el brazo doblado para arriba sosteniendo el cigarrillo; la oreja pegada a la cabeza, pero larga, con un pabellón tan ancho como el resto de la oreja y más largo que en las demás personas. Toda la oreja era muy parecida a unos bizcochos fritos que hacían en casa y que le llamaban lentejuelas. La estatura un poco de regular para abajo; la cara apenas un poco más larga que redonda. Nunca pude saber bien cómo era la forma de la cabeza, porque según del lugar que se mirara era de diferente su forma: ya de tamaño regular, ya agrandada de atrás, ya redonda, ya la de un diplomático, o comerciante, o maestro de armonía, ya la de Colling, ya otra que no era la de Colling. ¡Ah! me olvidaba de una mano, la que no tenía el cigarrillo, o justamente la que acudía cuando la tos: cuando estaba sentado la tenía descansando en el muslo, pero con la palma para arriba.

La primera lección de armonía fue corta; pero para mí locamente interesante. Él daba la clase de armonía, tocaba una pieza de piano y hacía un cuento. La lección de armonía era según un método propio. La pieza que tocaba, generalmente de un francés, Widor, Saint-Saëns, Lack, etc., era más o menos agradable, superficial, pero raramente estructurada en su forma rítmica —por lo menos así la ejecutaba él—. Tocaba todas las partes como si mostrara una casa para alquilar: aquí la sala, aquí el comedor, la cocina, etc. No la hacía vulgar —por más cursi que la obra fuera— sino rítmica y tomando en cuenta, en la secuencia de la ejecución, la presentación y desarrollo de una idea desde el punto de vista de la composición. Era, además, como si dijera: "primero así, después así y finalmente así. Bueno, por hoy hemos comido". Tampoco era del todo mecánico; era un gustador habituado a una rara organización: ni injusto, ni frío, ni muy entusiasmado. Muy parecido a algunos críticos literarios. A mí me intrigaba mucho y pensaba que nunca podría saber cómo era aquello tan extraño de su persona.

El cuento era ingenuo. Casi siempre se refería a la época de su adolescencia, cuando estaba de pupilo en un colegio católico de ciegos, en París. En la clase había un niño que le había descubierto no sé qué cosa. Y él se había dicho para sí "Yo te voy a *aprender a ser delátor*." Entonces le había pedido al *delátor*, que cambiara con él de banco de clase: Colling fue al lugar del *delátor* y el *delátor* al de Colling. Cuando el hermano —así le llamaban al cura preceptor, que también era ciego— preguntó por Colling y se refirió a la lección. Colling no respondió. Cuando el hermano, después de mucho llamarlo y preguntarle y Colling no responderle, se puso furioso, fue al banco de Colling pero le pegó un formidable bofetón al *delátor*.

Al contar esto, se reía desaforadamente. (La tos, la mano, las uñas.)

Antes de irse, yo le daba el peso. Él lo estiraba, lo doblaba en dos muy simétricamente; después en cuatro y después en ocho; lo ponía en un bolsillo de arriba del chaleco; sacaba otro, doblado en la misma forma que tenía en el bolsillo del pantalón y lo ponía en el otro bolsillo de arriba del chaleco. Todo esto en medio de un silencio absoluto. Como siempre los combinaba de manera distinta, nunca pude descubrir la clave ni el por qué de ese transporte de pesos. Después daba la mano blanda, caliente, viscosa y hacía la sonrisa. Yo lo quería mucho. Enseguida que se iba, venía Petrona chapaleando su risa y limpiaba el piano con agua Colonia, pues el teclado había quedado sucio con pedacitos de tabaco; también abría las ventanas. A decir verdad, el descuido de Colling no me llamaba la atención —ni me llamaba ciertos conceptos hechos— como a los demás. Yo no lo observaba continuamente, o lo olvidaba enseguida; para mí era una cosa de él, que le ocurría a él, pero que no la relacionaba tan estrictamente con los demás, ni con las leyes sociales. Era, sí, una cosa rara; pero específicamente de él, que tenía que ver con su historia y en la que nosotros no debíamos intervenir en forma demasiado rigurosa o dedicando los mismos conceptos que le dedicaríamos a otras personas. Mi impresión de todo eso no era muy precisa y me fastidiaba la insistencia de los demás con respecto a eso. Tal vez, porque estaba mal predispuesto a la crítica que hacían en casa: tomaban demasiado en cuenta algunas cosas, porque no sentían tanto como yo, otras. Y también yo reaccionaba contra ciertas verdades, porque esas verdades habían sido, en un principio, expuestas exageradamente.

Una tarde llegué a casa y me encontré a Colling sentado en el comedor y a Petrona que le estaba mostrando un

trapo azul, después uno verde y uno rojo. Resultaba que Colling veía los colores. Estaba colocado en un lugar de mucha luz y nombraba los colores después de mucho rato y mucho esfuerzo. Además esta búsqueda del color la hacía con un solo ojo, pues no sólo era ciego, sino también tuerto: el otro ojo se lo habían sacado en una operación en la que habían intentado darle vista. Ahora, mientras trataba de adivinar los colores, revolvía esforzadamente el ojo único arrastrando una nube blancuzca, rosácea y un montón de hilillos rojizos. A través de todo esto nosotros también adivinábamos que el ojo era azul. Nunca dejaba de acertar con el color que se le mostraba; pero no se podía hacer muchas veces la prueba, porque se le fatigaba el ojo único. De cuando en cuando sacaba el pañuelo para limpiarse el párpado cerrado sobre el hueco en que había vivido el otro ojo. Había empezado a perder la vista a los cinco años; y a los once ya había quedado como ahora. Mucho tiempo después nos dijo que hacía poco le habían propuesto, y con más probabilidad de éxito, una nueva operación; pero que él no tenía interés. Y cuando Petrona le preguntó por qué no había querido, él respondió: "Para ver a mujeres tan feas como *usted*, mejor me quedo como estoy."

Si él era poco amable con ella, era porque ella ya le había hecho muchas. Cuando se le invitó a almorzar, las primeras veces se le dio vino; pero como nosotros no acostumbrábamos a tomarlo diariamente, un buen día no había. Entonces él lo pidió; y nosotros lo mandamos buscar. Otra vez que no había y él pidió, Petrona le alcanzó un vaso de agua diciéndole que era vino. Él se lo tomó callado la boca y Petrona empezó con su risa. Otras de las veces que no había, que él lo pidió y que Petrona le alcanzó un vaso de agua, él primero metió el dedo índice en el vaso de agua y después se lo chupó.

Colling quería que nosotros creyésemos que él había

estado dos veces a punto de casarse y que con diferencia de un día o de horas, antes del casamiento, había dado la casualidad que la novia se le había muerto: una por enfermedad y la otra por accidente. Petrona descargaba toda su risa y se había propuesto descubrirle las mentiras. Una vez Colling contaba que había una monja que tenía *bigotes*. Petrona le preguntó: "Y usted ¿cómo lo sabía, maestro?" Y él: "Porque se los *pálpe*."

La tercera vez había logrado casarse. Pero había dejado la mujer y dos hijos mozos en París, para hacer una gira de conciertos. En Buenos Aires un empresario lo había dejado plantado. Entonces vino a Montevideo.

Su padre "era un gran señor muy distinguido". La madre "una mujer muy vulgar, era lavandera". Y enseguida agregaba: "Yo salí a mi padre."

Yo no quería pensar, ni hubiera querido darme cuenta, que la ilusión que tenía de Colling sufría algunas alternativas. Durante esos instantes —como el que hablaba con desprecio de la madre—, me ocurrían cosas que tampoco hubiera querido recordar. Generalmente, cuando se producía una de esas alternativas, yo atinaba a suspender el juicio o el concepto que enseguida se me empezaba a hacer; no dejaba adelantar ese motivo de contrailusión, me decía —pensando en él— "¡pobre!" y me preparaba a justificar u olvidar aquel hecho. Y entonces, aunque las palabras o gestos de él, siguieran recordados, se les iba apagando o transformando aquella intención primera, se iba desvaneciendo aquel primer mal pensamiento que tan pronto había concurrido al lugar del hecho y que amenazaba con seguir acompañando lo que después sería un mal recuerdo y hasta aumentar su mala voluntad.

Si aquel pensamiento hubiera sido un ser que quería llegar a una isla, mi ilusión inundaría la isla para ahogar aquel pensamiento. Y así como de pronto me encontraba

con una isla, así de pronto hacía desaparecer al que quería llegar a ella. Pero cuando Colling se refería a la madre con desprecio, aquel ser de la isla hacía inesperada y desesperadamente por la vida. En esos instantes yo miraba a Colling y todas sus facciones y toda su figura y hasta su ropa, tenían otra expresión; y lo que pensaba de él, del misterio de su sabiduría, de lo extraño de su vida, tomaba un sentido distinto, como si por un instante, a un paisaje le hubieran cambiado la luz. Esta vez, más allá del orgullo ingenuo que no sólo le perdonaba sino que hasta me encantaba, aparecía una sobrecarga de una realidad amarga, que no sólo no se justificaba, sino que perdía originalidad. Y aquí era también cuando un recuerdo llamaba a otros —y aquel ser de la isla se había salvado y ya había llamado a otros pensamientos—. Ya no me parecía tan original el desaseo de Colling; ahora tenía que ver con lo social. Pensaba que si en casa habían exagerado al tomar demasiado en cuenta algunas cosas, yo había exagerado no tomándolas en cuenta nada. Pero también ocurría algo más.....

En algún sentido, yo no sólo las había tomado en cuenta, sino que las había transformado en objetos de ilusión. Aquella tarde que había ido a encontrarme con Colling, cuando al oscurecer me quedaba el recuerdo tan próximo del color que el sol había dado a los objetos, yo también había concurrido, sin saber, con colores, con sombras dispuestas a intencionarse, en sentidos un poco determinados y otro poco fortuitos; había iluminado el paisaje de Colling de tal manera, que hasta aprovechaba sus defectos para ponerlos en la penumbra —y valorarlos como objetos de una penumbra sugestiva—, que al ir a reunirse, secretamente, con un conjunto todavía ignorado, llevaban matices que significaban misteriosamente la totalidad presentida.

Pero cuando Colling proyectaba algún haz de luz cruda, vulgar, hiriente, no sólo descubría que todos sus matices

ces no eran bellamente plásticos, que no se prestaban a reunirse cuando eran llamados para aquella totalidad misteriosa, sino que se desunían, desvalorizaban y disgregaban vergonzosamente, mostrando formas como de cacharros heterogéneos, inexpresivos, de esos que ensucian los paisajes y que los pintores suprimen.

De esto hace más de veinte años. Ahora, mientras respiro sobre aquellos recuerdos, estoy sentado en un banquito rojo, echado sobre una mesita azul, rodeado de reflejos verdosos y dorados que hace el sol en las plantas; y todo esto en un galpón abierto de piso de tierra, de una casa que a esta hora siempre está sola. En este tiempo presente en que ahora vivo aquellos recuerdos, todas las mañanas son imprevisibles en su manera de ser distintas. Sin embargo, lo que es más distinto, el ánimo con que las vivo, la especial manera de sentir la vida de cada mañana, la luz diferente con que el sol da sobre las cosas, las formas diferentes de las nubes que pasan o se quedan, todo eso se me olvida. Únicamente quedan los objetos que me rodean y que sé que son los mismos. Todas las noches, antes de dormirme tengo no sólo curiosidad por saber cómo será la mañana siguiente, sino cómo veré o cómo serán los recuerdos de aquellos tiempos. A veces me concentro tanto en ellos, que de pronto me sorprende este presente. Y no precisamente la mañana de hoy —en que todo fue tan agradable, en que tuve placer de vivir y en que me siento aislado, robando ratos a ciertas penas—, sino que se me hacen incomprensibles los tiempos en que ahora vivo. He renunciado a la difícil conquista de saber cómo era yo en aquellos tiempos y cómo soy ahora, en qué cosas era mejor o peor antes que ahora. A veces pienso en lo larga y tolerante que es la vida, después de haberla malgastado tanto tiempo. Otras, cuando pienso en los amigos que se me murieron y en que yo sigo viviendo, me

parece que este tiempo es robado y que lo tengo que vivir a escondidas. Otras veces pienso que si me ha dado por escribir los recuerdos, es porque alguien que está en mí y que sabe más que yo, quiere que escriba los recuerdos porque pronto me iré a morir, de no sé qué enfermedad. Y hasta siento cómo viven los de mi familia un poco después de mi muerte y me recuerdan con cariño. ¿Y nada más? Pero no, yo me echo vorazmente sobre el pasado pensando en el futuro, en cómo será la forma de estos recuerdos. Por eso los veo todos los días tan distintos. Y eso será lo único distinto o diferente que me quede del sentimiento de todos los días. El esfuerzo que haga por tomar los recuerdos y lanzarlos al futuro, será como algo que me mantenga en el aire mientras la muerte pase por la tierra. Al revolver todas las mañanas en los recuerdos, yo no sé si precisamente manoteo entre ellos y por qué. O cómo es que revuelvo o manoteo en mi propia vida, aunque hable de otros. Y si eso hago en las mañanas, no sé qué ha pasado por la noche, qué secretos se han juntado, sin que yo sepa, un poco antes del sueño, o debajo de él.

He revuelto mucho los recuerdos. Al principio me sorprendían no solamente por el hecho de volver a vivir algo extraño del pasado, sino porque los conceptuaba de nuevo con otra persona mía de estos tiempos. Pero sin querer los debo haber recordado muchas veces más y en formas diferentes a las que supongo ahora; les debo haber echado por encima conceptos como velos o sustancias que los modificaran; los debo haber cambiado de posición, debo haber cambiado el primer golpe de vista, debo haber mirado unas cosas primero que otras en un orden distinto al de antes. Ni siquiera sé cuáles se han desteñido o desaparecido, pues muchos de los que llegan a la conciencia son obligados a ser concretos y claros. Algunos me deben

haber engañado con audacia, con gracia, con nuevos encantos y hasta deben haber sido sustituidos con cosas que les han ocurrido a otros, cosas que yo he visto con predisposición especial y las he tomado como mías. Pero ahora yo confundo las etapas, lo que he agregado; y hasta me jugaría nada menos que la cabeza con la más absoluta seguridad y buena fe; me jugaría, precisamente, la autora de una nueva seguridad; ella se jugaría a sí misma sin ironía y con inocencia. ¿Yo habré sido realmente un adolescente, siempre e íntimamente tímido con Colling, o habré atropellado con esa rapidez con que los adolescentes se toman demasiada confianza a propósito de lo incognoscible? Precisamente, después de aquellas tentativas en que tan rápidamente viajaba de un sentimiento a otro, cuando los matices de Colling se juntaban o se desbandaban vergonzosamente, ¿se aseguraba más mi afectividad hacia él aunque disminuyera el concepto? ¿Qué cosas nuevas me presentaba él —y al mismo tiempo inventaba yo— para empezar de nuevo? ¿O era que a mí no me convenía desilusionarme del todo, acaso porque iba contra lo que yo había puesto, como el comerciante que estando metido en un mal negocio arriesga y pone más para salvarse? ¿O qué pasaba? ¿O qué otras cosas pasaban?

Pero volvamos a los hechos concretos, los que se han tomado entre sí como testigos y se han asociado para certificar su legitimidad. Aunque no se sepa cuándo debían haber sacado patente de invención.

Una tarde, casi al oscurecer, iba caminando por la calle "18", y en el café que entonces había al llegar a Yí, estaba Colling. Hacía mucho que no lo veía. Estaba con su lazarillo. Tenía ante él un gran vaso con una bebida lechosa. Me empezó a hablar del ajeno y a explicarme cómo se lo preparaban: una pequeña cantidad en un gran vaso y después le dejaban caer lentamente agua de

a gotas. Y entonces le llamaban, pernod. Era su bebida.

En ese tiempo se había hecho una comisión de personas de la alta sociedad, para protegerlo. Sin duda debían ser católicos que le habían admirado en la iglesia de Los Vascos y les habría dado pena el estado de su vida. Allí mismo, en Los Vascos, tenía discípulos entre los sacerdotes. Él mismo me los había presentado. Como en aquel tiempo era cuando yo más "vivía en la luna", no sabía cómo se había formado aquella comisión. Solamente había oído aquella voz que corrió por todo Montevideo y que decía: "Colling se bañó, Colling se bañó". Y que esa comisión le preparaba los conciertos que daba en el Templo Evangelista de la calle Constituyente. (Ahora pienso que no debía haber mucha relación entre la gente de Los Vascos y la del Templo Evangelista. Pero, sencillamente podrían haber pedido el local del templo porque allí había un gran órgano y la sala era apropiada para los conciertos de órgano).

Algunas cosas las tocaba muy ligero. No sé quién decía que las tocaba ligero para demostrar que las podía tocar, tanto o más ligero que los videntes. También podía haber tocado ligero algunas obras porque le resultaran simples, aburridas, desde su punto de vista de la ciencia armónica; o porque en la repetición que de ellas había hecho en su vida, ya no tuviera esa posibilidad de placer que se siente cuando se toca una cosa nueva o distinta a las que se poseen; o podría tocar ligero porque no recordaba bien —y la tendencia en este caso es a apurar la ejecución: "los peligros pasarlos pronto". Pero la verdad es que algunas las tocaba demasiado ligero y que dio lugar a un hecho lamentable en plena sociedad. Cuando estuvo en Montevideo el gran pianista argentino Ernesto Drangosh y en un lugar donde estaba reunida la alta sociedad, éste sintió tocar a Colling un preludio y fuga de Bach para órgano. En el momento en que fueron a felicitar a Colling y había

alrededor de él personas muy serias, Drangosh, después de los primeros cumplidos, le dijo muy disimuladamente, que había estado hacía poco en Alemania y que allá esa fuga la tocaban más lenta. Y entonces Colling respondió: "¡Ah!, eso es porque a los alemanes les pesa más las asentaderas que a los *franceses*".

Aquella tarde me dijo que cuando la comisión le había dicho que no tomara ajeno, él había contestado que era dueño de sus actos y había mandado la comisión a rodar.

Salimos caminando del café y los acompañé hasta donde vivían: un conventillo en Olimar entre "18" y Colonia. Mientras terminábamos la conversación pasaban cerca nuestro, personas que entraban en el conventillo. Hacía rato que era la noche. Lo más concreto en que los ojos se apoyaban durante la charla, era en los ángulos de la sombra que se movían hasta la mitad del pequeño zaguán. Avanzaban y retrocedían porque alguna ráfaga balanceaba un foco de luz que estaba colgado en la mitad de la calle. Todo lo demás eran formas viejas, sucias, mugrientas, con olor, con entradas y salidas de gentes desconocidas, etcétera.

Nunca supe bien cuál era la pieza de Colling y la de la familia que lo acompañaba de conventillo en conventillo. Era un matrimonio con muchos varones. En la edad escolar iban siendo —en las horas en que no iban a la escuela— lazarillos de Colling; y después, canillitas. A Colling no le parecía del todo completa la instrucción que recibían en la escuela y les enseñaba, por su cuenta, historia. En el momento que yo había llegado al café, le estaba hablando al niño de historia, estaban terminando con Napoleón.

Yo no había podido saber dónde quedaba la pieza de Colling a pesar de haber llegado varias veces y en distintas luces del día a la entrada del conventillo. Si en la noche el conventillo apretaba su boca negra, sucia y deshecha

en el zaguán y el zaguán respondía al foco que se balanceaba en la mitad de la calle mascullando sombras contra la luz, en el día, a través de él, se veía un patio claro, a la intemperie, con sol sobre su ropa colgada (blanca, rosada, roja, salmón negra, etc. Y una vez vi inflarse con el viento unos inmensos bolsones lila). El patio era de grandes piedras, barnizadas de mugre oscura, con charquitos de agua enjabonada y sobre las que pasaban sombras de las ropas colgadas. Además había sombras de turno: una vez ante las piezas de la derecha y otras en las de la izquierda. En la boca del zaguán, del lado de la derecha, aparecía Colling y el lazarillo cuando menos los esperaba.

Mucho tiempo después —no sé cuánto ni las cosas que mientras tanto pasaron— una mañana yo iba a buscar a Colling porque ese día el lazarillo no lo podía acompañar. Él vivía en otro conventillo y nosotros también nos habíamos mudado a otra casa de la calle Minas. Esa mañana yo no hubiera querido salir de casa. Y eso que dos días antes esperaba ansiosamente el momento de ir a buscarlo, pues había terminado una composición y tenía mucha impaciencia porque él la conociera. Pero ahora estaba saturado de ella y con esa saturación había descendido el concepto y la ilusión que tanto se remontara algún tiempo antes. Y lo más fuerte del caso era que ahora estaba en otra cosa: había empezado a desencadenar furia a favor —o contra— del Carnaval de Schumann. Lo había empezado a estudiar el día antes y me había prendido de él con todas mis fuerzas: tenía todo el espíritu lleno de su belleza y de un abismo de promesas que me hacía suponiendo todos los placeres que tendría cuando lo supiera. Y todo eso se multiplicaba y se transformaba aumentando ahora el placer inmediato, irrefrenable de embestir casi brutalmente. La noche antes había revuelto en él las manos, la cabeza y toda el alma hasta muy tarde. Y

antes de dormirme me había hecho la promesa de levantarme temprano para tener tiempo de seguir en él hasta el momento de salir a buscar a Colling. Pero yo tenía predisposición a quedarme demasiado tiempo en cualquier inercia y esa mañana me costaba mucho levantarme. La mañana era luminosa y límpida. Yo me había despertado muy cerca de ella porque mi habitación era un largo altillo que quedaba muy próximo a una claraboya y ésta daba directamente al cielo y a la mañana. Al despertarme había pensado en el Carnaval y había sentido el día; era de esos que hacen decir a alguno de la familia, que el día es lindo, que sería lindo ir a tal o cual lugar; y las voces se sentían con una sonoridad especial y uno se quedaba escuchando las voces. Después, el ánimo está como para levantarse despacio y se compensa la tarea de levantarse encendiendo un cigarrillo. La luz fuerte hace arrugar la cara para defender los ojos. Al arrugarse la cara se estira la boca como si se sonriera. De ahí a la sonrisa no hay nada. Y como la mañana está linda y se dice alguna broma y es el día, la hora y la oportunidad de reconciliarse con alguna cosa, entonces uno se queda con la sonrisa. Solamente se suspende cuando los labios se amontonan alrededor de la bombilla del mate amargo. Y así es como se hace tarde y tengo que salir apurado a buscar a Colling sin haber metido las manos en el Carnaval.

Nosotros vivíamos en Minas entre Asunción y Lima. En la vereda había viejos paraísos. Seguí por Minas en dirección a "18". El sol quebraba todas las cosas y hasta parecía que también era él el que quebraba los ruidos del día. La mañana era milagrosa. La atención flotaba sobre todas las cosas y sin embargo había que pensar en mantener el apresuramiento de los pasos. Pero uno se distraía hasta con el polvo que se levantaba entre las patas de los caballos y los rayos de las ruedas de un carro pesado. Había que renovar a cada momento el apresuramiento de

los pasos. Y entonces, al mucho rato, cuando uno lograba acomodarse en la nueva inercia, podía seguir ligero y de un tirón hasta lo de Colling. Por él había sabido que el nuevo conventillo quedaba en Gaboto, cerca del mar; era la primera vez que iba. Este conventillo era un poco menos concurrido y un poco menos sucio que el anterior; pero la disposición de las piezas bastante parecida. En el medio del patio había piletas. Una de ellas tenía al borde, una mujer lavando:

—¿Aquí vive el maestro Colling?

—Aquí no vive ningún maestro.

—No lo habrá visto pasar con un lazarillo?

—¿Con qué se come eso?

—Es el botija que acompaña a un ciego.

—Ah, el ciego. Aquella pieza. Una antes de la del fondo.

Llamé con los nudillos. La mujer me gritó "entre", con voz y gesto que parecían una síntesis de "*dejáte de cumplimientos y entrá*"; ya con lo del lazarillo me *quisistes tapiar*". ¡Qué pena! era joven y linda; pero desde adentro de aquel gran pañuelo blanco con que se cubría la cabeza no salía nada que fuera amable.

Empujé la puerta y ¡blum!... se me vino encima el formidable vaho de Colling. Sin embargo entré. Pero no me animé a cerrar la puerta del todo. A dos pasos estaban los pies de la cama; la cabecera daba contra la pared. A medida que me iba acostumbrando a la oscuridad y mientras esperaba que se despertara Colling, iba descubriendo los objetos. Ya le había dicho con voz no muy fuerte "maestro"; y él no me había contestado. Como era ciego no me podía dar cuenta cuándo estaba despierto. El cuartito era chico y estaba lleno de cachivaches: pedazos de un aparador, sillas sin esterilla y con alguna pata de menos; y otros muebles deshechos. En el rincón de la izquierda un roperito de madera blanca que estaba negro;

y que también parecía tuerto porque tenía un pedazo de espejo de un solo lado. Y tal vez cuando pensé que Colling no podría mirarse en él, fue cuando se despertó. Dijo "¿aha"? como el que descubre algo que esperaba. Y entonces empezaron a ocurrir una serie de acontecimientos extraños para mí. Primero él dijo que era temprano; y enseguida empezó a sacarse una frazada rosácea y apareció en su pescuezo el cuello y una corbata de moña, de esas que se sujetaban con un resorte; después el chaleco y por fin la mano se metió en el bolsillo y sacó el reloj —regalo de no sé quién a los ciegos de la gran guerra—; tanteó la aguja sobre los puntos en relieve y después cerró la tapa y lo volvió a guardar. La otra mano —todo esto sin él levantarse— fue al cajón de la mesa de luz —de la misma madera blanca que el roperito tuerto— y sacó los cigarrillos y los fósforos. Cuando echó humo por la sombra que tenía debajo de la nariz y tosió, la mano que sacó el reloj —y la que me había acostumbrado a esperar de ella sorpresas melódicas— fue para abajo de la cama y sacó un balde hecho de una lata de kerosén. Allí escupió. Pero la gran sorpresa fue cuando de pronto se sacó toda la frazada rosácea —digo rosácea por decir algún color— y se paró al lado de la cama. Yo pensé —también sorpresivamente— en un paje de la edad media de una novela de Dumas. Donde terminaba el chaleco, empezaba la camisa, repollada, en forma de pollerín o volado. Y tenía manchas desvanecidas como se suelen ver en los mapamundis. Después todo el cuerpo desnudo, muy blanco. Este súbito desnudo es lo que me debe haber hecho pensar en la malla o tela ajustada al cuerpo de los pajes. Y el ambiente de la novela de Dumas me lo debe haber hecho recordar el tugurio. Al final de su persona —la que había empezado a ver desde la cabeza— estaban las medias dobladas sobre los botines. Éstos tenían cierto lus-

tre; sin duda se debía haber dado muchas vueltas en la cama durante el sueño.

Enseguida de ponerse los pantalones llamó a una puerta que quedaba a la izquierda y vino la madre de los lazarillos. Me la presentó. Ella era amable, sonriente. Y recién en ese momento fue cuando yo miré la frazada y vi en ella moverse unos bichos que no sé si eran pulgas o chinches. Después levanté la vista y me encontré con el ojo vivo del roperito tuerto. Yo no había hecho ningún gesto; pero pensé en los chillidos que hubieran dado mi madre y mis hermanas si hubieran visto aquello. La señora se había ido y vuelto con una palangana. Cuando se fue y cerró la puerta, Colling me dijo con una sonrisa: "hoy me trajo agua caliente porque está *usted*". Tomó la toalla que estaba en el respaldo de una silla y mojó una punta en la palangana, que estaba en el asiento de la silla. Se pasó la punta mojada por detrás de las orejas, por la frente, solamente por el hueco donde había vivido el otro ojo y volvió a dejar la toalla en el respaldo de la silla. Entonces no me extrañé de las manchas debajo de la nariz ni de la costra agrietada que tenía en la cabeza.

Yo quería salir de allí cuanto antes; pero él decía que no había apuro y me contaba que el padre de los lazarillos llegaba todas las noches muy tarde, borracho y que solicitaba la mujer a gritos.

Salimos a la mañana muy contentos y él me empezó a relatar una anécdota que le había ocurrido con Saint-Saëns. Yo ya la había oído, aunque con menos detalles, porque la había contado una familia uruguaya que la había sabido en París. De manera que tenía posibilidades de ser cierta. Colling me describía la sala de París donde había tenido lugar aquel curioso encuentro. Yo iba pensando en el tugurio de donde acabábamos de salir, en el contraste con la sala de París y de pronto recordé los bichos y me di cuenta que al darle el brazo podían correrse

para mí. Aunque esa idea me sobrecogía traté de no hacer caso; porque la mañana era muy linda y porque me parecía una mezquindad y una traición preocuparme de eso, ahora que íbamos tan contentos y él me contaba una anécdota tan interesante:

Habían sido invitados los dos, Colling y Saint-Saëns, a la tal sala de París, como a un duelo; pues parece que le habían ido "con cuentos" a Saint-Saëns, de que Colling era un gran improvisador. Ya en el terreno del honor, Saint-Saëns dijo a Colling: "Me han dicho que usted, a pesar de su juventud, hace cosas extraordinarias. Y eso me recuerda mi propia juventud, porque en esa época yo también hacía cosas raras." Aquí Colling me decía como comentario propio, que Saint-Saëns era muy orgulloso. Yo, que sabía todo lo orgulloso que también era Colling recordé no sé qué dibujo en que dos grandes mentirosos se daban la mano y que en la leyenda decía: "Dos potencias se saludan." Y efectivamente Colling le contestó: "Bueno, vamos a ver si las cosas que yo hago ahora, que soy joven, se pueden comparar con las cosas que *usted* hace ahora que no es joven." A lo que el otro respondió: "Entonces yo improvisaré primero." Improvisarían a los estilos de Palestrina, Bach, Beethoven, Schumann, Schubert, Chopin, Wagner y Liszt. Se sortearon entre los músicos concurrentes para dar los temas. Saint-Saëns empezó al estilo de Palestrina. Cuando más antiguo es un autor más difícil es improvisar en su estilo porque hay que sujetarse a los medios de aquella época, que eran muy restringidos y las leyes muy severas; el improvisador de ahora tendería, naturalmente a aprovechar las libertades y los medios que se han agregado desde aquellos tiempos hasta ahora. Al primer acorde, Colling puso la mano en el hombro de Saint-Saëns y le preguntó: "¿Este acorde pertenece a la improvisación?" Y cuando Saint-Saëns le contestó muy molesto que sí, y que aquel acor-

de lo usaba Palestrina, Colling le respondió: "Sí, pero nunca para empezar; ese acorde lo usaba Palestrina en tal circunstancia y en relación a tal otro acorde; y ninguno de éstos en el comienzo de una composición." Y de ahí para adelante la cosa seguía peor porque Colling lo interrumpía muy a menudo. Entonces se decidió que Colling debía esperar hasta el final. Según Colling, Saint-Saëns había improvisado todo, más o menos mal; pero Wagner lo peor de todo. (Colling se calificaba a sí mismo de "fanático admirador de Wagner"). Y por fin Colling dijo que lo que Saint-Saëns había improvisado mejor, era Liszt. Después improvisó Colling sin que Saint-Saëns lo interrumpiera ninguna vez. Y al final había dicho: "Este joven me ha vencido; pero es el único." Así, con este final, me lo contó Colling. Y agregó que después se habían hecho muy amigos y que Saint-Saëns lo había invitado a una posesión que tenía en Argelia.

Casi todo el tiempo yo iba mirando al suelo para que Colling no tropezara. Recordaba que él se había quejado de que Héctor —el último lazarillo— no le avisaba al bajar y subir las veredas ni le advertía cuando había impedimentos; y él andaba a los tropezones y casi cayéndose. Yo había escuchado la anécdota de Colling con dificultad, con una atención desigual y como fragmentada. Y no era porque él se interrumpiera ni tampoco porque yo hubiera sido demasiado atraído, ahora, por los ruidos y la visión de la mañana; ni porque tuviera una guardia demasiado constante contra los tropezones de Colling. Más bien diría que era mi atención la de los tropezones; y que tropezaba en pensamientos incómodos, en ciertos impedimentos o angustias que yo había tenido siempre para no poder ser feliz en el momento que hubiera podido serlo. De pronto, mientras Colling hablaba, me di cuenta que me había atrasado en su relato y corría detrás de sus pa-

labras dando traspies y tratando de alcanzarlo. Entonces tenía que acudir al recuerdo reciente de sus palabras, cuando todavía no habían terminado de grabarse ni habían empezado a hacerse recuerdo. Y me daba fastidio tener que correr detrás del rastro, de las huellas frescas que iban quedando en la memoria; y me veía ridículo atrapando el eco y revisando apresuradamente su contenido. Si la anécdota de Colling hubiera sido una alfombra que se desenrollara mientras caminábamos y mis ojos hubieran sido llamados por su trama, dibujo y color, también podría decirse que había otras cosas que llamaban los ojos; y eran algo así como bultos que se movían debajo de la alfombra. Yo veía los bultos y los movimientos pero no sabía qué objetos los producían. Y entonces, para ahuyentar las angustias, tenía que levantar la alfombra y descubrir los objetos; pero no tenía tiempo de observar estos movimientos de las angustias porque tenía que correr detrás de las palabras de Colling. Solamente cuando la conversación de él aflojaba o tenía poco interés, aprovechaban a entrar en mi atención los pensamientos de las angustias; ellos cubrían esos otros instantes y exigían que se les atendiera. Ya habían estado merodeando algunos: eran a propósito de la actitud que había tenido la muchacha del pañuelo en la cabeza. ¿No habría sido cierto que por ser una muchacha linda yo hubiera querido superponerme a ella diciéndole una palabra refinada? Para ella, "lazarillo", sería una palabra refinada. ¿Y que después me hubiera angustiado porque habría sentido que ella reaccionaba respondiendo con aquella actitud? Siempre me ocurría lo mismo con algunos hechos: yo era despertado por ellos; accionaba espontánea y alegremente; ellos llegaban inesperados y sorpresivos; y yo no sabía ni pensaba que después volverían y empezarían a merodear; ni cuáles de ellos serían los que me volverían, los que se me habrían quedado pegados con angustia. Cuando la mu-

chacha me habló con aquella reacción, yo me quedé contemplándola; estaba completamente ocupado en contemplarla, y hasta en obedecerla, como cuando me dijo que entrara. Después, me había quedado en la memoria mi propia actitud pasiva; y me avergonzaba y me fastidiaba hasta la angustia. A veces atinaba, yo también, a reaccionar a tiempo. Pero mi maldito ritmo, mi lentitud, hacía que casi siempre llegara tarde o fuera de lugar. Entonces éstos serían de los hechos que después volverían. Y eran capaces de volver, hasta después de años. Y al recordarlos, de pronto, hacía inevitablemente una contracción de todos los músculos.

Otras de las cosas que en aquella mañana me volvían, eran los bichos de Colling. Después de la sorpresa y de pensar en el escándalo que habrían armado en casa, si hubieran visto aquello, me di cuenta que en realidad a mí no me había causado una impresión tan grande como debía, que para sentir una gran repugnancia hubiera tenido que dedicarme a meditar sobre el desprestigio de aquellos bichos. Y entonces empecé a pensar si no me fallaría la sensibilidad, si no estaría sintiendo asco con conceptos prestados; y una serie de pensamientos más, de esos que apenas llegan a hacerse pensamientos.

Cuando Colling, en su anécdota, había nombrado a Schumann, yo había recordado el Carnaval y me habían atacado los deseos de embestir hacia él y la angustia de no poder hacerlo. Ese día, mi capricho tendría muchos opositores: personas, hechos, circunstancias; lo peor sería la clase de armonía; y no sólo porque esas clases cada día me resultaban más penosas y complicadas, sino porque además tendría que ocuparme de mi composición, la cual me había desilusionado. Y ahora, en vez de pensar en otra cosa, seguía pensando en eso: sentía la necesidad de atender los inconvenientes que se me presentaban como si se me hubiera despertado la pasión de coleccionarlos;

tal vez porque así justificaba, en cierto modo, lo que tomaba proporciones de desgracia; mi manera de protestar contra los opositores era mostrarles lo mal que me iba a causa de sus oposiciones. Pero a los opositores no les importaba nada de esto y el que salía perdiendo era yo, porque después que ponía en marcha ese sentimiento de disgusto no lo podía detener. Y todavía se me aguzaba más la susceptibilidad, se me hacía más delicada y me acarreaaba más angustias. De ahí el sentirme desgraciado y ridículo corriendo detrás de las palabras de Colling para atrapar el eco; y de pronto pisarle los talones, detenerme, pensar en mi capricho y en al angustia que insistía sordamente como aquellos bultos que se movían con lentitud debajo de la alfombra; y volver a correr detrás de Colling y volver a pensar en los hechos que se me habían quedado pegados como patas y alas de insectos en un pantano.

A la hora de la siesta, mi hermana, la mayor, le leía los artículos de política que publicaba la revista Atlántida. Si esto hubiera ocurrido al principio de nuestras relaciones yo me hubiera sentido obligado —por alguna debilidad del momento— a acompañarlo en la lectura, aunque no me interesara. Como siempre, me hubiera costado entrar en ella; y después me hubiera costado salir. Pero ahora teníamos la suficiente confianza como para no sentirnos obligados a estar en la misma cosa si no nos interesaba a los dos. Entonces, me había tirado en la cama. Desde allí sentía la tos de Colling y empecé a pensar en su vida. Él no parecía sentir preocupación por ella: tenía puesta una vida vieja y se sentía muy cómodo. Claro que su vida vieja tenía bichos y eso no siempre sería cómodo; pues recuerdo que algunas veces en las clases, sin duda cuando ya no podía aguantar más la picazón, soltaba de pronto, con sorpresa violenta de resorte escapado, un manotazo que empezaba a rascar con rabia largo tiempo contenida. Aho-

ra yo trataba de imaginarme cómo Colling habría llegado a eso, a tal estado de despreocupación. Tal vez si le hubieran dicho que alguien, alguno de sus admiradores, iría a su pieza y le mataría los bichos, para cuando él llegara no hubiera ninguno, él hubiera contestado, "bueno"—como decía cuando yo le proponía una forma de resolver acordes de armonía que no tuviera errores—. Pero si el matar los bichos implicara una inmediata molestia o incomodidad cualquiera, si en el momento de salir se le dijera que esperase un momento, que le iríamos a buscar a la farmacia polvos insecticidas, entonces hubiera rehusado el ofrecimiento: "no, entonces no; puedo seguir como hasta ahora".

También en su placer sería perezoso; por no ir a buscarlo a un lugar que no quedara cerca, obligaría al placer a arrinconarse en los lugares que primero se le presentarían; aquí, el placer, se le acomodaría en el inmediato hecho de rascarse.

La tristeza que me inspiraba el abandono de Colling, tenía distintos matices: cuando pensaba que él era abúlico por naturaleza, la tristeza tenía cierto matiz de gracia, era una humorada triste; si pensaba que él era así a consecuencia de la incompreensión de los demás, entonces me sentía aludido en alguna forma y la tristeza tenía cierta contrariedad que no se prestaba a describirla placenteramente. Acaso, para estar profundamente triste por alguien, habría que tener entre muchas otras cosas, una gran imaginación. Yo apenas alcanzaba a tener la impresión de que Colling antes no había sido así, o por lo menos hasta ese extremo; que de todas las cosas que habría hecho andar en su vida, la que había tomado más fuerza y conservaba más inercia, era la armonía. Y todo lo demás, se le iría muriendo primero. A lo mejor, antes, el orgullo de ser un gran músico se le habría extendido a todos los demás actos de su vida y habría mostrado más unidad o relación en sus actos; a

lo mejor se le habrían juntado, a su joven orgullo, los deseos de mostrarse con actitudes o formas de vida que tuvieran tanta dignidad estética como la que él pensaba que habría en su arte. Después deben haber ido acentuándose las tendencias a dejarse ir, a emplear menos preocupación por todo lo que no fuera música; y a justificar su abandono con cierto concepto de fatalidad ya tan hecho en tantos espíritus; ya lo estarían esperando con los brazos abiertos los conceptos de que él no podría preocuparse de sí mismo —en el sentido del aseo— porque “estaba en otra cosa” y porque “a un artista se le perdona todo”. Pero Colling —por lo menos ahora— justificaba su desaseo de otra manera: “La culpa la tenían los demás, porque lo habían abandonado.” Una vez, en un café, me había dicho: “¡Debajo de este buen humor *fránces*, tengo un pesimismo!” En aquel tiempo, aquella manera de hablar me había parecido una postura cursi. Después me he encontrado con franquezas expresadas en formas tan desmañadas y blandas, que en el primer momento me indignaron por su aspecto de falsedad; otras veces tenían cierta ridiculez tan cómica, que se necesitaba un gran esfuerzo para no reír; y no siempre el dueño de un dolor tenía a mano la expresión correspondiente, sabida por nosotros. Lo que daba más angustia, no era que se escondiera un dolor, sino que el que lo sufriera diera la terrible sensación de haberse equivocado de careta. Y Colling me había hecho equivocar muchas veces. Ya, en lo de tener juntas sus grandes virtudes, y su poca higiene, me había predispuesto a querer encontrar en el misterio de otros hombres célebres, poca higiene cuando veía grandes virtudes. Y realmente, algunas veces no ocurría así.

Cuando aquella tarde nos encontramos en la sala, yo ya había tenido tiempo un rato antes, de tocar el Carnaval. Y todavía él, ya fuera por la oportunidad de tener por delante una obra importante o porque percibiera mi en-

tusiasmo, me propuso que analizara algunas de sus partes. Recuerdo que también toqué mi composición, la que después de haberla abandonado por la saturación que me había producido y porque se me había despertado el entusiasmo del Carnaval, me pareció mejor. Y fue entonces, cuando él, para corregírmela, se sentó al piano y tocó de memoria algunos trozos de ella; y cuando yo empecé a pensar en su memoria; y por ahí deben haber llegado a formarse aquellos conceptos y aquellos sentimientos sobre su obra y sobre su vida que tantas consecuencias tuvieron. No sé precisamente si fue aquella tarde o fue otra muy parecida, cuando también yo pensé en su memoria y después él me enseñó los modos chinos. Antes él me había contado, que habiendo oído dos veces una sinfonía que duraba cuarenta minutos, la había conservado tan bien en la memoria, que después había podido transcribirla entera para piano. Después me había empezado a enseñar los modos chinos. Hacía mucho tiempo él había compuesto una obra con ellos: se llamaba Manchuriana. Me dijo que como los modos chinos tenían algo de celestial, él los había aprovechado para describir un casamiento en Manchuria; o había inventado la boda para aprovechar los modos chinos. Después, para darle "*variéda*d" a la obra, había aprovechado la brusquedad pintoresca de unos acordes que había encontrado; y con ellos había interrumpido el casamiento haciendo pasar en medio de la boda, un batallón de cosacos. Después volvía la boda y al final se sentía el eco del batallón.

Aquella tarde, yo estaba triste. Al principio, la composición de Colling me dio una alegría de regalo infantil. Pero después fui sintiendo tristeza. Y me di cuenta que en la alegría que había tenido antes, ya venía empezada la tristeza. Era como una tristeza que dan algunos juguetes ajenos después del primer instante; cuando uno siente que no son lindos y que el otro los ama mucho. También era

como una reliquia gastada que otro conserva. Colling había puesto aquellos muñecos —los novios de la boda y los cosacos— en una vitrina con telas de araña y todo estaba lejísimo, en su juventud. Y él no sabía que estaba lejos y con telas de araña; y vivía con aquel tiempo encerrado; y como se comunicaba con nosotros, él creía que vivía ahora. Pero seguía viviendo ahora con aquel tiempo de antes encerrado. Sabiendo poco uno de otro, nos entendíamos muy bien; pero vivíamos tiempos y vidas distintas.

Él tenía mucha memoria. Pero yo empecé a hacer poco caso de eso: eso era como una mala costumbre de él. Cuando viniera gente a oírlo, yo mostraría la memoria de él como si mostrara un mono viejo, cansado de hacer la misma prueba. Pero además de la mala costumbre de ponerse las cosas en la memoria, tenía la manía de improvisar; y en esto, la testarudez de un recordista.

Ahora Colling era como una estación de la que salían y a la que llegaban ciertos vehículos, más o menos siempre los mismos. —aunque de pronto él los reformara y, yo tardara un momento en darme cuenta que eran los mismos—. Al principio me parecía que los vehículos fueran siempre distintos y de novedades sorprendentes. Y esto ocurría hasta cierto tiempo. Pero después las transformaciones o los cambios iban perdiendo iniciativa; y por más recorridos distintos que hicieran, ya empezaban a ser demasiado los mismos y se reconocía enseguida la empresa. De pronto empecé a descubrir que Colling se me presentaba, más como gerente o administrador de compañía de vehículos, que como creador de la empresa. Si se le pedía que improvisara al estilo de un autor, si se le daban, por ejemplo, cuatro notas para que improvisara al estilo de Beethoven, él ya tenía pronto el vehículo —Beethoven. Y cosa curiosa, según él, también se ponía en el espíritu de Beethoven. Al escucharlo se encontraba algo, formas, acordes que habían sido constantes en la vida de

las composiciones de Beethoven: aquello tenía un fuerte gusto a Beethoven. Pero enseguida daba en cara, nos encontrábamos con la alegría engañada y con el fastidio de la adulteración. Aquello había sido hecho quién sabe con qué residuos de Beethoven, con qué consecuencias que se podían sacar después. Aquel Beethoven de cera daba tristeza. Pero se podía tomar un vehículo —Beethoven auténtico. Aquella falsificación no tenía objeto. Y entonces tomando una composición auténtica de Beethoven, todo cambiaba como en un sueño y las composiciones de Beethoven vivían y no había más vehículo.

Pero claro, Colling no pretendía hacer pasar como de Beethoven lo que era de él. Precisamente, el mérito estaba en que aquello no fuera de Beethoven; y que sin embargo se pareciera. Colling era un romántico falsificador de billetes, que no pretendía hacerlos pasar por verdaderos, ni pretendía comprar nada con ellos. Él no especulaba con billetes falsos. Al contrario, tenía interés en mostrar que aquello era suyo y que el hacerlo acreditaba conocimiento y habilidad. Y aquella habilidad caería en cabezas somnolientas de asombro y pensarían en los genios. Cuando la admiración empezara por la habilidad, seguiría suponiendo quién sabe qué cosas; y a lo mejor deducirían algo así: Si un hombre puede imitar así la obra de los demás ¡cómo será la suya! Para mí, la suya era triste, como cuando un niño ama un juguete vulgar y lo guarda con cariño.

Pero mucho más tristeza me dio al mucho tiempo, al saber que él había mandado los muebles a depósito y que dormía en el Ejército de Salvación. Fue una de aquellas tardes cuando mi hermana, la de "Pobre María", me dijo: "Mamá ya está convencida; ahora falta papá. Lo pondremos en la piecita donde está la escalera que va a tu altillo." Y se nos abrió toda la alegría.

Una mañana llegaron los muebles: el roperito tuerto

de madera blanca y la mesa de luz; la cama y otra mesa pequeña en la que él trabajaba. Él vendría al anochecer. En casa habíamos resuelto que cuando él llegara no habría nadie más que yo. Entonces le ofrecería lavarle los pies y era posible que aceptara. Estábamos muy contentos. Yo fingía tristeza y le decía: "¡Parece mentira, maestro, cómo lo han abandonado! ¡Pensar que ha tenido que ir a dormir a ese lugar donde a lo mejor hay bichos!" Y él empezó a contestar antes que yo terminara la frase: "Yo en París era un *gentleman*", subiendo el tono de la frase hasta terminar en el acento agudo de "*gentleman*". Cuando aceptó poner los pies en el agua, traje una gran palangana y empecé a sacarle los zapatos. Tenía puestos dos pares de medias. El primero se lo había dejado, porque si se lo hubiera sacado, le hubieran hecho doler mucho unas lastimaduras y barritos que tenía en las piernas. Yo se las fui sacando muy despacio y mojándole los pies con el agua tibia. Todavía recuerdo la luz de la portátil que daba sobre todo aquello. La situación era tan extraña, que mi cabeza, para animarme, me pensaba cosas como en broma. Cuando me encontré que las uñas al alargarse se habían hecho una garra doblada hacia abajo, la cabeza se me puso a pensar esto: Tenía razón Darwin, el hombre desciende del mono.

Aunque su gran facilidad para improvisar y para memorizar, parecía que le hubiera avanzado hasta comerle la mayor parte de la cabeza y del alma; o que le hubiera salido de algún lugar de su persona y se le hubiera desarrollado fuera del contorno natural de su alma; a pesar de que hubieran bajado las acciones con que yo cotizaba sus virtudes —es cierto que le quedaba el organista; y en eso era un maestro—; a pesar de su estado, que en aquella época no se prestaba para ilusiones, la primera mañana que me desperté sabiendo que Colling estaba en casa, sentí su presencia como la de un prestigio aún no califi-

cado. Había llegado a casa por un accidente, por un privilegio de circunstancias no comprendidas del todo. Había algo en su misterio que viajaba de incógnito. Uno confiaba en su inocencia y después estaba el misterio. Y todo era tan inofensivo como leer un libro de la antigüedad.

En la noche se levantaba a menudo y hurgaba en el cajoncito de su mesa de trabajo. Mi sueño liviano era deshilvanado por el ruido de sus pasos —siempre persistía en dormir con zapatos—. Las etapas de mi sueño no se alejaban; porque mi sueño era confiado y las cosas que habían quedado cerca se juntaban para seguir.

La primera vez que lo vi lavarse las manos había abierto la canilla hasta que la palangana estuvo llena; después tomaba el jabón con la punta de los dedos y lo pasaba —con la lentitud con que manejaría una piedra maravillosa— por ambas caras de la mano contraria. Después sumergía las dos manos lentamente hasta que las palmas tocaban el fondo de la palangana y hacía algunos movimientos, igualmente lentos, siempre con las manos estiradas y los dedos juntos, como si moviera objetos de una sola pieza. Después, con la lentitud que tendrían los submarinos en aparecer en la superficie, las iba sacando y pedía la toalla. Otra vez, antes de ir a la mesa y cuando se le invitó a lavarse las manos, las sacudió una contra otra como si tocara los platillos en una banda y como si esperara que se desprendiera de ellas algún polvo fino, y dijo: "No hay *necesidad*."

Lo vi enojado una vez, en broma. El roperito tuerto estaba lleno de manojos de papel en blanco, que para él estaban escritos porque tenían puntos en relieve. La mañana del enojo en broma acomodaba los manojos y decía: "Ésta es la miseria en cuatro tomos." Pero cuando reíamos hasta las lágrimas, era cuando cantaba: cantaba nombrando las notas y también las alteraciones; pero mientras nombraba las alteraciones pasaban como de contrabando,

otras notas. Por ejemplo, si cantaba las ocho notas de la escala —contando la octava— decía: "do-na-tu-ral-y-re-tam-bién". En rigor había nombrado dos notas, do y re; pero mientras decía: "natural y también", pasaban todas las demás. En medio de un melancólico nocturno de Chopin, cuando de pronto cantaba: "y mi bemol también" no era posible no entregar el alma a una manera tan ingenua de la alegría.

En casa decían que él se disgustaba cuando no cumplimentaban al lazarillo. En ese tiempo el lazarillo se llamaba Héctor y tenía ocho años. Se le daban revistas para que las mirara en el comedor. Y cuando había dulce con almíbar se le servía un plato. Una tarde mi hermana menor me llamó para que desde un lugar escondido viéramos al lazarillo: después de haberse comido el dulce del plato iba al aparador, metía las manos entre una sopera que tenía dulce de boniato, sacaba los pedazos chorreando almíbar y los echaba en su plato.

Siempre que mis hermanas subían a mi altillo se ponía al pie de la escalera para verlas mientras subían. Tenía unos ojos negros inmensos que se le llenaban de lágrimas cuando se reía de los cuentos de Colling. En su casa comían mucho y con vino. Una vez lo vi en un estado impresionante. Estábamos con Colling en los bajos del Templo Evangelista, donde preparaban largas mesas para un banquete. Después que invitaron a Colling y éste rehusó y cuando la presidenta de la comisión se hubo retirado, el lazarillo, con los ojos desorbitados se prendía del sobre todo de Colling y con desesperación salvaje le gritaba "aproveche, aproveche maestro".

Colling tomaba mucho, pero jamás pudo decirse que se le notara el más insignificante síntoma de ebriedad. Tomaba fuera de casa porque Petrona le sacaba las bote-

"... las de casa: él mismo en las escondía ~~en el~~ ropero, debajo de la cama, etc.—. Después Petrona, con su viejo

procedimiento les cambiaba la caña por agua; y él con el suyo, después las traía de afuera con agua.

Una mañana creí que estaba muerto. Era el mediodía y no se había levantado. El lazarillo esperaba con tanta inmovilidad como el perro de los discos Víctor que escuchaba la voz del amo. Cuando lo fui a despertar estaba amoratado y no le oía la respiración. Tampoco lo podía dar vuelta porque como el centro de su cama casi tocaba en el piso, dormía casi sentado. Entonces, después, le rogué que no tomara mucho porque yo tenía miedo. Y él lo aceptó de muy buena manera. También le dije que si después del próximo concierto se compraba un colchón, nosotros le arreglaríamos la cama. También aceptó bañarse y ropa interior. Después del baño tenía el pelo blanco y nos acercábamos y lo tomábamos del brazo como en una reconciliación que había sido precedida por un largo resentimiento. Él me confesó que estaba incómodo porque se había puesto no sé que ropa con la abertura para atrás. Después decía que se bañaba en "La Sagrada Familia" —el colegio donde iba a comer—. Y creo que hasta llegó a dormir algunas noches sin zapatos. Pero esa fue la época de su última tentativa con el mundo de la higiene.

Así como el sentido de lo nuevo —cuando yo llegaba a un país que no conocía— de pronto se me presentaba en ciertos objetos —las formas de las cajas de cigarrillos y fósforos, el color de los tranvías (y no siempre el espíritu muy diferenciado de las gentes)— Colling me dio un sentido nuevo de la vida con muchas clases de objetos. Yo observaba sus hechos, sus sentimientos, el ritmo de sus instantes, como otros objetos, o con sorpresa de objetos. Una noche yo iba subiendo la escalera y en una oscuridad densa él trabajaba en el cajón de su mesa. En cada uno de los cuatro rincones tenía una pila de figuritas de cajas de fósforos y en cada figurita había una fórmula de ar-

monía hecha en puntos. Hacía con ellos combinaciones que nunca pude comprender. Él me decía que en un rincón estaba la música de cámara, en otro la de ópera, en otro la de instrumentistas y en otro música sinfónica. Esa noche había hecho tan extrañas combinaciones, que llegó a decirme: "¿Sabe una cosa? que tiene razón Stravinski, Prokofieff, Ud. y todos los locos como Ud." Antes había sido muy enemigo de ellos. Otras veces escribía en la pizarra de puntos —algo complicada de explicar— y decía que eran novelas de apaches; que eran como las de Tit-Bits de aquí; y que con eso había ayudado a vivir a los hijos en París. Otra vez, después que yo vine de una ciudad lejana donde iba una vez por mes a ver una novia, él me había dicho: "Ud. va a buscar la belleza fuera de aquí teniéndola en su propia casa; si yo tuviera unos años menos le arreglaría las cuentas." Se refería a mi hermana mayor, la de "Pobre María", la que le leía. Yo contestaba con una sonrisa que él no veía. Debo haber sonreído así la última vez que lo vi, cuando nos mudamos nuevamente de casa, a una de los suburbios y él se acomodaría en otra del centro. Ya en la vereda, cuando cerrábamos la casa vacía, me contaba otro hecho en que su poca higiene había llegado al colmo. El lazarillo se reía y yo debo haber hecho la sonrisa. Después me fui a otra ciudad lejana. Y cuando vine, después de un año, me dijeron que había muerto en el Hospital Pasteur, a consecuencia de la bebida. En realidad nunca supe a consecuencia de qué había muerto. El momento en que me lo dijeron, era un poco después de cenar. Y recuerdo que paseando debajo de grandes árboles, pensé —como se suele pensar en esos casos— en la edad que tendría al morir: tendría cincuenta años, porque dentro del año en que vivió en casa cumplió los cuarenta y nueve. Después pensé en su misterio.

Si alguna vez fui llamado o hice un movimiento instintivo hacia otra persona cuando el misterio de ella me hacía

alguna seña y esa seña era desconocida por la misma persona, yo me sentía tentado a seguir una pista como escondiéndome entre árboles; y sintiendo con ternura lo pequeños que seríamos bajo tan inmensos árboles. Cuando Colling empezó a vivir en casa, me encontré con que su misterio estaba lleno de señas y de pistas; pero no era necesario seguirlas: ellas desfilaban por mi contemplación; y también concurrían o pasaban otras cosas. Como si en aquella noche de los árboles, yo olvidara la pista, mirara los troncos, oyera el viento en las copas, mirara cómo las ramas se juntaban y se separaban bajo cielo con estrellas, pensara que las hojas, por más murmullo que hicieran no se dirían nada. Y cosas por el estilo.

Cuando Colling vino a casa, aquellas ideas que se amontonaban y hacían conceptos y provocaban sentimientos de desilusión, no ocupaban toda la persona de Colling: no se extendían por todo su misterio ni tampoco desaparecían del todo: los conceptos y las desilusiones eran unas de las tantas cosas que entraban en el misterio de Colling. No sólo el misterio se hacía intrascendente sino que necesitaba que entraran ideas trascendentes. Pero éstas eran una cosa más: objetos, hechos, sentimientos, ideas, todos eran elementos del misterio; y en cada instante de vivir, el misterio acomodaba todo de la más extraña manera. En esa extraña reunión de elementos de un instante, un objeto venía a quedar al lado de una idea —a lo mejor ninguno de los dos había tenido ninguna relación antes ni la tendrían después—; una cosa quieta venía a quedar al lado de una que se movía; otras cosas llegaban, se iban, interrumpían, sorprendían, eran comprendidas o incomprendibles o la reunión se deshacía. De pronto el misterio tenía inesperados movimientos; entonces pensaba que el alma del misterio sería un movimiento que se disfrazara de distintas cosas: hechos, sentimientos, ideas; pero de pronto el movimiento se disfrazaba de cosa quieta y era

un objeto extraño que sorprendía por su inmovilidad. De pronto no sólo los objetos tenían detrás una sombra, sino que también los hechos, los sentimientos y las ideas tenían una sombra. Y nunca se sabía bien cuándo aparecía ni dónde se colocaba. Pero si pensaba que la sombra era una seña del misterio, después me encontraba con que el misterio y su sombra andaban perdidos, distraídos, indiferentes, sin intenciones que los unieran. Y así el misterio de Colling llegó a ser un misterio abandonado. Pero desde aquellos tiempos hasta ahora, el misterio ha vivido y ha crecido en los recuerdos. Y vuelve a venir en muchos instantes y en formas inesperadas. Ahora recuerdo a una de las longevas, la que salía a hacer visitas. Tenía un agujero grande en un lugar del tul; y cuando venía a casa se arreglaba el tul de manera que el agujero grande quedara en la boca. Y por allí metía la bombilla del mate.

1942